



*¿Puede el miedo ser
un arma homicida?*

LOS
SEGUIDORES
DEL
MIEDO

LAS MÁSCARAS DE PORCELANA 2

Rubén Falgueras Pradas • M. Montenegro

**LOS SEGUIDORES
DEL MIEDO**

Las máscaras de porcelana 2

RUBÉN FALGUERAS PRADAS
M. MONTENEGRO

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Los seguidores del miedo*

© *Rubén Falgueras Pradas - M. Montenegro*

Edición publicada en marzo 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

*¿Puede el miedo ser
un arma homicida?*

LOS
SEGUIDORES
DEL
MIEDO
LAS MÁSCARAS DE PORCELANA 2

Rubén Falgueras Pradas • M. Montenegro

*A mí mujer, por su apoyo incondicional, es a mi compañera de vida,
mi amiga y el amor de mi vida.
Gracias por apuntarte a esta aventura,
Mireia mi amor.*

Esta historia es pura Ficción.

Todo lo que tenga que ver con, lugares, países, reformas no echas y un largo etc.

Es Pura Coincidencia.

— *Índice* —

0

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)



0

Entrevista 0985:

Se procede a la grabación de la entrevista para unirse al cuerpo de la Policía Nacional a la Sra. Sofía Lapaglia, de treinta años de edad. Realiza la entrevista el agente Francisco Trigueros.

P. Trigueros: Bienvenida, Sra. Lapaglia.

R. Lapaglia: Además de guapo, educado. ¿No sabe que la buena educación ya no se lleva para ligar?

P. Trigueros: Soy muy consciente de que ahora se sospecha de la «buena educación», pero dejémosnos de tonterías. Voy hacerle un puñado de preguntas elegidas minuciosamente para ver si está preparada para el cargo recomendado.

R. Lapaglia: ¿No celebra la Navidad con su familia?

P. Trigueros: Mi familia no espera tal comportamiento por mi parte, pero no nos desviemos el tema. ¿Conoció a Asshan Nheushim?

R. Lapaglia: Puse belladona en su té cuando me miraba las tetas.

P. Trigueros: ¿Sabía que era uno de los traficantes de armas más buscados de este país?

R. Lapaglia: Para eso me contrató su gobierno: para evitar con su captura que revelara ciertos asuntos en los que estaba implicado.

P. Trigueros: ¿Conoce a Luca Altidore?

R. Lapaglia: No tengo ni idea de quién es.

P. Trigueros: Creía que los asesinos a sueldo sabían mentir mejor, aunque al menos recordará sus andaduras en la ciudad de Torino

R. Lapaglia: Prefiero no recordar aquella época.

P. Trigueros: Aquí no se hace lo que usted dice... Solo tiene que contar la verdad.

R. Lapaglia: Ya decía yo que los buenos modales eran una tapadera para ocultar al Maquiavelo que lleva dentro.

P. Trigueros: Hábleme de Altidore, Sra. Lapaglia.

R. Lapaglia: Altidore era un viejo amigo mío. Trabajaba como mi adlátere por si algún encargo se torcía.

P. Trigueros: Tengo entendido que eran algo más que eso.

R. Lapaglia: Imposible no quererlo; era muy protector conmigo y me salvó la vida muchas veces.

P. Trigueros: ¿Se acostaban juntos?

R. Lapaglia: ¿Quiere que le dé detalles?

P. Trigueros: No entiendo. Si lo amaba... ¿Por qué lo entregó a las autoridades italianas?

R. Lapaglia: Hubo un encargo en Bucarest. Estábamos detrás de un hombre perseguido por el gobierno de Rumanía que fabricaba medicamentos de forma ilegal. Cuando estaba a punto de finiquitarlo, me descubrieron. Aquello se convirtió en uno de esos momentos en los que Luca decidió comportarse como un hombre. Me ayudó a escapar sacrificándose el mismo. Fue apresado.

» No tuve noticias suyas hasta que, dos años después, lo encontré en Torino. Aquel científico hijo de puta le había suministrado grandes dosis de su medicamento. También le obligaron a soportar largas sesiones de hipnosis. Le indujeron al canibalismo provocando que matara a diez personas de la ciudad a mordiscos.

P. Trigueros: Cuando lo capturó, ¿dejó de matar por encargo?

R. Lapaglia: Sí. Empecé a asesorar a la policía sobre el comportamiento de los criminales. Ideamos estrategias, perfiles psicológicos para entender al maltratador y detenerlo antes de que pueda hacer daño.

P. Trigueros: ¿Qué fue de Altidore?

R. Lapaglia: Lo último que supe fue que lo llevaron a un centro de alta seguridad, nada más. ¿Está satisfecho?

P. Trigueros: Más de lo que imagina.

R. Lapaglia: ¿Me va detener?

P. Trigueros: No tengo esa autoridad.

R. Lapaglia: Pues *arrivederci* agente.

(Suena el girar de un pomo y un fuerte portazo)

Trigueros: Creo que vas a disfrutar de una buena pieza Balder.

(Fin de la grabación)



Prólogo

Fecha desconocida.

El aire soplaba con fuerza en el exterior de la cárcel de Dark-Light.

En la frontera de Canadá y Alaska se erguía un edificio hexagonal; no había nadie en el exterior, pero parecía más una fortaleza militar que una cárcel.

En el interior reinaba la oscuridad, más en esa época del año, donde durante seis meses era de noche. Los guardias ni siquiera se dignaban a encender las luces. A diferencia de otras cárceles, esta fue diseñada por un arquitecto americano. No era la típica prisión con barrotes que puede verse hoy en día en las películas, tan solo unas pequeñas ventanillas en las puertas rojizas por las que algunos se atrevían a mirar, pero enseguida se apartaban. En el largo camino que cruzaba la sala, empezó a reinar el eco de las pisadas de los guardias que se dirigían a la celda 0427. Su ocupante las oyó y se dirigió hacia la ventanilla para ver si venían hacia él de verdad. Sus esperanzas aumentaron al cerciorarse de que así era. Se apartó de la puerta y esta se abrió. Los guardias, con malos modos, le dijeron que saliera de allí. Obedeció sonriendo, pero arrastrando sus pesados pies por el suelo hizo un ruido muy molesto, provocando que uno de ellos le diera un codazo en el codo, y esto le hizo soltar unas risas.

Eso llamó la atención de algunos prisioneros que se asomaron a las pequeñas ventanas, mirando con curiosidad y miedo entremezclado en sus ojos.

El Albino tenía visita.

Así le llamaban todos debido a que tenía un cabello blanco a pesar de ser muy joven; además poseía unos ojos de color rojizo que había despertado escalofríos a más de uno. Tenía un cuerpo muy fortalecido gracias a las rutinas en los gimnasios, y esto hacía estremecer de placer a los homosexuales de Dark-Light. Los guardias arrastraron al preso 0427 por el largo pasillo hacia al fondo.

La sala de visitas estaba en el lugar más apartado de la cárcel.

Las visitas que se concedían eran muy escasas, ya que esa cárcel tenía la peor calaña viviendo dentro de sus muros, bajo las atentas miradas de más de

doscientos guardias y cámaras de seguridad. Más de un huésped había matado a gente importante o había cometido crímenes lo suficientemente graves para estar allí. Era una habitación oscura, sin iluminación, diminuta y cuadrangular, donde en el centro se encontraba una mesa redonda y dos sillas.

El preso se sentó en una y esperó a que su visita apareciera. Un haz de luz le cegó durante unos segundos hasta que se recuperó. Delante de él estaba una figura que conocía muy bien.

Alto, con el pelo largo y bien cuidado, vestido de negro que le hacía parecer más delgado de lo que era, la nariz puntiaguda, una barbilla mal recortada y esos ojos marrones oscuros que en más de un largo tiempo había visto, y que al prisionero 0427 le parecieron hermosos. Y aún seguía teniéndolos.

—Nos volvemos a ver —dijo Nabar Balder—. Veo que te has ejercitado bien, Kian.

Kian le sonrió mostrando unos dientes caninos inusualmente afilados. Soltó una risa, la más espectral que Nabar había escuchado. La única visita que recibía Kian, —y con bastante frecuencia— era la del policía que tenía delante: el hombre que le atrapó.

Nabar sacó una pequeña caja y de su interior salieron fichas negras. Ocultaban detrás un fondo blanco con números dibujados en puntos negros.

—¿Has venido desde tan lejos solo para jugar al dominó conmigo? —preguntó Kian.

Nabar no contestó nada y le incitó a que empezaran la partida con un ademán de cabeza.

Kian se acomodó delante de él, a su vez que Nabar hacía lo mismo. Mezclaron las fichas, las repartieron y empezaron la partida. Uno tras otro iban formando una figura por cada ficha que les tocaba colocar a la vez que robaban del montón que estaba a un lado e iban colocando. El silencio duró unos treinta y cuatro largos minutos, cuando Nabar decidió romper el hielo.

—¿Cómo llevas la condena? —le preguntó.

Kian alzó la vista, sus ojos se clavaron en los oscuros de Nabar que esperaba la respuesta. Cuanto antes mejor. Esperó un tiempo para contestar, con la esperanza de provocar impaciencia a su captor.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kian, burlón—. ¿Es que me echas de menos? ¿Has tenido sueños excitantes conmigo, cariño?

Nabar cogió la ficha 3/6 y la colocó con la cabeza del 6/6, provocando que el eco de un golpe sonase como advertencia a que Kian no continuase por

ahí. Este captó el mensaje y decidió responderle, de nueva cuenta.

—Es más cómodo de lo que crees. Una vez que te acostumbras, puede ser un acogedor hogar, aunque no hay precisamente buena compañía. La mayoría de hombres son muy feos.

Una risa floja y burlona se escapó de su boca provocando que a los dos guardias se les erizara el vello de la nuca, despertando incómodos recuerdos en sus mentes. Nabar estaba centrado en sus fichas y no se inmutó ante el comentario. Kian colocó una ficha y volvió a dar conversación.

—Por cierto, he oído que has atrapado al asesino ese de los políticos. Un caso escalofriante.

—Sí —le contestó—. Fue bastante difícil, pero no tanto para mí.

—Exacto —dijo Kian—. No fue como el mío.

Se clavaron puñales por los ojos. Nabar estaba acercándose a un juego muy peligroso y sabía que podía sufrir una mala consecuencia, tanto él como Kian.

—Antes eras un verdadero justiciero, cariño —dijo Kian siseando la voz —, pero mírate...Te has rebajado a ser un barrendero más de la policía. Nabarcito, me has decepcionado.

"No sigas. ¡NO SIGAS!" —le decía la mente de Nabar, lo que no podía decir por la boca.

—Eres un auténtico juguete roto —siguió Kian—, una estafa. Tal vez, en aquel momento... ¿Debería de haberla hecho gritar más?

—¡Dominó! —gritó Nabar golpeando la mesa y haciendo que el eco sonara con más fuerza.

Se levantó y agarró por el cuello de la camisa a Kian, encarándolo lo bastante cerca para sentir el aliento de ambos; a la vez, el odio mutuo que se sentían se dibujaba en su rostro hasta convertirse en máscaras.

—Siento decepcionarte —dijo Nabar—, pero sí puedo hacer que condenen a asesinos como tú, prefiero ser el barrendero que barre la porquería que nadie ha barrido. ¡Y si te atreves a nombrarla te juro que no dudaré en saltarme mi código! ¿He hablado con claridad?

Kian borró el odio de su rostro. Ahora sólo era un hombre cansado de escuchar siempre la misma canción. Suspiró y se acomodó en la silla.

—Cristalino. Inspector Balder.

Nabar se alejó de él y se dirigió hacia la puerta, pero oyó la voz de su enemigo decir:

—Ese discurso de policía de los años 70 no te pega, cariño. Aunque no te

guste lo más mínimo, tú y yo somos iguales. ¡Siempre seremos iguales!

La risa de ese maníaco empezó a invadir la sala, lo que hizo sentir a Nabar aún más incómodo.

Salió dando un portazo.



Fecha desconocida.

Temblaba. Hacía nada que se había despertado debido a un fuerte golpe que resonaba a su alrededor como si fuera un extraño eco.

Miró hacia los lados, haciéndole ver que estaba atrapado en una caja de cristal transparente desde donde veía una figura que no sabía distinguir si se trataba de un hombre o mujer.

Su vista estaba casi nublada. Algo que bebió le había dejado dormido. Solo veía claro que le rodeaba niebla y que estaba atado por las muñecas y los tobillos.

Por mucho que se esforzase por liberarse no podía, su cerebro no dirigía las órdenes a sus extremidades.

—¿Tienes miedo? —le preguntó su captor.

No podía responder porque su boca estaba seca y adormecida, pero lo tenía. Estaba aterrado.

—Pronto dejarás de tenerlo—Le habló su captor con voz demasiado apasionada—. ¡Vas a formar parte de algo MARAVILLOSO!

Se abrió la caja transparente. Una mano agarró las cuerdas de sus muñecas y le arrastró por el suelo arenoso, lleno de piedras. Por mucho que suplicaba su raptor hacía caso omiso.

Sus pies no tocaron el suelo nunca más. La vida se le fue apagando a gran velocidad.



4 de mayo.

Una pregunta rondaba por mi cabeza desde hacía días, pero no serían más de las 18:00h cuando me pregunté:

¿A qué tenemos miedo realmente?

No tenía ni idea de que hallaría la respuesta en forma de asesino en serie.

Mi nombre es Andrea Harris, tengo veintiséis años y no os diré cuál es mi aspecto físico, no vaya a despertar deseos carnales en algunos hombres y se manchen las manos pensando en mi figura. Solo os diré que soy pelirroja, llevo el cabello recortado y tengo un tatuaje de una mariposa negra en la espalda.

Soy inspectora del Cuerpo Nacional de Policía en España, en la comisaría de Montjuich, Barcelona, aunque soy norteamericana.

La razón por la que estoy en España se debe a una nueva ley que la ONU, en la que los representantes de la policía internacional acordaron trasladar a oficiales a otras ciudades durante unos cuatro años, y se haría en otros países para que la convivencia entre otros territorios fuera más estable, y la verdad es que la cosa funciona, ya que muchos casos de narcotráfico y de contrabando se han resuelto con mayor facilidad al unirse todos los conocimientos de cada país.

Todo esto que os he contado es verdad, salvo lo del tatuaje (eso es mentira).

Si nadie se acuerda de mí, os diré que en estos momentos estoy sentada en el sillón de mi piso, y con un café calentándome las palmas de las manos; sobre mi regazo descansa un ordenador portátil que me hace notar su peso mientras intento relatar otro caso como hice con el anterior.

Han pasado casi dos meses desde que arrestáramos al asesino de los políticos del P.D.C (Partido del Derecho Ciudadano), que la prensa había bautizado como Dopelganger por haber cortado las caras de sus víctimas y usarlas para hacerse pasar por ellos en otro asesinato. Debido a que fue un caso de atentado político, está a la espera de ser juzgado por terrorismo.

Como nosotros temíamos, se convirtió en el fenómeno mediático del momento. En los últimos días fuimos citados a conceder entrevistas a los Noticieros de distintas cadenas de televisión o programas de Investigación.

Todos querían tener parte del protagonismo sobre este acto, ya que en España los asesinos en serie no abundan mucho, y nos negamos en rotundo todos los integrantes del equipo de investigación que trabajamos durante unos días intensos tratando de atraparlo. Teniendo en cuenta cómo lo exagera todo la televisión, estaríamos alargando el tema demasiado tiempo, y sólo quería olvidarlo.

Pasaron los días y solo teníamos que hacer el trabajo rutinario de la policía: detener a un ladrón, algún marido muy impaciente de golpear el rostro a su mujer, yonquis con las manos en la masa...

Nada interesante ni emocionante para mi compañero Nabar Balder. De él os puedo decir que es el ser humano más insoportable con el que jamás me he cruzado, y con quien tengo la puñetera desdicha de trabajar.

¿Por qué sigo siendo su compañera entonces? Dejadme que os recite una frase de Nelson Mandela:

<< Si quieres hacer las paces con tu enemigo, trabaja con él, entonces éste se convertirá en tu compañero >>.

Tras haber trabajado juntos en el susodicho caso, descubrí las facultades de mi compañero a la hora de investigar, tanto las buenas como las malas. Y en esta ocasión tuve la suerte de trabajar en otro caso de lo más cruel, el cual, llamamos ya en broma, Expediente X.

Todo comenzó un 4 de Mayo.

La ciudad de Barcelona tenía uno de esos días malos, con la lluvia cayendo despacio pero sin pausa sobre las cabezas de las personas que se atrevían a encaminarse por ellas. Estábamos resolviendo un caso de unos ladrones que habían traído de cabeza a más de un centro comercial.

El día anterior conseguimos información vital gracias a nuestra compañera Lapaglia. Eran dos hombres y se reunían siempre en una cafetería de unas calles bastante cercanas a uno de los mercados más reconocidos de la ciudad: la Boquearía.

Al día siguiente estaba esperando en el interior de mi BMW marrón con mi compañero y mi mejor amigo Bob Myers, un hombre de raza afro americana, de edad media, ancho como un armario, cabello rizado y canoso y ojos azules muy brillantes. Muchos han sospechado que tuviera un pariente de raza blanca, cosa que siempre ha negado asegurando que es un "negro puro".

La espera se hacía de rogar por lo mucho que tardaban en darnos la señal, así que para matar el tiempo, mi compañero y yo comíamos lo primero que

logramos traernos de casa o comprar de la tienda de la esquina.

Íbamos vestidos de paisano para no llamar la atención si bajábamos del coche o si teníamos que seguir a alguien. Mi indumentaria constaba de unos tejanos azul marino y una camisa de manga larga fina al igual que la chaqueta, que era de color beige. Mi compañero vestía unos pantalones de color marrón bien ajustados al cinto, y una camisa violeta en compañía de un chaleco del mismo color de los pantalones.

Nuestro calzado lo formaban unas deportivas por mi parte; Bob había escogido unos zapatos negros.

Iba a atacar el segundo bollo de la bolsa cuando la canción de Seal, Crazy, empezó a entonar en mi móvil. Al descolgar oímos exactamente una palabra.

—Cariño, recoge el abrigo de la tintorería. Te quiero —dijo la voz de Sofía Lapaglia, mi compañera.

Era la señal que esperábamos.

Se lo indique a Bob. Con rapidez y disimulo, bajamos del coche. Con los músculos algo tensos nos encaminamos hacia donde nos habían indicado que se reunirían. Nos separamos para hacer ver que no nos conocíamos de nada y así no levantar sospechas.

A pesar de estar en primavera, el frío no había abandonado todavía la ciudad. La lluvia escupía gotas pequeñas que aterrizaban en nuestros hombros, lo que hizo que me abrigase con el cuello de la chaqueta alrededor de mi garganta. Bob se paró en el quiosco de al lado a comprar la prensa deportiva, y el quiosquero se lo dio enseguida junto a una bolsa de plástico para que no se le mojase el periódico.

Caminé varios pasos hasta encontrarme en la cafetería donde Sofía debía reunirse con los objetivos.

El plan era que ella contactara con los ladrones y se reuniera con ellos para negociar un posible golpe; cuando las negociaciones acabaran, habrían confesado sus atracos y les atraparíamos allí mismo.

La cafetería era un establecimiento muy pequeño y con las puertas exteriores de acero. Tenía los mangos curvados, y eran una mezcla entre colores grisáceos y negros. Una gran hoja de cristal cubría el agujero cuadrado que había en el centro. Al llegar hacia ella, empujé las puertas y entré.

Era muy vistoso. Las sillas rodeaban mesas cuadradas que se habían colocado en hileras de tres en tres delante de la barra. Las paredes eran de un

color salmón brillante que contrastaba con la luz de las lámparas que colgaban desde el techo, con varios hilos de cables de color gris. Tenían un diseño semicircular. La barra era de imitación a madera, y su superficie de mármol negro. Me puse delante y miré los pedidos. Tenían de toda clase de cafés, desde el capuchino hasta otras variantes que se habían puesto muy de moda. Pedí un café con leche cremoso; el camarero, un veinteañero con la cara jovial y viva como la de un colegial, me lo sirvió enseguida en un vaso de papel y una tapa de plástico, con un palillo plano y dos sobres de azúcar.

Me senté en la mesa más próxima a la vez que mi amigo entraba en la cafetería después que yo. Con mi vista localicé a los otros dos, quienes nos estaban esperando. El viejo Fran Algorta estaba a dos mesas de mí; el tembloroso Nino Carranza navegaba por Internet en la zona Wi-Fi, con un ojo a la pantalla y otro a la puerta.

Bob se sentó delante de Algorta y empezaron a hablar de cualquier cosa mientras esperaban. No tuvieron que hacerlo durante bastante tiempo.

La puerta se abrió, mostrándonos a una Sofía muy sensual y bien vestida con un atuendo azul, unas medias oscuras y transparentes y unos zapatos de tacones caros. El vestido realzaba tanto su feminidad que llamó la atención de todos, incluyendo la de mis compañeros. Tras ella estaban los sospechosos que andábamos buscando. Uno era alto desgarbado y muy delgado, el otro todo lo contrario: bajo, peludo y muy gordo. No paraban de observar a mi compañera lascivamente, y sus flujos salivares se les caían como hilos por las comisuras de los labios.

Desde luego, a todos los hombres os falta un jugador en el fútbol de vuestras cabezas.

Me tomé el café mientras observaba con atención. Sofía hablaba con ellos exponiendo el plan del próximo robo. A medida que me lo acababa, más avanzaba hacia ellos, hasta llegar a oír su conversación. Duró casi cuarenta y cinco minutos hablando hasta que ellos decidieron irse, no sin antes aceptar el falso robo y darle la mano a Sofía. Salieron por la puerta y, segundos más tarde, Algorta, Nino, Bob y yo, les emulamos. A pesar de que era un día lluvioso, había mucha gente caminando por las aceras con los paraguas en las manos o cubriéndose las cabezas con las capuchas de sus abrigos. Les seguimos a una distancia recomendable para no levantar sospechas. Todo estaba saliendo según lo previsto.

De repente todo cambió. Los pasos de los dos ladrones se pararon en seco antes de llegar a las Ramblas.

Un condenado presentimiento que sintió el delgado le hizo girar la cabeza, encontrándonos a los tres que los seguíamos, cada uno en una distancia distinta pero en la misma dirección que ellos.

—Maldita sea —dije en mi cabeza.

Los dos ladrones empezaron a correr como alma que lleva el diablo. Enseguida, Nino y Algorta, muy rápido para su edad, les cerraron el paso. Pero se separaron como dos zorros siendo acechados por el mismo depredador. Nino y Bob se fueron a por el rollizo mientras que Algorta y yo nos ocupamos del delgado. A pesar de su demostración de buena resistencia yo sabía que mi compañero no duraría mucho con un ritmo muy alto. Al final le acabé sacando mucho terreno y él se quedó en una esquina mientras pedía refuerzos y recobraba el aire.

La distancia entre el ladrón y yo se había acortado, pero mi nulo conocimiento de las esquinas, callejones y de toda la ciudad en general, era una desventaja en mi contra que me comenzó a incordiar. Me dio esquinazo en el primer callejón que avistó; mis oídos me informaban de que había una zona transitada de gente y que circulaban coches por un asfalto.

Maldije. Otra vez. Eso le podría dar la posibilidad de camuflarse y escapar. Aceleré el máximo que pude mi ritmo, provocando que mi corazón latiera con fuerza, pero solo llegué a alcanzar que cruzaba la carretera. Levanté el brazo con la esperanza remota de atraparlo a distancia, pero la realidad me decía que era imposible y le di casi por fugado.

De pronto, una estela plateada apareció de repente y colisionó contra el ladrón. El choque había hecho que su cuerpo se alzaría sobre el capó del coche, ascendiendo y rodando por el tejado para acabar cayendo al suelo. Empezó a gemir desesperadamente del dolor nacido en la pierna y en el hombro. Apenas se podía mover.

Aproveché la oportunidad y le esposé las muñecas detrás de su espalda. Alcé la cabeza y me fijé en lo que creí que era una estela. Era en verdad un coche plateado que ahora lucía una gran resquebrajada en su parabrisas.

Hastada, reconocí el coche, la matrícula y al dueño que se había bajado echando fuego por la boca de la rabia que sentía.

—¡¡Me cago en Dios!! —Gritó Nabar Balder—. ¡¡Me ha destrozado el Mercedes!!



5 de mayo.

—De todos los problemas que has creado —protestaba Bob—, ¿este se lleva la puta palma! Le has dislocado un hombro y podrías haberle provocado una rotura de rodilla.

Estábamos de nuevo en la comisaría. Bob no paraba de recriminar lo ocurrido hacía dos horas a Nabar mientras los demás llevábamos a uno de los ladrones a confesar y al otro a un hospital.

—Fue un accidente —dijo Nabar sin darle más importancia—. No quería hacerle daño, solo que se detuviera en nombre de la ley.

Dijo eso mostrando una actuación teatral muy exagerada de una persona muy arrepentida de sus actos. Si no fuera porque estaba liada con el único que no sufrió daños, le habría dado una colleja.

Sofía se había ido a los vestuarios para quitarse lo que ella llamaba la ropa de prostituta de lujo y vestirse con ropa normal.

Una vez que dejé al ladrón en la celda, me dirigí hacia el ascensor, donde me encontré a una mujer de cabello rubio y largo, vestida con un atuendo de oficinista de color beige claro que le daba un aire elegante y seguro en su entorno. Tenía una mirada de color verde con matices marrones.

Amanda Gallego, comisaria en Jefe de este edificio y la principal responsable de que yo estuviera en este hermoso país, siguiendo las normas de la Ley mencionada anteriormente.

—Buenos días, Inspectora Harris —me saludó.

—Buenos días, Jefa.

Las puertas correderas del ascensor se abrieron en ese mismo instante, entrando las dos al unísono. Enseguida ella apretó el botón del piso donde se hallaba su despacho. Mientras ascendíamos, miraba con fijeza unos folios que descansaban en su brazo derecho a la vez que pronunciaba en silencio todas las palabras que iba leyendo. Si quería enterarme de algo tendría que aprender a leer los labios.

En aquel momento, solté un largo suspiro a la vez que frotaba mis ojos con los dedos pulgar e índice.

Fue entonces cuando me soltó la pregunta que cada día debo escuchar.

—¿Qué ha hecho esta vez?

Incómoda y molesta, le empecé a relatar el accidente de Nabar con el fugitivo en las Ramblas, y sobre las posibles amenazas que juró por emprender la víctima de camino al hospital.

—Ya veo —me dijo—. Otra vez tendré que dar la cara por él y sacarle del lío. Dios mío... Me gustaría tener un día sin demasiados sobresaltos.

Se rascó la cabeza, señal de que ya estaba acostumbrada a resolver estos pleitos. Cuando llegamos al piso indicado, salió del ascensor negando una y otra vez la cabeza. Pulsé el botón de un piso inferior y las puertas hicieron que la perdiera de vista.

Llegué al despacho Circular, le llamamos así debido a su diseño y a la mesa redonda de madera negra que estaba situada en el centro; en su interior, Nino hablaba (sus habituales temblores se lo ponían difícil) con un hombre de unos treinta y cinco años de edad que aún conservaba un aire muy juvenil. Vestía con ropas de buena calidad, aunque a mi parecer no muy caras. Lucía un peinado moderno y llevaba el cabello bien recortado. En sus ojos descansaban unas gafas redondas y oscuras.

Su nombre era Ángel Balder, el hermanastro de Nabar. Todo un mundo de diferencia con mi compañero, tanto en comportamiento como en su forma de hablar.

Cuando trabajábamos en el caso Doppelganger nos transmitió su experiencia de haber trabajado en cuatro comisarías distintas hasta que un incidente, el cual desconozco por completo, le dejó ciego. Pero eso no impidió que su hermano le contratara.

—Buenos días, Andrea —me saludó con su vista clavada al otro lado.

Hay ocasiones en que no puedo evitar pensar si finge su ceguera, porque apenas había hecho ruido al entrar, pero supongo que tiene que ver con que el resto de sus sentidos se acentuaran y haya olido mi perfume; tal vez pueda haber escuchado algún ruido imperceptible para mí, así que cada vez que ocurre algo así, acabo callándome.

—Buenos días —saludé—. ¿Cómo estás?

—Estoy poniéndome al corriente de lo ocurrido —me contestó—. También le comentaba a Nino las decisiones de nuestros políticos, sobre todo ahora que quieren separarse tras la difusión del P.D.C y las tensiones que tenemos hoy en día con el bello país de México. Al final nos dejarán más secos que el desierto si nos siguen robando con los impuestos, o nos meterán en una guerra.

La conversación se fue alargando hasta que entraron Bob y Sofía, que

escuchaban las protestas de mi amigo.

—Esa actitud es completamente inaceptable. Hemos trabajado dos meses en este caso y ahora todo se puede ir al carajo.

—Siempre podemos alegar el accidente —les respondió ella muy calmada—. Suele pasar en las persecuciones a los sospechosos.

—Si el conductor es Balder, lo dudo.

—Bob —suspiró Sofía—, no quiero poner en duda tu sexualidad, pero tu obsesión por él empieza a ser muy sospechosa entre los demás agentes de esta comisaría. Deberías disimular un poco.

Mi amigo se quedó callado hasta soltar un fuerte gruñido de indignación por no saber qué contestar. La verdad, no es que Bob esté obsesionado por coger a Nabar cometiendo una ilegalidad, solo estaba cumpliendo con su deber. Nos habían asignado la tarea de vigilarle y, si era posible, que le detuviéramos si iba cometer una locura. Pero no es una de las cosas más fáciles del mundo.

Hace ya unas tres semanas, un hombre que se atrevió a insultarle en su cara lo detuvo diciendo que lo detenía por agresión a un representante de la ley...

Mejor dejo de relatar sus locuras, acabaré deprimiéndome o hacer que la gente normal odie aún más al Cuerpo Nacional de Policía.

Nos sentamos en la mesa circular, donde delante de nuestros sillones estaba lleno de carpetas marrones y amarillas, con folios que teníamos que rellenar para hacer los informes. Para colmo de males, no podíamos hacerlo en el ordenador portátil. Alguien fue muy tacaño para actualizar el inventario. Eso provocó que el sonido de las teclas del portátil de Nino me sacara de quicio.

Los minutos pasaban muy lentos y aparte de las típicas conversaciones de fútbol entre Algora y Ángel no había ninguna novedad.

Nabar entró una hora después, tateando una canción que, al reconocerla, me hizo arrugar muchísimo la frente del horror. El muy fenómeno seguía a los “*Village Peoples*”. Bob, sorprendido, le preguntó:

—¿Por casualidad has salido del armario?

Nabar se quedó mirándole y sonrió con picardía; a la vez que le hablaba con tono sarcástico, le dijo:

—Sí, siempre he querido que me lo encasquete un negro.

Aunque no eran intencionados, estallamos de la risa, y aunque Bob no quiso reconocerlo, a él también le pareció gracioso. Una vez que acabé los

informes, seguimos trabajando en más cosas, hasta que Nabar decidió levantarse e irse del despacho. Íbamos a imitarle cuando el teléfono, que estaba en el centro de la mesa, sonó. Enseguida descolgué el auricular y pulsé el botón de manos libres.

—Comisaría de Montjuic, ¡dígame! —dije.

—¿Está con vosotros ese imbécil? —dijo la inolvidable voz del inspector Manuel Rodríguez.

—¡Oh!, pero si es mi querido amigo Manuel... —le contestó Nabar—. ¿Para qué me llamas? Y desde Madrid.

Ya sabéis quién es el imbécil.

—No te llamaba para tomar una cerveza, precisamente —le contestó Manuel—. Me han llamado desde Galicia. Han encontrado un cadáver que hay que recoger.

—Un momento, ¿desde Galicia? —preguntó Ángel.

—Sí, para ser exactos, en Vigo. Encontraron el cuerpo justo en medio de un bosque, a dos kilómetros antes de llegar a la ciudad.

—¿Qué ocurre? ¿Es que los gallegos no saben investigar un caso de asesinato? ¿No tienen medios para investigarlo? —preguntó Algorta—. Y, ¿para qué te llaman a ti?

—¿Y para que nos llamas a nosotros? —añadió Sofía.

Manuel no contestó hasta que no soltó unos cuantos improperios...

—Después de vuestro triunfo en el caso de Doppelganger, los jefes quieren que os encarguéis vosotros.

—Mierda de periodismo... —masculló Nabar.

—Pues por eso os he mandado el cuerpo a Barcelona. No debería tardar en llegar.

—Tú, como siempre, al grano —soltó Bob.

—Sí, al grano voy, porque es mi trabajo. Espero que después de quitárselo a un ciudadano de este país, hagas al menos el tuyo. Betún —dijo con sequedad.

Acto seguido, colgó el teléfono...

—Sigue teniendo buen carácter —dijo Ángel.



6 de mayo.

El cuerpo tardó más de lo previsto en llegar. Al día siguiente nos informaron de que se hallaba en el depósito de cadáveres de la comisaría.

No sé por qué lo llaman así, prefiero que usen el nombre técnico: el laboratorio de autopsias forenses.

Estaba en el sótano dos del edificio, más abajo que el laboratorio de análisis de Clara, quien ahora, permanecía ocupada mirando las pruebas halladas en Vigo y en el cuerpo. Cuando Nabar y yo bajábamos por el ascensor, oímos cómo la música de Kitaro sonaba fuerte.

Bob estaba encargándose de los policías gallegos que habían traído el cadáver. Cuando los oí hablar me pareció que charlaban en un idioma marciano. Sofía se fue un momento a su casa para atender a ciertos asuntos, y como no era agente del cuerpo de policía, solo una asesora contratada por Nabar, no tenía por qué estar a no ser que él la llamara. Nino y Algorta se quedaron cumplimentando informes sobre el caso de los dos ladrones. Ángel no bajó por motivos evidentes.

Salimos del ascensor hacia un estrecho pasillo que daba la sensación de que estábamos muy ajustados, y aunque hacía unos meses que ya había pasado por allí, seguía fastidiándome esa extraña sensación de estar muy apretada, pero me estaba acostumbrando. Nabar, que ni siquiera dijo una sola palabra, abrió la puerta de color gris metalizada con un fuerte tirón hacia él y se adentró al interior, seguido por mí.

Enseguida nos encontramos con una increíble sorpresa.

Delante de nosotros, vestido con una bata blanca, había un hombre increíblemente alto, de cara redonda y muy marcada por el síndrome de Down. Sus gruesas manos sujetaban un cuerpo envuelto en una bolsa oscura y lo trasladaba a la camilla metálica como si tuviera el peso de una pluma. Nos saludó asintiendo con la cabeza y nos estrechó la mano, tras lo cual sentí que mis dedos se adormecían por la inmensa firmeza y fuerza que hizo.

—Cuanto tiempo, Goliat —dije sonriendo.

Goliat trabajó con nosotros en el caso Dopelganger, era el ayudante del médico forense personal de Nabar que trabajaba en un matadero hasta hace poco que lo conocí...

—Me alegro de que hayáis venido —dijo una voz también conocida.

El ruido de unas sillas rodando sonó por el depósito y un hombre de casi treinta y nueve años de edad, calvo y con una barba espesa, apareció disparado. Dio un frenazo en seco gracias al reflejo de sus manos al presionar el freno.

Si no fuera por su minusvalía, Claudio Ramírez hubiera medido casi un metro noventa. Las gafas descansaban encima de su nariz, y tras ellas se ocultaban unos ojos marrones claros. En esta ocasión eran unas gafas de buena montura, no como la última vez, que los cristales eran del tamaño del culo de una botella de cristal.

Me incliné hacia él para darle un afectuoso abrazo porque me alegré al verle.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté—. Creía que no podías ejercer la medicina.

—Ah, mi preciosa pelirroja —me piropeó—. Después del caso del P.D.C, alguien habló bien de nosotros y de nuestra profesionalidad. No tardaron ni dos días en llamarnos.

Sin pensarlo, giré la cabeza hacia mi compañero, que puso cara de no haber roto un plato en su vida, cuando intuyó mi sospecha de que tenía algo que ver. Y el buen Claudio, giró la cabeza hacia los lados negando cualquier intervención por parte suya.

—Esta vez el amigo Balder no tiene nada que ver —me dijo—. Fue la comisaría Gallego la que nos citó y nos contrató.

Me quedé absorta por un segundo, pero me recompuse y miré a la bolsa de cadáveres.

—¿Qué tenemos? —preguntó Nabar.

—Sintiéndolo mucho, amigo mío —contestó Claudio—, esta vez ya no puedo hacer las cosas deprisa, así que os tendré que pedir que os esperéis hasta que os llame. Las autopsias llevan su tiempo.

Un maldito *déjàvu* me vino a la cabeza de cuando estuvimos en Madrid; le obedecimos y nos pusimos a hacer el papeleo de otros casos mientras él hacía su trabajo.

Varias horas pasaron cuando acabamos. Nabar y yo nos fuimos a esperar delante de la puerta de la sala de autopsias. Para matar el tiempo, empezábamos a conversar sobre los deportes. Le estaba picando porque los Lakers habían perdido contra mis Knicks, pero él no dijo nada para replicarme, salvo una falta personal que hizo que echaran a nuestro jugador

estrella y que tuvieron que recorrer a un novato para vencer a los ya perdedores Lakers.

Del baloncesto pasamos a hablar de los cotilleos que se rumoreaban en la comisaría acerca de nosotros dos y de los políticos, y algunos escándalos de faldas, como le paso al viejo amigo Bill Clinton.

No sé por qué, pero nunca entenderé por qué esa clase de conversaciones estúpidas une tanto a las personas, tanto a hombres como a mujeres. Esa triste reflexión me hizo reconocer que me había relacionado con muy pocas personas desde que llegué a este país.

Fue entonces cuando Nabar se entregó al silencio, fijó su vista en el recién encerado suelo y su expresión empezó a reflejar dos emociones entremezcladas. No sé cómo decirlo, pero le veía triste y ausente a la vez.

Poco después me soltó la pregunta.

—¿Has sentido alguna vez sentimientos de culpabilidad?

—Querrás decir arrepentimiento —le respondí—. ¿Por qué me lo preguntas?

Mi castellano había mejorado notablemente, pero aún se me ha quedado el acento irlandés del Bronx.

Esperando la respuesta de mi compañero, quien me observaba sentado en el suelo, me soltó lo siguiente:

— Creo que todos hemos tenido alguna vez en la vida la sensación de haber hecho algo que no debíamos, aunque fuera en nombre de nuestro trabajo, un favor hacia alguien o un mandato. Sea como sea, hemos hecho algo de lo que nos arrepentimos. Unos no la obtienen, pero a otros les persigue toda la vida, hasta que consiguen quitárselo de encima o se pudren con ella. Y las consecuencias son mucho peores.

—¿Qué tipo de consecuencias? —pregunté algo confusa.

—Las que se convierten en pesadillas...

Rebuscó entre los bolsillos, sacó un paquete de tabaco y con sus dedos índice y corazón extrajo un cigarrillo. Lo encendió y después de inspirar una fuerte calada, expulsó el humo. Cabe destacar que estábamos en una zona de no fumadores, pero lo dejé pasar porque al parecer estaba compartiendo algo muy profundo conmigo. Tampoco era fumador, pero decidí no reprimirle.

—...Y te desvelan por la noche— concluyó.

—¿Sientes arrepentimiento por algo? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por vivir.

Debo reconocer que me dejó descolocada. Si no, le hubiera recomendado que visitara al psiquiatra y se pidiera la baja por depresión.

Pero recordé algo.

Hace unas tres semanas exactamente que Nabar desapareció y no volvió hasta haber pasado tres días. No sabemos dónde fue; al preguntarle, lo más suave que recibimos fue:

"¡No tratéis de fisgonearme, Mierdosos!"

Antes de que fuera a replicar a la profunda y deprimente reflexión, la puerta se abrió mostrándonos a Goliat, quien nos hacía señas para que entráramos, y así lo hicimos.

La sala de Autopsias estaba más oscura que la última vez que entré en ella. En la mesa, adaptada para que Claudio pudiera trabajar, yacía estirado el cuerpo de un varón cercano a los cincuenta, raza blanca y cabello recortado para camuflar su pronunciada calvicie.

Claudio estaba de espaldas al otro lado de la sala, limpiando en un grifo un bisturí y sacándose de encima de sus manos los guantes ensangrentados.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Nabar.

El médico forense suspiró unos largos segundos mientras se acercaba hacia nosotros, haciendo girar las ruedas.

—La verdad —dijo entre suspiros—, me he llevado una sorpresa. Goliat y yo le hemos abierto literalmente en canal, pero... No hemos hallado nada.

—¿Nada? —pregunté.

—Absolutamente —me respondió—. Ni heridas de arma blanca ni metrallas de balas. Ni siquiera restos químicos conocidos para determinar envenenamiento.

>> Solo hemos hallado heridas superficiales en las muñecas. Están fracturadas, pero no son mortales. Antes de que vinierais, Clara me llamó diciendo que vendría para buscar restos que nos indiquen en lugar de la muerte. De momento solo puedo decir que murió por paro cardíaco.

Nabar clavó su mirada en el cadáver con cierto interés, hasta que el grandullón de Goliat se me acercó con grandes pasos, ofreciéndome una cartera marrón oscura con la documentación de la muerte. La víctima se llamaba Ricky León. Apenas tenía cuarenta y cinco años.

—¿No es un poco joven para tener un infarto? —cuestioné.

—Por eso me llevé esa sorpresa desagradable —me respondió el buen doctor—. Pero hay un punto interesante en eso.

—¿Cuál?

—Que no he hallado nada que le provocase el infarto, tanto por causas naturales como artificiales. Ni colesterol alto, ni ninguna enfermedad. Este hombre estaba más sano que una manzana. Es algo inusual, casi roza lo irreal.

—Por eso le ordenaron a Manuel que nos llamara —observó Nabar—, por si acaso falláramos en este caso. El Cuerpo Nacional de Policía no se llevaría la mala fama, sino nosotros.

Ignorando esa “magnífica” deducción me volví a dirigir a Claudio.

—No te pediré explicaciones, pero... ¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Lo examinarás más a fondo? —preguntó Nabar.

—Desde luego. Esta sorpresa me ha supuesto un reto que pienso aceptar. Ahora, si me disculpáis...

Antes de que acabase su invitación para que saliéramos, la puerta de la sala se abrió de forma brusca, mostrándonos a una chica con rasgos asiáticos, y cabello corto bien arreglado. Bajo la bata de científica tenía ropajes bastante llamativos, algo parecido lo que visten los adolescentes de hoy en día.

—Hola Clara —la salude aún con sorpresa.

Pero la joven Clara Nishima, conocida entre nosotros como Nakamura, me ignoró. Su rostro estaba marcado por la prisa con la que había aparecido, y se dirigió a Claudio.

—Dime que no lo has cosido —dijo entrecortadamente.

—No, no lo está.

—Bien —respondió con prisa—. Si lo hubieras hecho, lo habríamos perdido.

—¿Perder qué? —preguntó Nabar.

Hasta que no estuvo cerca del cadáver, no me fijé que en su mano tenía una pequeña maleta. De su interior sacó unas gafas anaranjadas bastante parecidas a las de esquiar, y una linterna.

—Goliat, por favor, apaga la luz —ordenó al grandullón, y esté le obedeció al acto.

Nos quedamos a oscuras.

No sé cómo lo hizo, pero nos había colocado tanto a Nabar, Claudio y a mí las gafas en medio de la oscuridad.

¡Qué increíble memoria!

Poco después, una luz violeta salió de la linterna que portaba y nos llevó hacia el cuerpo.

—Había hecho un pequeño análisis de las heridas de las muñecas —nos explicó mientras alzaba un brazo—. Aparte de hallar fibras de cuerda, he hallado componentes químicos de una tinta.

—¿Tinta? —preguntó Claudio, sorprendido—. No he visto nada de eso.

—Lo sé —respondió Clara con tono conciliador—. Sé que desde que llegaste has hecho un trabajo muy profesional, cosa que te agradezco mucho. Pero se me ha ocurrido una corazonada y he venido averiguarla.

El silencio le arrebató las palabras. Apuntó con su linterna y se puso a examinar las muñecas de la víctima. Nabar y yo la observamos con atención, hasta que se detuvo.

—Aquí está —exclamó.

Bajo los rayos de luz ultravioleta distinguimos un símbolo que no había visto en mi vida: un círculo pequeño atravesado con una I mayúscula.



—Es tinta invisible —dijo Clara—. Menos mal que tenemos estos aparatos, porque si no lo habríamos perdido.

—No veo qué tiene de fundamental —repuso Claudio—. A lo mejor habrá sido una travesura de su hija.

—¿Travesura? —pregunté—. ¿Cómo que una travesura?

—Hace poco —intervino Goliat por primera vez—, se empezó a vender muchísimo una especie de diario para niñas con rotuladores de tinta invisible.

—Tengo una sobrina que me ha gastado una broma con eso —dijo Claudio—. Estuve dos semanas preguntándome por qué se reían, y después me contó que me había puesto monigotes en la calva.

—No —respondió Nabar—, esto no lo ha hecho una chiquilla, a no ser que sea de ese país.

—¿De qué hablas? —le cuestioné, confundida.

Después de que mirara la muñeca atentamente, se quitó las gafas y, mostrando una buena memoria del lugar, encendió las luces del laboratorio.

—Este símbolo es una letra griega —me respondió—, del Antiguo Griego para ser exactos. Dudo que una niña de España se conozca esas letras. No se enseña esa clase de lenguas hasta que estás en la universidad. Y en España, con los últimos recortes en Educación, no hay muchos que digamos.

—¿Te dice algo este símbolo? —preguntó Clara.

—Me dice que este hombre no murió de un infarto natural. Es más, me

aventuraría a decir que lo han asesinado.

Una vez más, nos mostró su maestría de soltar teorías sin pruebas ni fundamento. Pero sé que hará lo posible para tener razón. Esa es una de las razones por las cuales me alegra ser su compañera.

—¿Cómo puedes estar seguro? —le pregunté, aún dudosa.

—No estoy muy seguro —me respondió, tajante.

Un aplauso para la sinceridad.

—Pero eso me da esperanza de resolver un caso más interesante que el de Doppelgänger. Pobre Manuelino. La cara que pondrá cuando nos vea por la tele resolviéndolo, y no su UDEV.

Soltamos una risita floja, ya que no pudimos evitar imaginar a Manuel gritar con su voz de pito como un dibujo animado de la televisión. De pronto la voz de Claudio avivó la alegría un poco más.

—Me apuesto setenta euros a que descubro que al final murió por causas naturales.

—Apuesto ciento cincuenta a que fue provocado por causas químicas no identificables —le respondió Clara Nakamura.

— ¡Quinientos euros por lo que dice mi asiática! —exclamó Nabar.

Goliat se abstuvo de apostar, negando contrariado ante esta clase de apuestas.

—Con la que está cayendo y se desperdicia el dinero así —murmuraba.

Le emulé girando la cabeza, pero sonriendo de forma amistosa y diciendo que no tenían remedio.

—Apuesto cincuenta a que no es ninguna de las dos —dije.

Sí, yo tampoco tengo remedio.

Acababa de apostar por el caballo perdedor. Pero esa agradable sensación en el estómago me decía que estaba bien.



6 de mayo.

Subimos de regreso al despacho.

Al ver a todos los demás reunidos, empezó a hacer una recolecta por la apuesta realizada. Ángel, Algorta y Carranza apostaron cifras de veinte a noventa euros a favor de Nabar.

Bob y Sofía apostaron ambos cincuenta euros a favor de Claudio.

Seguramente pensaréis que es una forma absurda de malgastar el dinero. Pero, sintiéndolo mucho, es nuestro dinero, hacemos lo que queremos con él, y casi todos nosotros nos lo hemos ganado de forma honrada.

Si preguntáis por Nabar, recordad que he dicho "*casi todos*".

—¿Qué sabemos de la víctima? —preguntó Ángel.

Al escuchar la pregunta, abrí la carpeta con el expediente que me dio Claudio y les hablé de ella.

—Según estos informes —dije—, no está casado ni tampoco tiene hijos. Vivía solo en las afueras de Vigo y trabajaba en una fábrica de tapones hidráulicos.

—¿Trabajaba? —ironizó Sofía—. Entonces era de los afortunados.

—¿Podemos dejar a un lado el tema de la crisis? Creo que ya está muy trillado —le respondió Bob, algo cansado.

—Eso es imposible —replicó con una sonrisa Algorta—. Ha durado demasiado tiempo para poder olvidar cómo acabamos los policías siendo odiados.

—La víctima también visitaba un psicólogo —dijo Nabar, ignorando lo comentado—, pero no tiene antecedentes penales ni multas.

—Hay que notificar su muerte —suspiró Bob—. ¿Tiene algún familiar?

Miré en las hojas del informe y le confirmé que tenía una madre y una hermana. Ángel rondaba por los alrededores, Sofía sacaba fotos de la víctima que nos enviaron desde Galicia, y Nino tecleaba con fuerza su ordenador portátil; Bob comenzó a hacer llamadas y yo empecé a ponerme al día con algunos informes atrasados. Sin embargo, Algorta y Nabar se fueron un momento del despacho.

Nuestro veterano amigo tenía el rostro muy serio. Casi parecía grave, pero no pude verificarlo del todo y seguí con mi trabajo.

El tiempo pasaba igual de lento que otros días.

Sabíamos que la hermana y la madre de la víctima tardarían bastante en llegar como el informe forense final de Claudio, así que fuimos observando cómo la pizarra blanca de nuestro despacho se llenaba de garabatos y fotografías referentes a la víctima.

Al final acabé un poco hastiada, me levanté de mi sillón y me encaminé hacia el ascensor.

Descendí, atravesé el pasillo de la entrada y salí hacia el aparcamiento. El aire cargado de Montjuïc entró por mi nariz para que lo expulsara por la boca. Podría haber escogido otro paisaje para caminar, pero no quería alejarme demasiado, no fuera que alguien se quejara de mi ausencia.

Desbloqueé la pantalla de mi móvil, pulsé el botón de multimedia y dejé que la música de Seal sustituyera al sonido del tráfico que inundaba las calles.

Puede pareceros raro, pero me encanta escuchar música a todo volumen mientras camino por la calle. Lo hago para poder desconectar de esta realidad, aunque sea unos minutos.

Por cada ritmo que tatareaba, más rápido iban mis pasos haciendo un círculo. Siempre fue uno de mis sueños ser cantante. Recuerdo que cuando era niña mi padre tocaba la batería y yo cantaba los grandes éxitos de los 80. La época dorada de la música, según George Harris: mi progenitor.

También recuerdo los amargos comentarios de mi madre, regañándole para que no me llenara la cabeza de pájaros.

Mi madre...

Anastasia Brock, la mujer que me dio a luz, no era precisamente una soñadora. Su conciencia de la realidad donde vivíamos era demasiado enfermiza. Cuando decidí seguir los pasos de mi padre, fue la que más se negó, tanto con energía como con molestia.

Tatareé el final de Kiss From Rose con rabia.

¡Dios, esa mujer consigue sacarme de mis casillas aun cuando estoy a miles de kilómetros de ella!

Estaba dispuesta a volver hacia dentro cuando vi la familiar sonrisa de Bob, y no pude devolverle más que una expresión cansada. Nos sentamos apoyando nuestros traseros en el capo de mi BMW; él sacó uno de sus puros, abrió su cipo y se lo encendió para después aspirar dos caladas y expulsar el humo con su estilo característico.

—¿Estás bien? —me preguntó después de fumarse casi la mitad del puro.

Me hubiera gustado decirle que sí, pero si hay alguien a quien odio mentir

es a Bob. Meneé la cabeza en señal de respuesta y, sus ojos, inexplicablemente azules, se fijaron en mí.

—Andrea —me dijo, suspirando—, ya han pasado diez años desde lo ocurrido. Deberías perdonarla.

—Ya lo intenté, Bob —le contesté—. Llevo perdonándola desde hace muchos años.

—Ya. ¿Crees que es justo que ella se entere por su hermano de que te fuiste del país? —me replicó Bob con una inusual calma que casi me hace estremecer.

—No demasiado —repliqué con frialdad.

Así concluí con esa conversación. Bob es un buen hombre, pero no tiene ni idea de lo que sufrí por culpa de Anastasia.

Para calmar los ánimos, empezó a hablar de temas banales, hasta que decidió coger otro puro y, con mis quejas de fondo sobre el estado de sus pulmones, expulsó de nuevo bocanadas de humo.

—Creo que a Algorta no le queda mucho tiempo.

Con esa noticia, consiguió que todos mis sentidos se centraran en él y naciera un deje de angustia.

—¿A qué te refieres? —pregunté temiéndome lo peor.

—Me lo encontré hace dos días —me explicó—. Fui a hacerme una revisión médica en el Hospital San Juan de Dios. Salía de su consulta. Luego nos reunimos en una cafetería y me explicó que desde que resolvimos el caso Dopelganger le habían diagnosticado un tumor cerebral, un glioblastoma para ser exactos.

—¿No estarás tomándome el pelo? —pregunté, esperanzada de que fuera una broma.

Me cuesta creer que a Fran Algorta, que derrochaba vitalidad y contagiaba sus ganas de trabajar, le pasara eso.

—No, Andrea —me respondió—, jamás bromearía con algo así.

—¿Es grave?

—Maligno y del tamaño de una pelota de golf, casi inoperable.

Parpadeé varias veces para evitarlo, pero las lágrimas se me cayeron por las mejillas como gotas de lluvia en el vidrio. Se repetían en mi mente las palabras de negación en la cabeza junto a los recuerdos de los últimos meses.

Si de verdad existes, Dios, tienes una puñetera manía de llevarte siempre a los mejores y dejar que los cabrones dominen la tierra.

—¿Cuánto le queda? —pregunté con la voz ahogada.

—El avance es lento —me respondió—, así que calculo que de uno a tres años.

—¿Y por qué no se retira?! —pregunté exclamando—. Que disfrute del poco tiempo que le queda...

—¿Con quién? —me cuestionó Bob.

—Con su familia, por supuesto.

—No tiene familia.

Me explicó que su mujer murió de la gripe A cuando se descubrió y que sus hijos llevaban meses desaparecidos; con esa información me dolió el pecho de la rabia y de la impotencia.

—Por eso no quiere retirarse —me relató—. Para evitar estar solo en casa, se ha entregado por completo a este trabajo. Para hallar alguna pista de sus hijos. También porque tiene miedo.

—¿Miedo a qué?

Bob aspiró una fuerte calada a su puro y luego lo expulsó acompañado de estas palabras:

—De morir sin hallar alguna respuesta.

Una razón muy profunda. Aprendí hace mucho tiempo que la muerte es el obstáculo que debemos evitar mientras vivamos, y aceptarla cuando nos visita.

Entonces murmuré la pregunta con la que, si recordáis, comencé este relato.

—¿A qué le tienes miedo en realidad?

Fue una pregunta más bien destinada a mí que a él.

Mi amigo no me respondió, ya que él nunca reconocería que tuviese miedo, y yo también entregue la voz al silencio, pues no sabía la respuesta.

Oí cómo se quejaba de su hombro, pues el dolor que sentía era un recuerdo del disparo que recibió en el caso anterior; pero antes de que pudiera decirle alguna palabra de ánimo, el móvil me mandó la notificación de haber recibido un mensaje malsonante de parte de Nabar.

—Será mejor que volvamos —le propuse—, nuestros móviles tendrán mensajes con más tacos que una película de Tarantino.

Y así lo hicimos.



9 de mayo.

Los familiares de la víctima aparecieron horas después de que Bob y yo nos reuniéramos en el aparcamiento. A pesar de las quejas, Nabar les informó de que todavía estaban trabajando en la autopsia y que no se lo podían llevar aún. La hermana del fallecido, notablemente molesta, exclamó:

—¡Estos catalanes siempre se apoderan de todo!

A lo cual mi compañero le replicó:

—¿Tengo que recordar que de una peseta un catalán y un gallego crearon el alambre de espino?

Han pasado tres días de aquella agradable conversación y Claudio todavía no ha dado con las respuestas necesarias.

Como consecuencia de ello, ese día lo recordaré porque me había tocado hacer algo que no soportaba: las patrullas de vigilancia.

Siempre nos tocaba hacerla de dos en dos durante tres horas; luego nos turnábamos con otros.

Sé que pensaréis que como pertenecemos a Homicidios, eso está fuera de nuestra jurisdicción, pero la nueva ley nos hace recorrer las ciudades para poder evitar una posible masacre.

Algunos libertinos pensarán cosas terribles de esta medida, como que si es una violación de la libertad y todo tipo de excusas, pero bien que son los primeros en reprocharnos por "no hacer nuestro trabajo".

Esa es una de las razones por las que el oficio de policía no es precisamente de los más justos que hay. Tenemos poder y derecho de hacer cumplir las leyes y portar armas, pero no siempre es del agrado del pueblo.

En ocasiones, un poder de tal magnitud como el que cargamos nosotros no es tan simple de soportar. No trato de excusar a ciertos compañeros que se pasan la ley por la piedra, pero muy pocas personas pueden entender el peligro al que nos enfrentamos desde el mismo instante en que nos levantamos hasta que nos vamos a dormir. Estamos siempre en guerra.

Puede que sea algo bárbaro expresarlo así, pero la realidad es cruda y no se puede definir de otra manera.

En esta patrulla me acompañaba Nino Carranza.

Conducía por las calles de la Barceloneta, tratando de no ver de reojo

cómo mi compañero de viaje temblaba como una hoja en otoño. Aparqué cerca de un McDonald's. Como no era un coche oficial, sino el mío, pasamos como dos civiles que tienen prisa para comer. Cuando recogimos el pedido nos alejamos hasta parar en un edificio de diez pisos con paredes ennegrecidas y sucias, cerca del Hospitalet de Llobregat.

—Un día de estos me dedicaré a comer el menú vegetariano —comenté.

—¿No... No sabes..., que e... Eso puede ser usado como una comparación de chiste?

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo: ¿es más inexplicable que ir a un McDonald's y pedir una ensalada? o ¿Er..., eres... Más inútil que un gitano sin primo?

—¿Y tú no sabes que eso nos puede traer problemas si detenemos a uno? —le dije con reproche—. ¡No somos racistas, Nino!

—Bien... Bienvenida a este..., este... Hermoso país —me contestó sin más.

Entonces empezó a devorar su hamburguesa con una rapidez que sobrepasaba lo normal.

Este chico tendrá problemas estomacales si no controla sus nervios.

Preocupada, decidí preguntarle:

—¿Estás bien?

—S..., s..., s... Sí —me respondió, aún temblando—. Si me pasara algo, de..., de... Dejaría de temblar.

Exacto, ya que probablemente es el único momento donde se entiende lo que él dice.

Masticaba mi hamburguesa de pescado cuando de pronto un fuerte golpe, acompañado de una fuerte sacudida en el coche, me hizo escupirlo.

Ambos nos bajamos del vehículo, mirando por nuestro alrededor si había sido alguien. No encontramos nada.

Incluso miramos al cielo y tampoco encontramos indicios de que alguien nos arrojara nada.

Solo pudimos clavar nuestras miradas en el tejado golpeado de mi coche, donde sangraba el cuerpo inerte y sin vida de una mujer.

Dos horas después, en el Despacho Circular:..

—¿Me lo vuelves a explicar? —me preguntó Nabar al oír lo ocurrido—. ¿Dices que ha caído del cielo? ¿Sin más?

Sus ojos marrones oscuros se abrieron que parecía que se le iban a dilatar hasta transformarse en túneles profundos. Con incomodidad y fastidio, volví a

repetir la historia y el muy trastornado empezó a reírse y a aplaudir.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó—. ¡Esto se ha puesto interesante!

—¿Un cuerpo que cae del tejado es interesante? —preguntó Bob con sorna.

—El cuerpo no —le interrumpió—, sino el coche de Andrea. ¿Cómo acabó?

—Con el tejado y el parabrisas hecho un desastre —le respondí entre dientes.

Su risa resonó en todo el despacho y dio palmadas, haciendo que esta situación fuera más incómoda.

—Creo que había una película en la que un cuerpo cayó desde el cielo y aterrizó en el coche de unos ancianos —dijo Nabar.

—Solo que la única diferencia es que en la película era negro —comentó Bob.

—Ha..., ha... Han enviado el cuerpo a Claudio —respondió Nino—, pero no creo que encuentre nada...

—Si todo el mundo fuera así de listo, nosotros no tendríamos trabajo —le reprimió Nabar—. ¿Habéis encontrado el lugar donde cayó?

Afirmé con la cabeza. También le informé que los demás policías lo examinaban cuando se levantó de su asiento y se desbotonó el cuello de la camisa.

—¡Vamos! —me dijo—. No te pago para que te quedes ahí parada. Llévame a ese lugar.

—¡Por enésima vez! —le exclamé, un poco harta—. ¡Me paga Amanda, no tú!

—Pues si no quieres que le informe de que su fichaje estrella se pasa muchas horas tocando los mismos... —me respondió—. Más te vale que me lleves allí.

A regañadientes, le pedí prestado a Bob su coche.

Minutos más tarde, llegamos a la escena del suicidio.

Bajamos del vehículo y nos acercamos al jefe que estaba al mando. Enseguida nos informó de todos los edificios de los que podía haberse caído. Era un bloque de apartamentos casi abandonado, pero en el que aún vivían algunos ciudadanos de sueldo muy indigno, u ocupas.

—Y a pesar de cómo ha quedado el coche —dijo señalando mi BMW—, tuvo que caer desde lo más alto. Hemos dejado los letreros, tomado fotografías, y hemos preguntado a los “inquilinos”...

Pero no oyeron nada. Qué extraño, ¿no?

Acabó la frase con ironía, y puedo entenderlo. Las personas que habitaban en esa clase de casa son muy reservadas y protegían con mucho celo sus secretos. Veo que lo que viví en el Bronx no es tan diferente de aquí.

Fijé mi vista a mi compañero, quien observaba la altura del edificio. No mediría más de treinta metros, como dije: era de diez pisos y sus paredes estaban sucias y ennegrecidas, aunque fijándome bien su color original era gris, y estaba siendo iluminadas por la luz de las sirenas de los coches. Después, me hizo una señal con la cabeza, diciéndome que le siguiera, y nos encaminamos hacia el interior.

Subimos por las escaleras, ya que no había ascensor.

¿Cómo puede un país tan desarrollado tener edificios sin ascensores? La verdad es que no lo entenderé nunca.

Después de ejercitar nuestras piernas durante unos minutos, llegamos a una especie de terraza abierta. El suelo estaba lleno de piedras blancas y también se podían ver los carteles blancos con números en negro, donde delante de estos se avistaban huellas muy profundas. Nuestros compañeros no avistaron gotas de sangre, así que la pobre chica cayó intacta.

Salvo las huellas, no hallamos nada.

Mi compañero se acercó al borde del tejado, rodeando los carteles de pruebas. Clavó su mirada al vacío, en dirección a las luces policiales, donde aterrizó el cadáver.

—¿Qué opinas? —me preguntó.

—Dado que no hallaron más pruebas... —le respondí con fastidio—. Es un suicidio.

—¿¡Que no hay más pruebas!? —me cuestionó—. Mira bien las pisadas que hemos dejado nosotros y las de los carteles.

Cuando hice lo que me dijo, él empezó a caminar de espaldas hacia la puerta, con la vista puesta en ellas; después exclamó al primer policía que se encontró dentro del edificio una cinta para medir.

—¿Qué pretendes? —me atreví a preguntar.

Justo en ese momento, Nabar recibió lo que había pedido y después se puso a medir las pisadas de la víctima y las suyas.

—Las pisadas en esta superficie normalmente tienen unos dos centímetros de profundidad —me respondió—. Eso es lo que miden las mías. En cambio, estas...

Puso la cinta y me mostró su profundidad.

—Son cuatro centímetros más profundas —terminé la frase por él.

—La mujer no cometió suicidio —me empezó a explicar—, alguien la arrojó al vacío. Las pisadas en esta superficie se hacen más profundas, si bien cargas peso o pisando con fuerza. Y viendo que no hay pisadas en el radio de los carteles, me atrevería a asegurar que volvió sobre sus pasos hacia atrás, añadiéndole presión a las huellas.

—¿Y la víctima no se resistió? —pregunté mientras analizaba todo lo que me comentaba.

—Claudio nos lo tiene que confirmar —respondió Nabar—, pero sospecho que ya estaba muerta cuando la arrojaron a tu coche.



9 de mayo.

Volvimos a la comisaría de Montjüic dos horas después y nos pasamos casi toda la noche redactando un molesto informe. Estaba tan absorta que no me enteré de que había amanecido. Fue una noche agotadora.

No solo eso, también tuve que firmar el consentimiento para que usaran mi coche como prueba y hablar con la aseguradora para ver cuánto me podría descontar en la reparación... Pero no creo que un cadáver entre en el acuerdo de "Todo Riesgo". Larga vida al capitalismo, por Dios.

—No te preocupes —dijo Nabar—, el mío tampoco me lo cubre el seguro.

Si trataba de animarme, de verdad que tiene menos tacto que un gorila salvaje en África.

—Tu "accidente" no se puede decir que fuera "involuntario" —le respondí, mordaz.

Estábamos en el Despacho Circular, solamente Nabar, Sofía y yo. Los demás tenían casos pendientes o algún asunto privado.

—¿Os pasa algo? —preguntó Sofía.

—¿Que si nos pasa? —exploté—. ¿Quizás tenga algo que ver que un maldito capullo haya tirado un cadáver a mi coche?

—Pues sí que pasa algo —le respondió Nabar.

—Para colmo, Claudio está tardando demasiado en diagnosticar el cuerpo de Gabilondo. ¿Cuándo contratará Amanda más forenses?

—La crisis todavía escuece —me respondió Balder.

—¡Los Españoles y su puñetera crisis! ¡A ver si invertís con la cabeza en vez de con las pollas! ¡Hay muchos países que han sobrevivido a ella y rinden con mayor rapidez!

—Parece que el producto americano esta revuelto —ironizó Sofía.

—¡Ya tuvo que hablar la "espagueti"! —exclamé.

Tengo que reconocer que estaba muy intratable, pero creo que me sobrepasé al usar las expresiones que utilizaban los americanos ante los inmigrantes italianos cuando su único pensamiento era: «italiano igual a Mafia».

La mirada ofendida de Sofía me indicaba que había tocado un tema muy

delicado, pues según tengo entendido tiene raíces muy profundas en Italia.

Pero en esos momentos era capaz de decir cualquier cosa de lo furiosa que estaba.

—¿Quieres saber de qué pasta está hecha esta "espagueti"? —Me soltó con tono amenazante.

—Chica, me he criado en el Bronx —le repliqué, sin miedo—. Me he topado con muchos tipejos más peligrosos que tú.

Nos empezamos a soltar insultos e improperios, hasta que Nabar juntó dos dedos y soltó un silbido tan agudo que nos dejó sordas por unos momentos.

—¡Calmaos un rato! —exclamó—. Ahora estamos trabajando, pero si queréis avanzar a esta discusión con los puños, os traigo un cuadrilátero de barro para que lo hagáis. Eso sería muy placentero para mí.

—¡¡ERES UN CERDO!! ¡¿Lo sabías?! —grité con todas mis fuerzas, tanto que creí que me había resquebrajado las cuerdas vocales.

—Claro que lo sé —me respondió con molesta tranquilidad—. Soy un hombre, ¿recuerdas?

Otra vez obtuvo la última palabra. ¿Acaso todos los europeos son así de molestos?

—Sé que estás molesta por lo de tu coche —prosiguió—, pero debes calmarte o tendré que...

—Oh, cállate —le interrumpí con más brusquedad—. ¿Recuerdas cuando no te controlaste? Casi matas de una paliza a un inmigrante alemán a golpes...

Iba a seguir insultándole cuando la puerta se abrió de un fuerte golpe e hizo que me callara. La figura de Ángel entró golpeando su cilíndrico bastón al suelo. A pesar de ser invidente, parecía que me clavaba su mirada, oculta bajo esas gafas oscuras que siempre llevaba con cierto malestar, reflejándose en sus arrugas y sus labios.

—¿Por qué no grita un poco más fuerte, inspectora Harris? —me regañó—. Creo que no la han oído en Extremadura.

—Pido disculpas, sargento Balder —le respondí, calmándome muy deprisa—. Ha sido un día muy duro.

—Lo es para todos —me respondió el mayor de los hermanos Balder—, pero ahora mismo nuestros pesares no son nada comparados con los de Algorta.

—¿Algorta? —pregunté—. ¿Por qué es malo para él?

No hubo respuesta. Todos parecían saber el motivo, ya que Nabar giró la cabeza hacia la ventana y Sofía la bajó. Así que llegué a mi propia conclusión.

—¿Sabéis lo de su tumor cerebral? —pregunté.

La reacción que me mostraron no era la que me esperaba. Repentinamente todos clavaron sus ojos hacia mí, incluso Ángel.

Los hermanos Balder pusieron casi la misma expresión en el rostro, y Sofía solo manifestó tristeza en sus ojos.

—No puede ser —dijo ella.

—Justo en el peor momento —lamentó Ángel.

Nabar se levantó de la mesa y se acercó a mi vera. Me agarró de los hombros

—¿Desde cuándo lo sabes? —Me preguntó mirándome con intensidad a los ojos—. Responde.

No alzó la voz, pero su tono me indicaba urgencia, así que le conté todos los detalles. Enseguida Sofía y Ángel se sentaron en los sillones más cercanos mientras mi compañero soltaba una maldición.

—¿Por qué tenía que pasar esto ahora? —preguntó el mayor de los Balder

—¿Por qué? —Volví a preguntar sin entender nada—. ¿Qué ocurre?

—Se ha identificado a la mujer que cayó en tu coche, Andrea —me dijo—. Se llamaba Ariadna...

Inspiró algo de aire y lo expulsó para soltar la bomba.

—Ariadna Algorta. Uno de sus dos hijos desaparecidos.

La información me cayó como un enorme pedrusco en la cabeza. Enseguida me caí en uno de los sillones del despacho y a mi compañero se le clavaron los pies en el suelo mientras se frotaba la frente con las manos.

—¿Lo sabe él? —Preguntó a su hermano—. ¿Hartigan?

Aun siendo llamado por el mote que no le gustaba, Ángel asintió con la cabeza, mostrando una expresión muy amarga.

—Estaba conmigo cuando nos informaron —respondió—. La reconoció de inmediato.

Nabar le dio la espalda a su hermanastro y se fue hacia la salida del despacho.

No sé cómo volvieron las fuerzas a mis piernas, pero me alcé y le seguí.

Porque sabía hacia dónde se dirigía.

El despacho de la Comisaria estaba adornado de muebles de roble bien barnizado y colocados con buen gusto. La mesa seguía estando en el centro, donde ella revisaba y redactaba algunos informes, hasta que mi compañero abrió la puerta con brusquedad a la vez que yo entraba con él, intentado refrenar sus impulsos agresivos.

Pero fue en vano.

—¿Puedo saber a qué vienen esos humos? —preguntó Amanda con increíble calma.

—Para evitar que mandes a Algorta a casa —se apresuró a responder Nabar.

—No hace ni un minuto que he hablado con Ángel —replicó ella—, pero ya sabes que no puedo permitirlo. Ya que, por desgracia, está relacionado con la mujer que han tirado del edificio.

—Porque temes que sea parcial e irracional —le contestó—. ¡Es su hija! Lleva años buscándola, y le necesito...

—Entiendo su posición —le respondió con frialdad—, por esa razón no debo dejarle trabajar en ese caso.

A pesar de las réplicas y quejas de mi compañero, Amanda se mantuvo en sus trece y se negó. Al ver que era una batalla perdida, nos fuimos de ahí. En unos minutos nos separamos al regresar él al despacho circular y yo bajé por las escaleras. Pregunté a varios agentes una y otra vez sobre el paradero de Algorta hasta que uno me respondió que lo había encontrado cerca de la morgue.

Apenas le dije gracias y me fui a dos pisos más abajo y cuando llegue al destino me lo encontré sentado en una de los asientos de espera.

Aun teniendo una edad avanzada, siempre mantenía una expresión jovial que le hacía ser más joven. Ahora esa vitalidad se había borrado. Era un anciano, cansado, triste y sin fuerzas. Avancé hacia él y me senté a su lado. No pronunciamos ninguna palabra, dejamos que los segundos se convirtieran en minutos y se encaminaron en una hora.

Apoyé mi mano en su hombro, el inclinó su cabeza con mis manos y comenzó a llorar. Todo su dolor y rabia salían por cada respiración que tomaba, para volver a empezar.

Cuando acabó de liberar su tristeza, se levantó del sillón. Zarandeó entre su chaqueta y dejó sobre mis manos las dos cosas más importantes para un policía: su placa y su pistola.

—Una vez —me dijo—, comenté que me harían jubilarme. Tenía la fe de que tendría más tiempo para encontrarlos.

Clavó sus ojos hacia mí. Su espeso bigote temblaba con su labio superior.

—Pero ya no tengo ninguna de las dos —sollozó—. Ya no me queda nada. Caminó para subir las escaleras hacia las puertas de la comisaría. Fue la

última vez que lo vi andar por este edificio.



28 de mayo.

Los quince días siguientes pasaron muy rápido, al contrario de lo que pensaba.

Algorta apenas se había despedido de ninguno de nosotros ni de los demás compañeros. Guardó sus cosas y salió por las puertas. Al parecer fui la última con quien habló. Nabar no volvió a reclamarle a Amanda por su marcha. Entendió que, si era voluntario, ella no tenía poder para rehacer esa decisión.

Para colmo de males, este caso se estaba convirtiendo en un tema mediático para la prensa, y más ahora que hallamos otro cuerpo delante de una cadena de televisión.

No diré el nombre por el bien de su imagen, sólo puedo decir que se encontró en Barcelona. Mientras Bob y Sofía se encargaron de traer el cuerpo, tuvieron que enfrentarse a una muralla de periodistas que lanzaban preguntas, algunas referentes a las otras víctimas.

¿Cómo diantres lo hacen estos cuervos para enterarse de dónde hay carroña?! ¿Lo huelen?!

Pero esta vez no vinieron solos.

—¡No, claro! —gritó Manuel—. ¡Esto pasa por dejar entrar a inmigrantes en la policía! ¡No dais más que problemas!

Bob apretaba fuerte las manos hasta convertirlos en puños para evitar golpearle fuerte en la cara. Por suerte Sofía hizo callar a ese cerdo bigotudo con “sutiles” palabras. Nabar y yo les estábamos esperando para ir a la sala de autopsias.

—No sé por qué no le dejamos este caso a los "picoletos" —protestó de nuevo Manuel.

—¿"Pico" qué? —pregunté, atónita.

—Habla de la Guardia Civil —me respondió Nabar—. Son los que ponen más multas y hacen muchas misiones de alto riesgo, aunque últimamente no nos estamos llevando bien.

—Por cierto —cambió de pronto el tema nuestro acompañante—. El mes que viene es el tradicional partido. ¿Por quién apuestas, Balder?

—No apuesto —le respondió mi compañero, con una increíble

amabilidad—, juego de delantero en nuestro bando.

—Perfecto —le respondió Manuel con una sonrisa en la cara—. No soportaría ver cómo los Civiles nos clavan diez como el año pasado.

Después entró en la Sala de Autopsias, antes que nosotros, porque detuve a Nabar para preguntarle:

—¿De qué partido habla?

—Desde hace poco tiempo, las Comisarías de todas las Comunidades Autónomas y las Fuerzas de Seguridad del país hacen un partido entre ellos. El mes que viene jugamos contra un cuartel de la Guardia Civil de Madrid.

—¿Y dónde jugáis?

—Normalmente tendríamos que reservar un campo municipal —me respondió con una sonrisa pícaro—, pero yo he conseguido alquilar el Estadio Olímpico de Montjuïc.

¡No puedo creérmelo!

No pregunté cómo consiguió tal proeza porque no quería saberlo... ¡Y porque no podría dormir imaginándome la montaña de billetes que tiene este hombre!

—¿Tú juegas? —pregunté en un suspiro.

—¡¿Estás de broma?! —exclamó—. ¡No me perdería la oportunidad de marcarles un gol a esos arrogantes de Madrid!

Dejamos de hablar de fútbol y nos adentramos en la sala.

Antes de la llegada de Bob, Sofía y Manuel, recibimos una llamada de Claudio, que nos pedía nuestra presencia en cuanto bajaran al tercer cuerpo.

Nos encontramos con el doctor que estaba mirando con fijeza los dos cuerpos anteriores mientras le depositaban el otro.

—Bien, ya estáis aquí —dijo al vernos con una voz muy ronca y con unas ojeras muy profundas y moradas—. Os diré la causa de la muerte.

>>Siento el retraso, pero me he permitido hacer una pequeña investigación y puedo deciros que la causa de la muerte de la primera víctima y de la hija de Fran, y fue el miedo.

—¿Cómo dices? —preguntó Manuel—. ¿Nos estás tomando el pelo?

Fue el único que dijo algo, porque todos nos quedamos helados de la sorpresa y la incertidumbre.

Pero Claudio se mantuvo firme y asentía la cabeza, convencido de su diagnóstico.

—No, Inspector Hernández —le respondió—, no suelo bromear cuando hago mi trabajo. ¡A los muertos hay que tenerles respeto!

—Más respeto les tengo a los vivos— le respondió fríamente Manuel.

—Olvidando la tontería del día —se interpuso Nabar—. ¿Puede explicarnos, doctor?

—Cuando diagnosticué al señor León, objeté que la muerte se debió a un paro cardíaco. Pero como lo encontraba extraño, me tomé el lujo de abrirle el esternón, extraerle el corazón y estudiarlo.

Sacó una carpeta de encima de su establecido escritorio, con los pertinentes informes. Se ajustó las gafas y recitó:

—En el estudio he hallado algo excepcional. Las células cardíacas tienen una sobresaliente cantidad de calcio que ha provocado que el sistema electrónico del músculo falle, creando una arritmia general que le ha provocado la muerte.

—¿Qué tiene que ver el miedo con esto? —pregunté, más confusa.

—Mi investigación me llevó a varios informes médicos, entre ellos uno de Harvard y otro de la Universidad de Quito. Me han informado de que el miedo intenso o las emociones fuertes provocan un estímulo en el cerebro, el cual induce las glándulas adrenales a lanzar al torrente sanguíneo una gran cantidad de catecolaminas, como la adrenalina y la noradrenalina. Eso provoca que haya un coagulo y que, junto con las pupilas dilatadas, el ritmo cardíaco se desvíe del sistema gastrointestinal hacia los músculos, y esta toma medidas para huir o luchar.

—¿Las víctimas huían de algo? —preguntó Nabar—. ¿O no podían hacerlo?

—Eso... —Manuel iba a soltar un comentario sarcástico.

—Oye, cerdo asqueroso —le interrumpió—. ¿Qué tal si te callas un momento y lo dejas terminar?

Manuel le lanzó una mirada asesina, mezclada con asco y repulsión, pero se mantuvo en silencio.

Sin interrupciones, Claudio continuó:

—Pero ante una fuerte crisis, no solo el cerebro, las catecolaminas llegan a los órganos por vía nerviosa. Eso hace el mayor daño. Ya que células cardíacas tienen en sus membranas externas canales que permiten penetrar el calcio hacia su interior, que no está regulado por las catecolaminas. Los nervios liberan una gran cantidad directa al corazón, al centro de las células, provocando tal rigor que se hace como una piedra y produce una muerte instantánea.

Claudio movió sus manos hacia las ruedas de su silla y se dirigió a un

ordenador, donde empezó a abrir ventanas.

—¿Esta teoría te hace decir que murió de miedo? —preguntó Sofía.

—Me hizo levantar sospechas al principio —le respondió—, porque he buscado, junto con Clara, los informes psicológicos de la primera víctima. Hallamos que el señor León padecía de acrofobia.

—¿Miedo a las alturas? —preguntó sorprendido Bob.

—Eso no tiene lógica... —iba a protestar Manuel, pero rectificó de repente—. Ahora que lo dices, los compañeros de Lugo nos informaron que lo hallaron atado en unas raíces de un fuerte roble al borde de un precipicio, atado con fuerza por las muñecas.

—Eso explicaría las heridas y fracturas de sus muñecas —añadió Claudio—. A la señorita Ariadna...

Guardó silencio, sabiendo que la marcha de Algorta era aún muy reciente; el buen doctor consideró estar un minuto de silencio.

—¿La segunda víctima también padecía una fobia? —preguntó Nabar con increíble frialdad.

—Justo antes de examinar su corazón —le respondió Claudio—, tuve que abrirle la falange porque por la boca le salía una pata de esto.

Cogió un envase de plástico y nos mostró una enorme araña peluda de color negra y amarillenta. Al verla sentí una terrible arcada, y Nabar, mi compañero, se puso blanco.

—Es una tarántula —dijo el doctor—. Está muerta, ya que estaba atascada en su garganta.

Todos soltamos una exclamación de asco y repulsión al imaginarnos a ese asqueroso insecto salir de su boca.

—Por un momento, pensé aludir la causa de la muerte por asfixia —nos relató—, pero me aseguré y he descubierto los mismos síntomas. Así que la araña se atascó cuando ya estaba muerta y la lanzaron al coche de la Inspectora Harris.

Me sentí una estúpida y miserable por haberme enfadado por ello.

—Y como indican los informes, tal como ocurrió con León —continuó Claudio—, ella sufría de aracnofobia. Y me atrevo a asegurar que lo hizo la misma persona.

Con una señal de la mano, ordenó a Goliat que atenuara las luces para volver a usar la linterna ultravioleta, como lo hizo con Clara. Bajo sus luces, en la muñeca de Ariadna vimos otra letra del griego antiguo.

O

Nos pidió que examináramos al recién hallado. Tras desnudarlo, lo examinamos y en el tobillo izquierdo Bob encontró otra.

6

—Tendré que averiguar qué fobia tenía la tercera víctima —profesó Claudio—, aunque tenga que volver a abrirlo para confirmarlo.

—Conclusión —expresó Nabar—: tenemos otro asesino en serie. Pero algo me dice que este hombre es más peligroso que Ribas.

—Cierto —le apoyó Sofía—.Este perturbado es más cruel. Utilizar el miedo para asesinar... ¿Quién sería tan desalmado?

—Si las dictaduras en África son una excepción... —comentó Bob— Nadie.

De pronto todos oímos una palabra malsonante que salió escupida de la boca de Nabar. Observamos que cogía de la chaqueta su cartera y que retiraba varios billetes. Me los entregó en la mano.

—Maldita suerte de principiante —dijo entre dientes.

Entonces todos nos acordamos de la apuesta que hicimos sobre las muertes de la primera víctima, que si fue natural o provocado por productos químicos.

Así pues, aun con la sorpresa en la cara, había ganado yo.

Bob, Sofía y Claudio soltaron unas protestas y me dieron el dinero apostado que recibí encantada.

¿Qué esperabais? ¡Provengo del país más capitalista del mundo!



28 de mayo.

Subimos al despacho, encontrándonos con Nino y Clara, quienes estaban revisando algunos informes que provenían del laboratorio de la chica. Al ver la cara de Nabar, ambos suspiraron con resignación y me pagaron su apuesta.

—¿Dónde está Ángel? —pregunté, esperando cobrar la suya mientras miraba alrededor.

—No lo sé —me respondió Clara con una voz algo lúgubre—, aunque no es necesario que esté aquí para saber el resultado.

—Porque os estoy escuchando —dijo una voz que provenía del teléfono del despacho—. Además, no hace falta que sea impaciente, Inspectora Harris. Le pagaré cuando pueda hacerlo.

—¿Desde dónde estás llamando? —le preguntó Bob.

—Eso no importa ahora —le respondió Nabar—. Empecemos a trabajar. ¡Dadme respuestas!

Al acto, Sofía empezó a dar su análisis.

—El asesino posee una gran cantidad de información sobre sus víctimas, conoce sus fobias y muestra una gran psicopatía a la hora de usarlas.

—Es también controlador —corroboró Bob—. No se puede descartar que hayan sido retenidas.

—Tampoco debemos descartar que sea narcisista —le apuntó la italiana—. Mostrar a tres cuerpos en lugares públicos. Quiere ser reconocido. No cuadra para nada en la clase de asesino emocional.

—¡Otro que dará de comer a los periodistas! —exclamó Nabar—. Pero esa no es la cuestión. ¿Qué me puedes explicar, Clara?

—Las pruebas halladas demuestran que una de las víctimas murió en lugares naturales —le respondió—: bosques, parques...

—Tenemos de esto en este país —dije—, pero las tarántulas no son provenientes de aquí.

Discutíamos con tanta fuerza que parecíamos un foro de debate de anarquistas radicales criticando las monarquías o las repúblicas, hasta que, desde el teléfono, Ángel nos habló.

—¡Alto, alto! —nos gritó desde el manos libres—. Estáis chillando demasiado y no se os entiende.

Se hizo el silencio hasta que volvió hablar.

—Pensad —nos indicó—. No tenemos pruebas fehacientes ni testigos. Cuando no tenemos nada de eso, hay que buscar otro punto de salida.

—¿Otro punto? —pregunté.

Nabar clavó su mirada en el teléfono, donde salía la voz de su hermano, y ese brillo en sus ojos —que desde el caso de Biel Ribas no veía— me demostró que había llegado a una conclusión.

—¿Quién está contigo, Hartigan? —preguntó sin vacilar.

Oímos la risa floja de Ángel detrás del teléfono y todos intuimos que mantuvo su sonrisa hasta que le respondió.

—Eso, Nabar, es una pregunta correcta.

Después oímos el ruido como si el teléfono fuera cambiado de manos, hasta que habló una voz muy familiar para nosotros.

—Suban de inmediato, Balder y Harris —dijo Julisa Ferrer, la Fiscal del Distrito de Barcelona—. Tenemos que hablar.

Mi compañero y yo obedecemos de inmediato. Llegamos hasta alcanzar el despacho de Amanda, donde estaba reunida con Julisa, una mujer un poco más baja que yo, de piel morena y cabello oscuro. Vestía su habitual traje de oficina, que resaltaba su esbelto cuerpo. Ángel estaba de espaldas a nosotros, al lado de Amanda, quien tenía sus ojos azules clavados en una persona que no habíamos visto al entrar.

Al igual que Julisa, su piel era morena, el cabello recortado y negro, con una barba muy bien recortada. Tenía el cuerpo algo encorvado y exceso de grasa corporal, pero también se le veía que estaba bien entrenado para ocupar el traje color caqui que vestía, con una placa con forma de estrella y un dibujo de un ciervo que saltaba un pequeño árbol con el fondo en verde, dando a entender que era policía.

—Inspectores Balder y Harris —dijo Amanda—, quiero presentaros al Inspector Hugo Díaz.

El aludido fue a estrecharnos las manos, y le correspondí, pero cuando Nabar hizo lo mismo se quedó observándolo atentamente, a lo cual el otro hizo una mueca de incomodidad.

—¿Ocurre algo? —preguntó con acento latino.

—Nada, no ocurre nada —le respondió mi compañero—. Solo me gustaría saber... ¿De qué país latino famoso es usted? ¿El de la deliciosa caféina? ¿El del corralito? ¿El de la samba? ¿El de las llamas?

Tuve que darle un codazo para que no siguiera mofándose de los países

latinoamericanos. Ya nos tienen demasiada manía las familias de delincuentes latinos que hemos arrestado. Y para colmo su mano estaba cerca de su Magnum 357. Podría ser de los que tienen pocos estribos.

Pero él se quedó mirando a Nabar y soltó una risa leve. Debía estar acostumbrado a que le hicieran este tipo de bromas de mal gusto, y se sentó cerca del escritorio de Amanda.

—El capitán Hugo Díaz pertenece a la Policía Estatal de Yucatán, México —acabó de presentarle Julisa.

—Ah, es del país de los tacos y los compadres armados —respondió Nabar en voz baja.

—Ha venido desde tan lejos para ayudarnos —prosiguió Julisa ignorando ese comentario—. ¿Es cierto que tenemos un asesino en serie que mata de miedo a sus víctimas y les marca una letra griega con tinta invisible?

¿Cómo diantres lo sabe?! Quise exclamar, pero siendo la fiscal nada se le escapa. Sobre todo, esta clase de casos.

—Nosotros también —dijo Hugo Díaz—. Hemos hallado varios cuerpos sin vida en Mérida, la capital de Yucatán. Cuando la prensa de nuestro país empezó a hacer eco de la noticia de que en Barcelona cayó del cielo un cuerpo sin vida, el comisario Municipal de la Comisaría de Molas me lo envió de inmediato.

—¿Para averiguar si es el mismo asesino? —preguntó Nabar.

—Creemos que es el mismo —le respondió Díaz—, pero también tememos que sea un imitador. Les enseñaré las fotografías de cada letra iluminada que hay en nuestras víctimas.

El capitán se levantó de la silla, recogió una carpeta de encima de la mesa y nos dio las fotografías.

Eran seis en total: cinco mujeres y un hombre. Y según en el orden cronológico que el mismo capitán nos las enseñaba, recitaba las palabras griegas.

Δειμος

—Mis conocimientos son bastante escasos en la cultura griega —comentó el capitán—, pero mis hombres lo han traducido como Deimos. Por un momento pensamos que se trataba de uno de los satélites de Marte, pero viendo lo ocurrido aquí en España...

—Ha evocado el nombre del hijo del dios Ares —le interrumpió mi

compañero—, y también la personificación del terror.

En lo personal, no me sorprendieron los conocimientos mitológicos de Nabar, pero su forma de relatar los actos era muy siniestra.

—Estuvimos casi medio año investigando esas muertes, pero no hallamos ni pruebas ni culpables. Solo encontramos un sospechoso.

—¿Solo uno? —pregunté, ansiosa.

Conocía que, recientemente, la Policía Estatal de Yucatán había recibido un premio a los mejores policías del país de México. Por eso me sorprendió que solo hubieran encontrado un sospechoso.

—Sí —me respondió Díaz, con lástima—, lo descartamos, ya que decía cosas sin sentido, así que lo encerramos en una mazmorra de las Molas por incidentes públicos.

Nabar se fijaba muy bien en las víctimas y en los informes, en especial en una del hombre que no mostraban el rostro, y me aventuré a asegurar que apenas tenía entre veinticinco o treinta años.

—¿Se conocen las fobias de las víctimas? —preguntó Nabar.

El capitán le respondió al acto.

—La primera víctima sufría de hidrofobia, pero como en sus pulmones no había suficiente agua para ahogarse, nuestros forenses lo achacaron al paro cardíaco.

>> La segunda sufría de ligofobia: miedo a la oscuridad. Durante semanas la estuvimos buscando, hasta que nos la encontramos en el sótano oscuro de una casa abandonada a las afueras de Mérida. Era uno sin salida trasera. La hallamos con golpes en la cabeza y con las uñas rotas. Trataba de escapar cavando, pero el suelo era de cemento puro y el miedo acabó con ella.

>>La tercera padecía de leucofobia: miedo al blanco. El asesino la raptó para encerrarla en un servicio de un gran centro comercial todo pintado de blanco. El miedo hizo que se golpeará la cabeza hasta destrozarla en las paredes. Eso causó una gran conmoción.

>>La cuarta y la quinta sufrían de zoofobia: miedo a los animales. Eran compañeros de terapia, según tengo entendido. Los encontraron en una perrera rodeados de perros que no cesaban de ladrar, y ambos estaban encadenados el uno al otro. Trataron de huir, pero los perros les impedían el paso, hasta que a ambos les dio un paro cardíaco. Los funcionarios de la perrera los encontraron tumbados en el suelo y casi devorados.

>>Y este último sí que es raro —dijo Díaz, quedando algo pálido—. Padecía de hexakosioihexekontahexafobia.

Si esto fuera una partida Texas Holdem...

¡Os aseguro que todos teníamos cara de póquer al oír el nombre de semejante fobia!

Al parecer ninguno de los presentes la habíamos oído nombrar.

¡Apenas habíamos entendido la primera sílaba, por Dios!

—Es el miedo irracional al 666 —nos aclaró el buen mexicano—. Era un cura de la ciudad cuyas creencias eran casi radicales. Un día no fue a officiar la misa y a la predicación. Después de una semana, los religiosos nos pidieron que lo buscáramos. Tras casi dos días registrando su casa, nos adentramos en la iglesia y lo hayamos tumbado con las manos en la cara, ensangrentadas, ya que se había extraído los ojos de las cuencas.

Casi todos hicimos ademán de ocultar las arcadas que nos dieron al oír eso.

>>Al parecer, según las autopsias, le dieron un sedante muy fuerte; vaciaron todo lo que tenía que ver con los santos, incluso vidrieras y la cruz de Cristo, nuestro padre, por los 666. Todas las puertas estaban cerradas, y por ello tuvimos que echarlas abajo para poder encontrarle.

Nos quedamos en silencio, ya que esas historias nos habían impactado, y las pruebas no ayudaban a calmar la situación. Puse mi mano sobre la cabeza, sintiéndome mareada por toda la información recibida. Esto se había convertido en un caso de asesino en serie internacional.

En cambio, mi compañero puso sus manos abrazando sus rodillas y estuvo durante quince minutos hasta que liberó un “*Hum*”, incorporándose perfectamente en el sillón.

—Interesante —dijo Nabar—. Capitán Díaz, ¿sabe si el sospechoso que arrestaron sigue en las Molas? ¿Por casualidad conoce su nombre?

—Se llama Eduardo Lobato —le respondió el Capitán—. Lo encontraron con el sacerdote soltando toda clase de tonterías sobre “Un Dios que ha bajado de verdad a la Tierra”. “El único Dios en la Tierra es una falsedad”. ¿Acaso quiere que lo trasladen aquí?

Amanda y Julisa miraron con fijeza a mi compañero, como si esperaran que tomase una decisión de vida o muerte.

Una pregunta, Comisario y Fiscal... ¿¿Acaso no sois vosotros los que más mandan sobre un simple inspector?! Pensé para mis adentros.

Nabar negó con la cabeza, antes de hablar.

—No —dijo—. Iré personalmente a México, si a la jefa no le importa.

—En absoluto —respondió Amanda en el acto—, pero no irás solo. La

fiscal Ferrer y la Inspectora Harris le acompañarán en el transcurso de estos casos; y quiero informes bien detallados de lo que ocurra allí. ¿Entendido?

Me quedé mirándola un buen rato. Quise protestar, pero sus ojos azules tenían determinación de no aceptar negativa alguna, y sabía de sobra las consecuencias si me negaba a seguir las órdenes de un superior.

¡Gracias por enseñarme la lección, Nueva York!

—Entendido —contesté al final.



29 de mayo.

No nos dieron demasiado tiempo para prepararlo todo, así que Nabar se encargó de sacar los billetes mientras nosotras nos íbamos a preparar nuestros respectivos equipajes. La estancia no iba a ser muy larga, por lo que no teníamos que llevar mucho.

Eran casi las nueve de la noche cuando Díaz, Ferrer, Nabar y yo dejamos los equipajes y nos subimos al avión, que empezó a alzarse dejando atrás el aeropuerto del Prat rumbo a Yucatán.

Antes de partir hacia ese lindo país, informé de la situación, y cuando mi compañero preguntó quién quería venirse, todos se negaron con rotundidad.

Bob porque tenía malos recuerdos de una operación de contrabando; a Sofía no le gustaba mucho ese país, y a Nino, al parecer, le daba miedo volar. Ángel... Bueno, creo que no hace falta decirlo.

Me senté en el asiento que me correspondía y me acomodé como pude. Estaba entremedias de Ferrer y Nabar. El avión era un Boeing moderno que tenía tres asientos en filas de tres y en uno de ellos se hallaba nuestro compañero mejicano, que estaba muchísimo mejor que nosotros. Después de soportar las turbulencias al despegar y los nubarrones negros en el cielo, pude dormir al menos una hora hasta que me despertó un molesto ruido. ¡Y no era porque aterrizáramos!

Fueron como una especie de pequeños petardos, pero eran en verdad burbujas de embalar que Nabar estaba explotando. Sintiendo como le fulminaba con la mirada, me observó y, simplemente, se encogió de hombros.

—No sé por qué, después de millones de años de evolución y de mente privilegiada, el ser humano se ríe solo con hacer explotar esto —me explicó de pronto—. Yo no me río.

—El ser humano es así de simple, a veces —le repliqué, molesta—. ¿Hemos llegado ya?

—Todavía no —me respondió—. Creo que nos faltan unas horas más.

Suspiré con fastidio, y después, aprovechando un momento de distracción, le lancé un fuerte codazo a mi compañero en las costillas que hizo que gritara con agudeza.

Ya desvelada, no intenté reconciliarme con el sueño otra vez. Me levanté

y pulsé el botón de servicio. Dos minutos más tarde se presentó la azafata preguntándome si deseaba algo.

¡Por Dios, ha descubierto la solución a la raíz cuadrada de un millón! Pensé.

Con amabilidad, le pedí un café solo con mucha azúcar. Tardó un poco en traérmelo, bien calentito y con fuerte olor. Removí el azúcar, que estaba muy cargado, y me lo fui bebiendo a sorbos. Cuando llevaba más o menos la mitad, vi por la ventanilla cómo el amanecer empezaba a despuntar.

Nabar seguía explotando las burbujas de embalar mientras Julisa Ferrer miraba con interés la película que el avión transmitía, pero las explosiones ya me colmaron la paciencia y me encaré a Nabar.

—¿No tienes un puñetero avión privado para hacer esas tonterías?! —le exclamé, despertando a otros viajeros.

—¿Estás loca? —Me replicó algo ofendido— ¿Sabes lo que cuesta un Jet privado? ¡Mi sueldo es muy humilde!

—¡Oh! ¡Pues funda un Sindicato de Trabajadores desde tu habitación de hotel cinco estrellas!

—¡No todos los ricos hacemos gastos innecesarios!

Estuvimos alrededor de diez minutos discutiendo cuando Julisa nos interrumpió con una pregunta algo vergonzosa.

—¿Es normal que os queráis tanto?

La fiscal Julisa Ferrer siempre se mostró como una mujer con un gran sentido del humor.

¡Sobre todo en el sarcasmo!

Pero en ese día la veía con un humor más alegre de lo habitual, a pesar de estar haciendo este viaje, y era tan contagiosa que hasta Nabar y yo nos reímos de su comentario.

El Capitán Díaz apenas había abierto la boca, ni siquiera se levantó, salvo para ir al baño o darnos una conversación banal.

En dos horas exactas el avión volvió a temblar después de que el piloto nos informara de abrocharnos los cinturones de seguridad y de darnos las gracias por elegir sus servicios en todos los idiomas universales.

¡Madre mía, eso ya lo he vivido antes!

Después de aterrizar, gracias a la gran profesionalidad de los pilotos, recogimos nuestras pertenencias.

El aire y el calor eran tan fuertes que tuve que sujetar con fuerza mi maleta.

Aterrizamos en una pista que a primera vista la habían construido recientemente, y pude oler la sal del mar. Estábamos muy cerca de un puerto de ferry. Entre la multitud que esperaba a los demás viajeros y se saludaban, observamos a dos hombres vestidos con el mismo traje que el capitán Díaz, haciéndonos señas para que viniéramos.

—El Aeropuerto de Yucatán está en reparaciones —nos explicó Díaz—. Hubo un tiroteo que causó muchos muertos por parte de los narcotraficantes y la policía, por eso se creó esta pista provisional cerca de los puertos de una ciudad vecina.

—Qué raro que en este país haya tiroteos —comentó Nabar con ironía.

Cuando alcanzamos a los dos agentes, nos guiaron hacia dos Dodge Avenger de color azul marino.

Un oficial se fue guiando a Nabar y Díaz a uno de los vehículos; el otro lo hizo con la fiscal Ferrer y conmigo. Una vez dentro, pusieron en marcha los vehículos y sus ruedas empezaron a deslizarse por el asfalto, dejando atrás el puerto.

Los segundos se convirtieron en minutos, y estos en horas recorriendo carreteras de las autopistas, hasta llegar a la ciudad de Mérida.

La capital del Estado de Yucatán, según Ferrer, fue fundada el 6 de enero en el año 1542 sobre los vestigios de la ciudad maya T'Hó, cuando los europeos habían conquistado todo Yucatán por el español Francisco de Montejo y León, también conocido como el "Mozo". Fue bautizada como Mérida, ya que sus ruinas les hacían recordar las ruinas Romanas de Emerita Augusta, la actual Mérida española.

De pronto, los vehículos empezaron a reducir su velocidad hasta echar el freno en frente de un edificio cuadrangular, pero fijándome bien, tenía un lado que era como una torre rectangular de diseño. Casi me recordaba al Hotel Juan Carlos, donde mi compañero se hospedaba. En lo alto de la torre se podía leer:

HOTEL EL CASTELLANO

De pronto, Nabar y Díaz bajaron de sus vehículos, indicándonos que bajáramos, y eso hicimos.

Cuando Ferrer y yo llegamos a su lado, el capitán nos dijo lo siguiente:

—Habéis hecho un largo y costoso viaje —nos dijo—, así que os alojaréis en uno de los mejores hoteles que tenemos en la capital.

¡¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?!

—Mañana por la mañana uno de mis hombres y yo les iremos a recoger para empezar a trabajar. Pero esta noche... ¡Sean bienvenidos a México!

Al decir eso, se volvió a subir al coche con quien vino, y los tres agentes se fueron dejándonos en la entrada del hotel.

Me di cuenta que la gente nos estaba mirando extrañada, así que decidimos entrar de inmediato. Hicimos la reserva y, en seguida, la recepcionista nos entregó las llaves de las habitaciones. 11 la mía; 12 la de Julisa, y 13 de Nabar. Después nos indicó hacia una mesa cerca de las piscinas y los jardines, donde se oía a una orquesta que tocaba de fondo a la voz de una mujer alta, con vestido de seda negro. Su cabello lacio, limpio y azabache se fusionaba a la perfección con la piel clara, más que cualquier mujer latina que haya visto.

Estaba entonando una conocida canción, creo recordar que era «Corazón Espinado».

Nos sentamos en unas sillas que estaban delante de una mesa de cristal mientras veíamos cómo la cantante hipnotizaba con su voz a hombres y mujeres a bailar cerca del escenario. Un camarero bien arreglado nos preguntó si queríamos tomar algo.

Nabar pidió un mezcal y Julisa una copa de vino. Yo, como tenía a mi compañero echándome pullas, y a pesar de mis intentos de no beber en servicio, me atreví a pedir caballitos de tequila.

Pasaban los minutos, pero el alcohol hizo que se aceleraran a horas. De pronto la cantante dejó de cantar durante unos segundos y empezó a sonar una música que no conocía de nada, pero Nabar sí, ya que se levantó de pronto y se acercó a Julisa.

—¿Querría bailar esta canción conmigo, querida fiscal? —preguntó con caballerosidad.

Julisa soltó una sonrisa coqueta, se levantó y dijo:

—Ahora no, mi querido inspector —respondió ella—. Bailaré contigo más tarde. ¿Por qué no saca a su compañera a bailar?

Mi cabeza daba vueltas por el tequila, y antes de que pudiera negarme, Nabar me cogió de la mano. Mi cuerpo era como el de una muñeca.

Enseguida estábamos delante del escenario bailando juntos mientras escuchaba el estribillo de la canción:

Bailar pegados es bailar

*Igual que baila el mar, con los delfines.
Corazón con corazón, en un solo salón
dos bailarines...*

El ritmo era lento, pero poco a poco nuestros pasos iban aumentando hasta que, en la última estrofa de la canción, los dos estábamos cerca, sintiendo nuestros propios alientos.

Nos quedamos así un segundo.

No, fueron cinco...

¡Maldita sea, ya no me acuerdo!

El alcohol o el momento hicieron que nos acercáramos un poco más hasta casi rozar nuestros labios.

Pero el cambio de esa canción a una bachata nos separó. Nos miramos algo incómodos, y Nabar dijo:

—Tenemos que dormir. Mañana tendremos mucho trabajo.

Asentí con la cabeza y ambos nos fuimos del ambiente musical.

Llegué a mi habitación. Tenía las paredes pintadas de color crema, y unos pequeños muebles. El más grande soportaba el peso de una televisión de plasma, de caoba o roble. No supe diferenciarlo. El corazón me iba a cien por hora. Casi estuve a punto de besar a mi compañero, y lo que es peor: no me hubiera resistido de no ser por la música que sonó después... ¿Qué demonios hubiera pasado?

Al ver la cama, me volvió a venir el mareo del alcohol y, sin dudarlo, me tumbé sobre ella y traté de calmar mis nervios, con el grano de arena de Morfeo.

Habitación 12

El grifo de la ducha escupía ráfagas de agua como gotas de lluvia sobre el cuerpo de la Fiscal Ferrer.

Julisa se frotaba con la esponja mientras el jabón se escapaba por su piel, al igual que la suciedad y el sudor del viaje. Cuando se aclaró el cabello, cerró el grifo; salió desnuda de la ducha y se miró en el espejo empañado.

Le encantaba verse en el espejo y observar su cuerpo; a sus casi treinta años, Julisa Ferrer era más esbelta que en sus años de adolescencia, cuando muchos jóvenes le lanzaban piropos malsonantes y cuando un pederasta le acosaba. Ella misma se encargó de que no volviera a hacerlo. Atraía las

miradas, y era consciente de ello.

En un mundo donde las mujeres son tratadas como basura si no son bellas, tuvo la suerte y el esfuerzo de mantenerlo en perfecto estado. Sus senos perfectamente redondos y erectos, sin ayuda quirúrgica, le habían abierto muchas puertas hasta la universidad de Madrid.

Julisa había escuchado esas palabras de las rencorosas arpías que no consiguieron lo que quisieron en la universidad.

¡Ignorantes! Solo veían la fachada, pero no tenían ni idea de las noches en vela que había pasado para llegar hasta a donde había llegado. ¡Y con orgullo!

Tenía la belleza y la inteligencia para la justicia, uno de sus cuatro amores, aunque la gente no lo viera. Ella veía su corazón detrás de esa palabra. Otro de ellos era el implacable Javier Tomás, su padre, quien dio todo lo que tenía para que ella fuera universitaria y alejarla de las calles. El tercero fue su amor de la infancia. Crecieron juntos y con él perdió la virginidad a los dieciséis años. Hasta que se separaron con el tiempo.

Y el otro amor era hacia un hombre que sabía que jamás la correspondería, pero que haría cualquier cosa por él. Ya que era quién era. No sabía determinar si era amor o pura admiración y devoción, solo sabía que la volvía loca.

En el espejo empañado vio la cara de Nabar: su amor no correspondido; pero no le importaba, solo quería compartir con él algunos momentos.

Giró sobre sus talones descalzos y se abrazó a él como si fuera lo más importante en el mundo; él le devolvió el abrazo. Ambos cayeron sobre la cama.

—Me preguntaba cuándo ibas a hacer este baile conmigo.

Hundía y ascendía.

Una y otra vez, el cuerpo de la mujer no paraba de bailar sobre el cuerpo de su amante, que la observaba.

Los dos, Julisa y Nabar, se movían en diferentes posturas, dándose placer mutuo.

Nabar la hizo ponerse como una gata recibiendo sus embestidas que ella respondió con gemidos ahogados.

Julisa se sentaba sobre él mientras metía su carne dentro de la suya una y otra vez, besándose con ardiente pasión y placer.

A medida que las embestidas perdían velocidad, ganaban más fuerza.

Cada vez más profundo, hasta que la última llegó y ambos liberaron gemidos fuertes y se tumbaron en la cama, con sus cuerpos desnudos dándose

calor.

Nabar se puso a nivel de Julisa, quien le besó y correspondió.

—Hoy has estado más salvaje de lo habitual —le contestó ella—. ¿Acaso Andrea ha despertado tus instintos?

Nabar la miró tumbado de lado y puso cara de amargura.

—Julisa, te lo he dicho desde el caso de Biel Ribas —le respondió Nabar—. Solo es mi compañera.

—Nabar —le replicó ella—. ¡No me engañas! Hemos sido amantes sin compromiso durante mucho tiempo. Desde lo de Eva, tus relaciones han sido esporádicas, solo yo he seguido igual, incluso cuando te dedicaste a ella en cuerpo y alma...

—¡Julisa! —exclamó Nabar en un llanto—. ¡No la nombres!

—¿Crees que no sé qué haces visitas al asesino de tu mujer y tu hijo en Dark-Light? —le espetó ella—. Nabar, Durandarte te vigila muy de cerca.

—Al parecer muy de cerca —replicó él—. Hace tiempo que Durandarte quiere quitarme de su tablero. El caso de Biel Ribas es un ejemplo. Tuve que recurrir a mi peón para poder atrapar a un asesino.

—Nabar —Le exigió que la mirase—. Ten cuidado. Donde estás metido es un juego en el que Amanda, Ángel y yo, no podremos salvarte. Además...

Hizo caer la mirada, y después de un soplido dijo:

—Andrea sufrirá mucho.

Nabar alzó la cabeza cuando ella nombró a su compañera. Se levantó de la cama con rigidez y con el rostro muy sombrío.

—Se parece mucho a Eva —prosiguió ella con un tono sombrío—. No debes perderla por culpa de tus actos.

Nabar levantó medio cuerpo y cogió con la mano las mejillas de Julisa, obligándola a mirar sus ojos oscuros.

—¿Me lo dices como mi amante o como la peón del segundo alfil de Durandarte?

Ella cogió su mano entre las suyas y de sus ojos empezaron a salir lágrimas que Nabar interpretó como sinceras. No parpadeó varias veces para provocarse el llanto, ni había nada que le despertara esa sospecha.

—Te lo digo como una mujer que te ama, aunque no me correspondas —dijo cuando se inundaba en lágrimas—. Nabar, si revelamos quién es el asesino de este caso, ¡te declararán prescindible!

—Desde la muerte de Eva y de mi hijo soy prescindible —le respondió—, así que descubriré al asesino que Durandarte ha usado para sus propósitos,

y les detendré.

>> Aunque sea un acto de traición.



30 de mayo.

Sofía estaba en la comisaría de Montjüic discutiendo con tres agentes sobre el caso. A pesar del éxito con el caso de Biel Ribas, aún había gente que la miraba con furia contenida debido a que era una de las protegidas de Balder.

Pero ya sabía cómo lidiar esas conversaciones, y amenazó con contar secretos que conocía de esos agentes en cuestión. Recibió como respuesta algunas amenazas y uno de ellos se atrevió a agarrarla del brazo. Grave error. Dobló la mano del agente y lo tiró al suelo; después puso su pie en su zona noble y apretó.

—Muy valiente —le dijo—. ¿Quieres saber cuánto aguantas el dolor?

Después de oír cómo gritaba, los otros agentes ayudaron a levantar a su compañero y se fueron del pasillo, llamándola zorra a pleno pulmón. No se molestó en responderles. Los hombres eran tan predecibles como estúpidos, y no sabían cómo mejorar sus improperios.

Sofía se fue hacia el despacho circular, donde tenía que redactar cierto informe ahora que Balder y Harris se habían ido a México, aunque por su parte no estaba preocupada por su compañero, ni menos aún con la yanqui pelirroja que se atrevió a insultarla.

Laplaglia estaba a punto de cumplir los treinta, pero a pesar de eso había conseguido que su cuerpo no reflejara su edad ni sus limitaciones. Tras varios años trabajando para la sombra de los gobiernos, sabía perfectamente que las buenas personas son solo idiotas y que las interesantes eran monstruos.

¿Cuántos había matado por el bien de los gobiernos? Hacía cuatro años que no llevaba la cuenta, y más después de presenciar en Torino cómo alguien que amaba se volvió loco. Dos años después recibió la llamada de Nabar Balder, compartió secretos que creía que solo ella conocía y le explicó su cruzada. Al principio pensó que estaba loco, pero después se juntó sin pensárselo dos veces al saber sus motivos. Mientras su mente deambulaba por sus pensamientos, llegó al Despacho Circular donde se oían los dedos de Nino Carranza golpeando las teclas de su portátil. Estaba solo y sus ojos clavados en la pantalla.

—¿Mucho trabajo? —preguntó ella, sentándose a su lado.

—¿Trabajo? Esto es esclavitud.

Sofía se quedó sorprendida al oír una respuesta directa y sin tartamudeos.

—¿Acaso has fingido tu tartamudeo? —cuestionó.

Nino dejó de mover los dedos y se la quedó mirando con dureza.

—No finjo nada, es solo un efecto de una medicación que me obligan a tomar a cambio de trabajar con la policía y cobrar este buen sueldo.

—¿Quién te obliga a tomarte esto?

—¿Tú qué crees?

No hacía falta ser un genio para saberlo. Solo una persona haría lo que fuera para conseguir su propósito. Después de suspirar, volvió a preguntar.

—¿Qué es esa medicina?

—Es una medicina experimental que ayuda a adictos a superar el mono y sus consecuencias. Creo que Nabar la llamó «Exsedium».

—¿Cuándo te la empezaste a tomar?

—Justo después de resolver el caso Doppelganger —le respondió Nino —. Nabar dijo que me ayudaría con el costo del tratamiento de la terapia psicológica.

Durante la conversación, Sofía estaba redactando el informe; cuando lo tuvo listo estaban a punto de ser las 20:30. Nino apagó su portátil y recogió sus cosas, lo mismo que ella, hasta que a la mujer se le ocurrió preguntar:

—Nino, ¿por qué estás aquí?

Volvió a mirarla con confusión

—¿Por qué estoy aquí? Pues por lo mismo que tú. Nabar me reclutó porque, según él, “tengo algo esencial” que hará que la policía sea más eficiente contra los criminales cibernéticos y conocimiento de drogas que nadie en este país conoce.

—¿Fuiste un hacker?

—Claro. Llegué a colarme en las redes privadas de la Moncloa hace un año. De hecho, casi acabo en la cárcel.

—No me digas. Balder les convenció de que no te encarcelaran.

—Sí. Es increíble que uno de los hombres más odiados del cuerpo tenga tanto poder. ¿No te has preguntado qué hizo para obtenerlo?

—No me lo he preguntado, lo sé.

—¿Y no lo compartirías conmigo? —preguntó Nino con curiosidad.

—No, si no quieres morir. Pero, dime... ¿No te sientes incómodo por estar trabajando para un hombre que puede mandarte a la cárcel cuando él quiera?

—No es incomodidad —respondió Nino—. Nabar está jugándose la por mí, e incluso se toma la molestia de asumir los costes de mi terapia. Más bien lo que tengo es miedo.

—¿Miedo a qué? ¿A fallarle? —preguntó Sofía, curiosa.

Nino guardó su portátil en su mochila junto a los cables y el ratón. Cuando se lo colgó por el hombro, respondió.

—No a él, sino a mi familia. Mi padre murió de una paliza por un asunto de drogas y deudas. Casi todos mis hermanos se han enganchado a ellas, yo incluido. Desde entonces he luchado para intentar que esas mierdas desaparezcan de las calles, pero es imposible.

—¿Tu miedo es que esto sea una batalla perdida?

—Es que está perdida. Lo único que podemos hacer es intentar que no llegue a inocentes, y aun así estamos fallando —unas lágrimas se le empezaban a acumular en los ojos; se quitó las gafas y se las limpió—. Perdón. No debería llorar, y sé que es irónico que diga esto, pues soy un criminal.

—¿Por qué pirateaste los datos confidenciales de la Moncloa? —preguntó Sofía intentando que él no llorara del todo.

Nino se serenó, respiró profundo y se lo dijo.

—Por un caso donde pillé a un político que tenía en su poder un buen alijo de droga. Mi error fue presionar tanto a ese im..., im..., imbécil que al final usó sus contactos policiales para que me detuvieran por delitos informáticos.

Sofía observó que empezó a temblar y tartamudear de nuevo. Su historia era la de un hombre que, a pesar de todo, luchó por sus ideales. La clase de hombre que ella detestaba, pues muchos de ellos morían antes de ver cumplidos sus anhelos, o se rendían por las presiones. También, todo hay que decirlo, había recibido ayuda en el momento adecuado. Pero esa ayuda tenía un precio, y Nino lo sabía.

Nino se despidió de ella y se encaminó hacia la puerta, pero ella le cogió del brazo y le dijo que esperase.

—Esta noche me apetece tomar algo. ¿Te vienes conmigo? —le sugirió.

—Yo..., yo... No puedo be..., be..., beber alcohol —respondió temblando otra vez, pero Sofía sabía que en ese momento se volvió tímido.

—No importa —dijo ella.

Nino tardó, pero inclinó la cabeza como señal de aceptación. Sofía se levantó de la silla, recogió su abrigo, bajaron hasta el coche de ella y se lo

llevó recorriendo las carreteras de Barcelona hasta llegar a la avenida de Madrid. Entraron en un local llamado el Nick, una discoteca con karaoke y restaurante. Aún faltaba una hora para abrir, pero al parecer Sofia era conocida del dueño y le permitió pasar a cambio de darle unos treinta euros por adelantado, y se sentaron en la barra. Nino bebió un refresco libre de cafeína y ella se pidió un clásico Manhattan. Entre bebidas y comidas para picar, ella empezó hablar y a mostrarse más abierta que nunca, algo que a Nino le sorprendió de forma agradable.

La mujer fría e irónica que veía en el trabajo había desaparecido; ahora veía una mujer atractiva con ganas de liberarse.

Después de beber varias copas de Manhattan, Sofia le arrastró al karaoke y cantaron varias canciones, aun con la dificultad de Nino, que no paraba de temblar provocando unas carcajadas en ella.

Tres horas después, Sofia dijo: “Acompáñame a casa”. Por suerte vivía a dos calles de distancia, así que dejaron el coche aparcado delante del local y se fueron andando hasta llegar a un bloque de pisos característicos de una ciudad como Barcelona. En todo el camino Sofia se aferró a Nino, y él no intentó separarse de ella.

Cuando llegaron a su piso, Nino la acompañó y le abrió la puerta. Los efectos del alcohol se notaban notablemente en el comportamiento de Sofia. Nino hizo amago de despedirse, pero antes de que pudiera decir nada, Sofia le agarró del brazo.

—Entra —ordenó.

Nino obedeció y entró. Al cerrar la puerta Sofia le besó en los labios y él le correspondió con fuerza y nerviosismo. Mientras compartían sus labios, ambos se fueron quitando la ropa y ella lo guio hasta el dormitorio. Ella se acostó encima de la cama sin dejar de besarlo. Cuando estuvieron desnudos, ambos lamieron sus hombros, mejillas y sus sexos, calentando sus cuerpos.

Él entró en su vagina y embistió con suavidad sin descontrolarse. Mientras besaba los pechos de Sofia, ella le cogió la cabeza al tiempo que le animaba a seguir embistiéndola. A pesar de que la primera vez Nino no duró mucho, en la segunda ronda la sorprendió por la fuerza que mostraba cuando cambió de postura por detrás.

En los últimos instantes, Nino avistó cómo ella lloraba a pesar de estar juntos.

En ese momento entendió la personalidad oculta de Sofia. Era una gata callejera. Fuerte, independiente, pero que anhelaba la compañía de los demás.

No la reconocería nunca, se alejaría, arañaría, hasta mordería antes de permitir que alguien se acerque a ella. Cuando estuviera herida siempre necesitaría de la compañía de otro para lamerse las heridas. Los dos eran dos gatos callejeros que se lamían las heridas, y pudo ver que ella temía más a la soledad que la posibilidad de morir; sin embargo, también podría significar que él no sería necesario para ella. Lo sabía, pero no le importó.

Besó los labios de Sofía una vez más mientras daba las últimas embestidas, y ambos durmieron en los brazos del otro hasta que sonó la alarma de sus móviles y se fueron al trabajo, prometiéndose en silencio guardar esta noche para ellos solos.

Eran las 23:45 cuando Clara Nakamura decidió quitarse los guantes de látex y los arrojó a la basura con indignación y rabia. Momentos después, apagó sus monitores y fichó, apuntando cuatro horas de más. Subió un piso en el ascensor y se encaminó hacia la salida; se acercó a los vestuarios y dejó su bata y sus herramientas. Recogió su abrigo de cuero negro y un casco con el dibujo de un Nue, criatura mitológica del país de origen de su madre. Una vez fuera en el estacionamiento, se acercó a uno de sus grandes amores: una Harley Davidson de color rojo granate. Se subió al asiento, se colocó el casco y lo ató a su barbilla. Se abrigó con la chaqueta y encendió la moto. Dejó que rugiera un tiempo. Le encantaba oír a su amor expresar su grito de despertar. Era una sensación única, como liberadora, y le ayudaba a olvidar los momentos dolorosos e incómodos.

Circuló por las carreteras oscuras de Barcelona. Clara tenía poco más de los veintiséis años; llevaba en España desde los ocho, cuando su padre, Ernesto Morgades, fue llamado para volver de Japón. A ella no le costó adaptarse al entorno. Fue conociendo tanto el ambiente, que ya era más española que japonesa, y eso le llevó más de un quebradero de cabeza Taeko, su madre,. A los dieciocho años tuvo su primer contacto con los casinos y un amor frenesí con Texas holdem, que le ocasionó una deuda con el banco por adicción. Cuando ya estaban a punto de destruirla apareció un salvador rencarnado en la figura de Andoni Algorta. Ese buen hombre le había pagado la deuda con sus ahorros, y tras meses de desintoxicación, en centros de confianza por Algorta, Clara encontró una nueva pasión que la alejó del juego: la ciencia forense.

Irónicamente, para ella el encontrar pruebas en cosas cotidianas como pantalones o en la uña cortada de una mano humana, era como adivinar la jugada de su rival en el Póker, y eso le hizo ver lo aburrido que era ese estúpido juego. Con la ayuda de Algorta y el apoyo incondicional de su familia, consiguió las licenciaturas necesarias y un trabajo en el cuerpo de policía.

Apartó esos recuerdos al ver que su Harley le llevó a su destino, y la aparcó. Las luces de neón le iluminaron la cara de color azul. Cuando se quitó el casco encontró la puerta de su local favorito.

El lugar se llamaba «El nido del Rock». Fue inaugurado a finales del año 2000, cuando la música Reggeton empezó a invadir las radios y las televisiones y el dueño decidió tener un lugar para salvaguardar la buena música mientras aplicaba su vocación de barman. En veinte años, el Nido había reunido a varios grupos del rock alternativo, estándar e incluso hardcore, formados por jóvenes y veteranos que tenían una gran calidad y música en sus venas, pero eran unos auténticos desconocidos para el gran público. El rock ya no enamoraba a las grandes Industrias.

Clara, aun teniendo un gusto más variado, echaba de menos esa música. Con decisión y aplomo, bajó de la moto y entró.

La casualidad quiso que llegara justo cuando se presentaba un grupo formado por jóvenes llamados los «Inquietos». Se sentó cerca de la barra y se dirigió a la camarera, cuya amistad mutua duraba desde hacía años, y le pidió su habitual Manhattan. La camarera, cuyo rostro expresaba los años vividos sin perder la belleza, asintió con una sonrisa y en pocos minutos le llevó la bebida.

Clara empezó a beber despacio y clavó su mirada en el escenario donde los «Inquietos» llevaban tres canciones cantadas. En la mente de la medio asiática ya estaban catalogados como grupo prometedor, pero no tenía un cantante con carisma que enganchara al público. Entonces se fijó en la Bajo.

No vestía con ropas muy llamativas, pero le realzaban la figura lo suficiente para llamar la atención, y su cabello estaba tintado de rosa. No tardó en mirarla a ella, y Clara supo enseguida que en esa mirada tímida había deseo. Se lo devolvió.

Tras una hora de concierto, Clara y la Bajo se reunieron en la barra y empezaron a conversar. Varios intercambios de palabras, sumados con algunos tragos, las empujaron a acercarse los labios besarse mientras se atornillaban

las lenguas con sabor a alcohol y a carne.

—Ven a mi casa —le dijo Clara entre susurros. La bajo se llamaba Susana.

Clara vio duda en ella, pero finalmente Susana aceptó la invitación. Se dirigieron a la puerta y se encaminaron a su destino.

Una vez dentro del edificio, empezaron a besarse casi sin control. Susana comenzó a quitarle la chaqueta de cuero para proseguir con su camiseta. Poco a poco se fueron desnudando mientras se procesaban caricias llenas de pasión. Se tumbaron en la cama; Clara empezó a besarle los pechos, y fue bajando hacia su Monte de Venus. Le dio pequeños besos que fueron incrementando esa intensidad. Susana se retorció de placer intentando llegar al clímax. ¡La noche prometía, y mucho!

—Dime, Susana. ¿Qué quieres? —le preguntó.

—A... Ti, ¡te quiero a ti! Quiero que me hagas disfrutar como nunca, como te haré yo a ti —respondió en una clara invitación. Estaba claro que las dos buscaban lo mismo y no dejarían pasar la oportunidad de procesarse deseo, pasión y placer una a la otra.

Siguieron tocándose y besándose, con mucha intensidad. Susana le masajeó los pechos mientras que con la otra mano le tocaba el clítoris con pequeños toques para luego volver a ir más deprisa. Clara no pudo evitar soltar una exclamación de sorpresa y excitación. Le gustaba tanto...

—No, no pares, por favor... ¡Sigue! —No, ahora no podía dejar que parara, estaba en una nube muy, muy placentera.

Susana no estaba dispuesta a parar, quería que se corriera, ver la expresión de placer en su cara. Estaba a punto, pero no quería que terminara tan pronto, así que Clara hizo que Susana se pusiera encima, en la posición exacta para hacer un sesentainueve. Empezó a chuparle el clítoris con muchas ansias, deseando que ella también llegara al clímax; Susana hizo lo mismo y le proceso placer de igual forma. Juntas llegaron al orgasmo, entre lamida y lamida. No contenta con eso, Clara sacó del cajón un vibrador, empezó a metérselo muy despacio a Susana y, esta, por la sorpresa, dejó ir un gemido lleno de placer.

—¡Dios! Esto, esto es genial... ¡No pares! —Ante su petición, Clara siguió masturbándola, dándole besos y caricias mientras el vibrador hacía magia.

—¡Vamos, Susana! Córrete para mí. Quiero sentirte —Clara necesitaba

más, mucho más. Tras la petición, ella se corrió soltando un gemido que expresaba todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

Tras calmar su respiración, Susana tumbó a Clara en la cama y empezó a masturbarla de igual forma que había hecho con ella. No tardó en llegar al orgasmo. Tras darse besos y seguir con más caricias, se tumbaron en la cama. Poco a poco y con la sensación de haber pasado la mejor noche de su vida, se quedaron dormidas.

Amanda tecleó las letras de su portátil con fuerza. Todavía tenía que redactar varios correos a oficiales y personas influyentes en el cuerpo.

Tras acabar el último correo, Amanda se quitó las gafas y se masajeó los ojos soltando un suspiro de cansancio. Se acomodó en una silla mientras su cabeza divagaba en pensamientos. Se sobresaltó al oír cómo la puerta de su despacho se abría y cerraba, escuchando unos golpes acercándose a su mesa. Abrió los ojos y vio la figura de la persona que más amaba: un hombre que desde que ella era una agente con el uniforme le demostró lo que era el verdadero amor. Muchas veces era muy temerario, pero su suerte le salvaba de las situaciones más peliagudas y sabía que la fortuna era acompañada por la tenacidad de la supervivencia.

Amanda y Ángel se casaron tres años después de conocerse, y ella descubrió secretos que le ayudaron a subir peldaños hasta su actual puesto; también, que Ángel y Nabar tenían poder e influencias que llegaban a niveles muy altos. Tuvo miedo, por ello casi se separaron, pero su amor por él acabó con el temor.

Ángel se acercó con paso seguro, se quitó las gafas y clavó sus ojos grises en ella, mostrando que su ceguera era fingida ante los demás, y solo su mujer lo sabía. Se sentó encima de la mesa, alargó la mano hacia su mejilla y la acarició. Ante su caricia, Amanda cerró los ojos

—Has trabajado mucho, querida —dijo él—. Deberías descansar...

—¿Enserio? —pregunto, irónica— ¡¿Tú me dices eso?!

—Como tu marido, me preocupo por ti.

—¿Cómo marido o como el hombre que apostó por mí como comisaria?

—¡Amanda, no seas tan mordaz conmigo!

—Tengo que serlo; y hazme un favor: no hagas más tu pantomima de la ceguera, te van a descubrir.

Ángel sonrió y se acercó más a ella; la miró a los ojos y le mostró una mirada muy parecida a la de Nabar: fría e inteligente.

—Tienes un carácter muy encantador, Amanda.

—Me pregunto de quién lo aprendí... —sonrió, irónica.

Amanda se recostó en su silla y clavó la mirada en Ángel.

—¿Durandarte sabe de este caso?

—Sí.

—¿Y no les gusta la intervención de Nabar?

—No demasiado.

—¡Joder! ¿Por qué tu hermano no deja de meterte en casos así? Está obsesionado con esto desde que financió aquel político de extraña reputación. Desde entonces todo va de mal en peor.

—Querrás decir desde que Kian mató a Eva.

—Las dos cosas están unidas —replicó Amanda—. Desafió a Durandarte, y tarde o temprano tendremos que traicionarlo.

A Ángel se le oscureció la mirada y le endureció más las facciones. Asintió.

—Tienes razón.

—¿Serás capaz de hacerlo?

—¿Tú qué crees?

—Sé de lo que eres capaz, por eso me casé contigo.

Ángel se acercó a Amanda y la besó. Ella lo abrazó mientras le devoraba los labios; segundos después se separaron.

—¿Y mi secretario? —preguntó ella, jadeando.

—Le dije que se fuera...

No replicó. Ángel se abalanzó y la besó de nuevo. La levantó de su silla y, tras apartar los papeles de la mesa, la sentó en ella. Le subió la falda hasta la cintura y le bajó las medias junto con el tanga de encaje rojo que llevaba. Empezó a besarle las piernas desnudas y fue subiendo hasta llegar a su Monte de Venus. Amanda empezó a jadear, presa de la pasión. Con besos suaves e intensos a la vez, Ángel se dejó llevar e hizo lo que deseaba en ese momento: chupar y devorar la zona íntima de su mujer. Amanda no podía más, necesitaba liberarse, estaba muy a punto de correrse... Hizo que Ángel parara y empezó a desnudarlo. Primero desabotonó los botones de su camisa y fue dándole besos por todo el torso hasta llegar al ombligo. Le desabrochó los pantalones y se los bajó. Se quedó sorprendida.

—¿No llevas...?

—No —sonrió, pícaro. Después le guiñó un ojo.

Amanda no se lo pensó y se lanzó a hacerle una felación. Le chupó como si fuera un polo: primero lento y después más deprisa, desde la base hasta punta. Ángel estaba muy excitado y con muchas ganas de meterse dentro de su mujer, *¡Dios, qué boca!* Estaría toda la vida dejando que le hiciera eso.

—Amanda, necesito meterme dentro de ti.

Hizo que parara y la volvió a sentar en la mesa, justo en el borde de ella, y empezó a entrar muy lentamente; tanto, que ella se desesperó.

—Ángel, más rápido —le suplicó en un susurro.

—Tus deseos son ordenes, querida —y tal como le dijo, incrementó sus embestidas.

—Oh, sí, ¡qué bueno! ¡Sigue! ¡¡No pares!!

Y no paró. Siguieron haciéndose el amor como si no hubiera un mañana, amándose con cada beso, con cada caricia, con cada mirada...

Me levanté tras unas seis horas de sueño inquieto, ya que no pude olvidar lo sucedido con Nabar la noche anterior.

No sé por qué, pero en el caso de las Máscaras de Porcelana hubo ocasiones en que se me acercaba con demasiada confianza. No sé si es parte de la personalidad de los españoles. Una vez le solté mis sospechas al respecto y resultó ser falso.

Pero el baile de anoche...

¿Fue algo causado por el alcohol o no?

Decidí olvidarlo. ¡Es imposible que él y yo llegásemos a besarnos. ¡Sería lo último que haría!

Me levanté de la cama y me dirigí al cuarto de baño como un maldito zombi (que están de moda de nuevo). Abrí el grifo del lavamanos y me mojé la cara para poder despejarme.

Desde luego, Andrea... ¡¿Cómo se te ocurre beber un brebaje con una gran cantidad de alcohol?!

Eso sería lo primero que diría mi madre si me viera en este estado. ¡Vete de una vez, vieja bruja!

Bajé de mi habitación y, antes de llegar al restaurante, me encontré con Nabar, quien estaba sentado en una silla, con un rostro algo más pálido de lo habitual y los ojos cubiertos por unas gafas oscuras. Intuí que se las habría

comprado recientemente.

—¿Estás bien? —pregunté algo preocupada—. Parece que estés recién resucitado.

—Sí —me respondió con la voz rota—, es que ayer me encontré con un matrimonio recién casado y querían experimentar. Nos tomamos unas copas en su habitación y nos pusimos ciegos de sexo salvaje. Ni te imaginas cómo de extasiada se quedó la mujer al ver que su marido le entraba mientras yo le dominaba a él. Y cuando los dos nos metimos en ella...

—Un momento. ¿Has bebido? —le interrumpí, alarmada—. ¿En pleno servicio?

—Estábamos fuera de servicio —me replicó.

—Pero si descubren que has bebido en un viaje para atrapar a un asesino, ¿cómo responderíamos a la comisaria Gallego?

Nabar no me respondió. Después de un rato sin recibir nada más que silencio me fui de ahí y me dirigí a su habitación. Era una copia casi perfecta de donde había dormido yo. Cuando vi el mueble-bar, lo abrí sin preámbulos y quedé estupefacta.

Las botellas estaban intactas. No había ni una que hubiera sido abierta. Miré por la habitación y me fijé que ni siquiera se habían tocado los vasos. Para asegurarme, bajé a recepción y pregunté al recepcionista si una pareja había subido a la habitación de Nabar, o si él mismo se fue hacia ellos. Me respondió que no había visto a Nabar irse con ninguna pareja, ni siquiera salir de su habitación.

No sé por qué, pero un dolor me empezó a oprimir el pecho sintiendo como si se me estirara, algo similar a una goma muy tensa.

¿Por qué me mentiría sobre eso? ¿No habría sido mejor que me lo contara?

¡Compartimos el mismo peligro en cada caso que trabajamos, hostia puta! No lo entiendo... ¡Pero me molestó muchísimo!

Volví a bajar hacia el comedor, y me encontré con Julisa, quien estaba tomando un desayuno de tostadas untadas de mantequilla y jamón, acompañadas de un café solo.

Me senté a su lado, y encomendé lo mismo que mi acompañante, quien me dedicó una sonrisa.

—¿Has dormido bien? —me preguntó, cortés.

—Fatal —le respondí tajante mientras observaba de nuevo a la pareja anterior—. Me parece que alguien estrenó con mucha soltura las sábanas y no

me dejó cerrar los ojos.

Ferrer soltó una risa floja mientras yo miraba alrededor, esperando mi desayuno.

Era un espacio muy amplio y ancho, donde la madera del roble dominaba en los mobiliarios con más de una decena de mesas que recibían a otros huéspedes. Nabar bajó unos pocos minutos después y se sentó en una mesa aparte de nosotras. Parecía que necesitaba estar solo un momento.

De pronto entablé una conversación con Julisa sobre nosotras mismas mientras comíamos nuestro almuerzo.

—La verdad es que me crié en una de las provincias cercanas hasta que mi familia decidió mudarse a España por cuestiones de trabajo —me dijo cuándo le conté una de mis aventuras de Nueva York—. Tenía diez años en aquel entonces.

—Debes de estar contenta de volver —le comenté—. ¿No?

—Si te soy sincera —me contestó mirando al otro lado—, no guardo muy buenos recuerdos de este país. Ahora no lo considero mío.

—¿Por qué?

Me miró a los ojos y no respondió; con un gesto entendí que me pedía que olvidase el tema. Cuando Nabar decidió unirse a nosotras, ordenamos que le trajeran un café muy bien cargado, cosa que él no protestó en absoluto.

Pasada una hora, el Capitán Díaz y uno de sus hombres se presentaron. Iba más arreglado y limpio que en Montjüic, y decidimos irnos a Molas.

Las Molas es una comisaría o una delegación, como lo llaman aquí. Tenía una forma de exterior como una iglesia de pueblo antiguo, pero no significaba que contara con la misma intensidad que cualquiera que hubiera visto en otras. Su color era crema, con tejas de un color barro muy bien conservado, y una especie de torre metálica que supuse sería un depósito de agua. Entramos a su interior. Debo advertiros que no me fijé mucho en cómo era, ya que no paraban de entrar y salir agentes municipales. Lo único que puedo deciros es que se iluminaban con tubos fluorescentes.

Seguíamos el paso del Capitán Díaz, que en más de una ocasión hablaba en su jerga con algunos compañeros. Nos guiaba hacia la zona más oscura de la comisaría.

¡Me empezaban a doler los pies de tanto estar de pie, y eso que me compré calzado nuevo! ¡Malditas Rebook!

La zona oscura empezaba a ser más estrecha hasta que llegamos a una celda custodiada por un hombre enorme, y fue donde se detuvo el capitán. Con

la poca iluminación, Nabar se quitó las gafas. Por fin, parpadeó unos segundos hasta acostumbrarse a la oscuridad.

Ferrer fue quien habló con el que ocupaba la celda.

—Buenos días, señor Lobato —saludó.

El preso se acercó a los barrotes que lo mantenían encerrado.

Era un hombre bastante delgado, y los huesos de su calavera se le marcaban en sus carnes. Sus ojos, aún en la oscura iluminación, eran de color marrón, y le hacían aparentar estar fuera de sus cabales. Parpadeaba de forma compulsiva; hacía ruidos asquerosos con la boca y movía el cuello como si fuera un reptil. Tenía muchos tics, y muy molestos.

—¿Quién es usted? —preguntó Lobato, pausando sus palabras.

—Soy Julisa Ferrer, una de las Fiscales de España —se presentó ella—. Encantada de conocerle.

Le ofreció la mano, pero Lobato no se la estrechó. Agarró con fuerza las rejas que lo mantenían cautivo y se apartó de ella.

—Otra zorra con carreras y modales de manual —escupió sus palabras—. El mundo está lleno de ellas últimamente.

—¡Eh, un poco de respeto, imbécil! —le espeté, indignada.

—¡Oh, aquí tenemos a otra puta con pistola! —me replicó—. Si os creéis muy seguras con una pistola en las caderas, ¡tengo una aquí mismo para que la disfrutes!

De pronto se bajó los pantalones y me enseñó su miembro erecto.

—¿Eso es lo que les gusta de los hombres? —me preguntaba, casi colérico—. ¡Tristes hembras mortales! ¡No servís más que para traer al mundo a insectos que destruyen este mundo!

Empecé a ponerme roja de la ira, pero la mano de Nabar se me acomodó en el hombro y, por alguna razón, eso me tranquilizó.

—Señor Lobato —dije con exagerada educación—, le arrestaron por estar cerca de la víctima de la Iglesia. ¿Podría decirnos qué hacía allí?

Como respuesta, recibí una palabra en español latino acompañada de sus chasquidos. No la pude traducir.

—No, no, no —me decía—. Tú, víbora, no quieras saber qué hacía allí.

Se acercó a los barrotes, aún con los pantalones bajados, y me miró.

—¡Yo le daré una respuesta! —me exclamó—. Al cura no le hice nada...

—¡Miente! —Gruñó Díaz, escoltado por el policía, quien sujetaba su porra—. Usted sabe cómo murió. ¡Lo tenía sujeto en brazos!

Ante los rugidos del capitán, Lobato se subió los pantalones y se encogió

como un animal asustado. Nabar observó ese comportamiento mientras sujetaba su móvil. Marcaba algo en la pantalla táctil; entonces, Lobato empezó a soltar palabras con lágrimas.

—No puedo decirlo —decía—. No tengo respuesta.

Repitió esas mismas palabras una y otra vez, haciendo que el capitán suspirara y negara con la cabeza.

—Cuando se pone de esa forma —dijo—, ya no se puede hablar con él. Llevamos casi un mes así y no hemos conseguido que hable. Si no encontramos respuesta alguna, lo tendremos que ingresar en un centro psiquiátrico.

—Y se llevará el secreto a la tumba —dije, suspirando—. No acabo de entender por qué lo tienen aquí.

Díaz miró a Lobato de reojo antes de responderme.

—Porque nos atacó. Cuando le localizamos con el cura se puso a estrangular a un agente de los nuestros y casi lo mata.

Julisa, Nabar y yo miramos al preso, quien ahora parecía un corderito asustado.

—Solo dijo una cosa —prosiguió el capitán—. Bramaba: “Podéis buscarle, encontrarle, torturarlo... Pero no dañaréis su obra. Su nombre se volverá a oír de nuevo”.

Con esas palabras sonando en mi cabeza, salimos de las celdas hasta un despacho que los municipales nos cedieron al capitán Díaz y a nosotros, donde él se sentó en el sillón y lo emulamos con las sillas que había alrededor. Julisa no abrió la boca durante un rato mientras Díaz nos miraba esperando respuestas que yo no sabía responderle.

—Es una persona interesante —rompió el silencio Nabar de pronto. Sus gafas estaban de nuevo cubriendo sus ojos.

—¿Interesante? —preguntó Díaz.

—Lobato muestra síntomas de alguien que ha visto algo que admira y lo está defendiendo con su locura.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —pregunté.

— Por la reacción que tuvo con vosotros y con Díaz —me respondió—. Con vosotras se mostró muy agresivo. Os veía como el eslabón débil del grupo. En cambio, con él se mostró sumiso.

—¿Estás diciendo que el asesino es machista? —le pregunté.

—Puede ser —me respondió—, y pienso que él también es una víctima.

—¿También sufre una fobia? —preguntó Julisa.

—La fobia no decreta únicamente al miedo —dijo Nabar—, también está

relacionada con el odio, como la xenofobia, la homofobia... Lobato es un misógino de cuidado.

—Entonces —dijo Díaz—, más vale que nos demos prisa, porque de ser sospechoso...

—¡Se ha convertido en un testigo! —exclamé alzándome de la silla.

—Exacto —afirmó Julisa—. Su rabia a las mujeres le impide pensar, y por eso defiende al asesino.

—La clave está en esas palabras —dijo Nabar.

“No tengo respuesta; no puedo dar respuestas”. Y tenemos una forma fácil de hacerle hablar.

Nabar pidió al guarda que abriera la celda, cosa que hizo al instante. A pesar de mis negativas, mi compañero hizo caso omiso y entró en ella.

—Porque es usted —dijo, alargando la "d" y cerrando la puerta tras de sí— un cobarde.

Lobato lo miró con disgusto en su rostro. Permaneció callado y cruzó los brazos.

—Está usted aquí por agredir a un policía —dijo Nabar—, por los crímenes que han ocurrido en Yucatán. Pero usted no es el asesino, no tiene lo que hace falta para hacerlo.

—Se está repitiendo —le respondió Lobato con desdén.

—Lo sé —le replicó mi compañero—, pero... ¿Sabe por qué lo hago? Porque le he pillado mintiéndome.

De repente ocurrió lo que me temía.

Nabar se lanzó hacia Lobato, le cogió por su desgastada camisa y lo estampó contra la pared. Después lo deslizó hacia arriba usando su antebrazo derecho; le presionó la garganta, provocando que respirara entrecortadamente y que sus párpados fueran más rápidos que antes.

—Quiquiera que fuera —dijo Nabar, entre dientes—, le dejó vivir a propósito. Y usted, viendo la capacidad que tuvo para provocar esas cosas con el miedo, se hizo su seguidor. Así conseguía su supervivencia, pero veo que él le ha cautivado tanto para protegerlo. Incluso pudrirse entre rejas para ello porque le provocó otro miedo. ¿Verdad? Miedo al auténtico asesino. Como una rana que siente la presencia de una serpiente. Por esa razón atacó al policía, para que nos alejáramos de España mientras él puede sigue matando.

Presionó con más fuerza. Lobato jadeaba y tosía por la falta de aire.

—¿Quién es? —preguntó Nabar mientras yo le decía al guarda que abriera la puerta—. ¿Cuál es su nombre?

Aun jadeando, Lobato estiró el cuello para obtener aire y así decir las siguientes palabras.

—No puedo decirlo —respondió con poco aire—; y aunque lo dijera, tarde o temprano se revelará.

—Tengo mucha prisa —le replicó Nabar aplicando más fuerza.

Soltó una sonora risa; el loco de Lobato reía mientras tosía. La puerta de la celda se abrió, entonces Díaz y yo entramos para separarlos, pero Nabar ya lo había dejado encima de su cama.

—Él trabaja con la mente —dijo Lobato—. No sé su nombre, pero conoce los miedos de las personas para matarlas. Y cuando invoque los nombres de sus tres hijos podrás ver su nombre y su obra al completo.

Nabar, guiado por mis empujones, salió de la celda y volvimos al despacho de Díaz mientras oíamos las risas de ese maníaco por un buen rato.

—¡Estarás contento! —le repliqué—. Has montado este numerito por nada.

Nabar no me respondió enseguida, se sentó y puso su mano derecha acariciando sus sienes.

—Nunca subestimes las declaraciones de un loco —me respondió—. Aunque no lo parezca, nos ha dado una pista.

—Sí, claro —le dije con sarcasmo—. Nos ha dado a entender que el asesino es experto en la psicología humana.

—No, es mucho peor que eso —respondió Díaz, algo pálido.

Me quedé atónita ante su reacción; las palabras de Lobato volvieron a resonar, y entonces caí en la cuenta.

—No puede ser...

Nabar alzó la cabeza y me miró con sus ojos oscuros. Sus facciones eran muy graves, y me soltó la bomba que no quería nombrar:

—Tenemos ante nosotros un nuevo caso de la Familia Manson.



30 de mayo.

—Myers —decía Nabar desde su teléfono móvil—, necesito que me reviséis los historiales médicos de las víctimas. Necesitamos el nombre de quienes los atendieron, de inmediato.

Una vez que colgó el teléfono, el capitán Díaz dio la misma orden a sus hombres, y como si les fuera la vida en ello, salieron del despacho.

Me quedé sola en medio del pasillo, reflexionando sobre lo que Nabar había descubierto.

Un nuevo caso de la Familia Manson...

¡Maldita sea!

Tuve un abuelo, quien también fue policía, que me explicó el caso del asesinato de la mujer de Román Polanski y lo que hicieron con ella y su bebé.

Perdonad que interrumpa esta clase de historia criminal, pero no creo que ninguno de nosotros tengamos el estómago fuerte para poder soportar los detalles que llevaron a que la Familia Manson se hiciera tan famosa.

Volviendo a la realidad, me encontré con Julisa al teléfono, todavía, y al ver sus gestos parecía que discutía con alguien. No oí casi nada de lo que dijo, salvo un: *No te preocupes, yo me haré cargo de todo. ¡Como siempre!*

Y colgó el teléfono enseguida. Después se encontró conmigo y se sobresaltó. Le pedí disculpas y le pregunté.

—¿Algún conocido?

—Sí —me respondió—. Un conocido muy desagradable, la verdad. ¿Habéis descubierto algo?

Cuando nos sentamos, le conté lo ocurrido en las celdas y la teoría que compartían Nabar y Díaz. Liberó algunas muecas de disgusto.

Después cambió el gesto de asustada a uno que me estudiaba con determinación.

—Respóndame a esta pregunta —me dijo—: ¿crees que Balder tiene razón sobre su teoría?

—La verdad —respondí con la cabeza alzada al techo—, es que no lo sé. Antes del traslado a España no me esperaba enfrentarme a esa clase de monstruos. Creía que solo existían en las novelas, películas o series de televisión.

>>Ya no sé qué pensar de este mundo. Lo comenté una vez con Nabar: creo en el sistema que protegemos, porque, a pesar de sus errores, es la única forma de que podamos convivir. Pero hay casos en los que creo que no sé si debo dejar que Nabar investigue a su modo o si debería saltarme las reglas también.

—¿Estás defendiendo los métodos de Nabar?

—No los estoy defendiendo —le respondí al acto—, pero hay ocasiones en las que cuando un sospechoso no nos dice lo que necesitamos, no sabemos otros métodos a los que recurrir.

Julisa me dedicó una sonrisa triste y me dio una palmadita en la espalda para que me calmara.

—Inspectora Harris —dijo—, ahora sufres las consecuencias del caso de Biel Ribas. Descubrió lo que es capaz de hacer un hombre para ser presidente, incluso ha visto sospechosos que si lo hubieran encontrado en la calle le habrían disparado dos veces en un callejón. Los humanos somos bestias que no sabemos cómo detenernos cuando ansiamos algo.

>>Pero también la humanidad entera es un niño pequeño que no sabe qué hacer y busca respuestas en otras personas. Niños, adultos y ancianos, todos queremos que alguien nos dirija.

—¿A qué se refiere? —le pregunté, atónita.

—Me refiero que, a veces, la solución está en lo más evidente de todo, pero no nos damos cuenta hasta que es demasiado tarde.

Me detuve unos minutos a reflexionar lo que me dijo, llegando a la conclusión de que tenía razón.

Me estaba obsesionando demasiado, y eso puede volverte loco cuando eres policía.

Muchos compañeros en Estados Unidos pidieron la baja laboral siendo jóvenes aún, otros se habrían casado al menos dos o tres veces en su vida o perdían la fe en lo que protegíamos al perder a un compañero, y más cuando la culpa es tuya. Me había hablado con filosofía, pero eso me hizo sentirme un poco mejor y con ganas de seguir adelante con este caso.

—Muchas gracias, señora Ferrer —le dije.

—Lláname Julisa —me respondió—. Hemos pasado por demasiado alboroto como para no usar nuestros nombres.

Después de compartir sonrisas, nos decidimos a buscar a Nabar y Díaz, que ya estaban en el despacho con un montón de carpetas amarillas. Al verlos, afirmé:

—Habéis encontrado algo.

—Así es —me contestó Díaz—. Todas las víctimas de Yucatán tenían repetidas terapias con el mismo doctor.

—Doctora —le corrigió Nabar—, la doctora Mariela Ochoa.

—¿La especialista en fobias? —preguntó interesada Julisa—. He leído muchos artículos sobre ella y sus libros. Toca temas un poco escandalosos.

—La misma —le indicó Nabar—. Ya la hemos llamado para “entrevistarla” aquí mismo.

—¿Bob te ha llamado? —pregunté.

—Todavía no —me respondió—. Teniendo en cuenta la diferencia horaria de aquí a España, deben de ser casi las dos de la madrugada.

¡Maldita sea! Lo que más odia Bob en este mundo es que le llamen de madrugada, y encima por trabajo. Recuerda que la última vez que lo llamaron a las cuatro, tenía el humor de un doberman.

—Espero que la doctora Ochoa nos dé respuestas —dijo Díaz—, porque si no, siento que esto me volverá loco.

Nabar se quedó observándolo un momento; luego se dibujó una sonrisa y se sentó en una silla enfrente del escritorio. Bostezó llamándole la atención.

—Por casualidad... —dijo—. ¿No tendrán tequila para olvidar las penas y relajarnos un poco?

Si Hugo Díaz fuera un hombre de poca paciencia, seguramente hubiera usado todo tipo de improperios que se conocen en México.

Pero sonrió y se fue unos segundos para volver con dos botellas llenas de líquido dorado y espuma.

—El tequila no se toca en horas de servicio, Inspector Balder —le dijo mientras se acomodaba en el sillón—, pero una cerveza no hace daño a nadie.

Abrió la botella y se la ofreció. Nabar la aceptó y empezó a beberla. Cuando nos ofreció algo para beber, declinamos cortésmente, y así los dos hombres empezaron a beber. Trago a trago, la atmósfera de tensión que había se fue disipando y empezamos a hablar de cosas como fútbol.

Al parecer el capitán Díaz era un fanático de un equipo muy famoso en este país. Nabar discrepaba de su rendimiento en el torneo llamado «Copa Libertadores». Enseguida Julisa le empezó a dar apoyo al capitán, criticando el rendimiento de un jugador mexicano del equipo de Nabar.

Viendo cómo mi compañero se defendía solo, me quedé un poco apartada.

Cuando resolvimos el caso de Biel Ribas, me informé sobre los deportes que predominaban en España, y de quiénes fueron medallistas olímpicos en

Tenis, Balonmano y Baloncesto; pero el deporte rey en toda Europa era el Fútbol Soccer.

Busqué información de los equipos y descubrí que Nabar pertenecía al que tenía un récord de derrotas increíbles: unas 1000 creo que decía el folleto de un diario deportivo.

Cuando ya se habían consumido sus cervezas y las charlas se relajaron, apareció otro oficial informándonos de la llegada de la doctora Ochoa, y que nos esperaba en la sala de interrogatorios.

Cuando llegamos allí nos la encontramos sentada, sujetando con firmeza un bolso muy caro.

¡Cuando digo caro, hablo de que valía tres meses de mi paga!

Ella no era una belleza latina, más bien lo contrario. Muy bajita, apenas llegaba al metro sesenta y siete. Vestía con ropajes muy llamativos; unas arrugas muy profundas le marcaban la cara como si fuera una pasa. Tenía los ojos pequeños como grillos y un cabello recogido en unas trenzas muy largas, y encima calzaba sandalias.

¡Joder, hay un límite para el mal gusto en vestirse!

—Buenas tardes, doctora Ochoa —le saludó Díaz—. Espero que no le hayamos interrumpido en plenas vacaciones.

—Capitán —le respondió ella con una voz de sapo —, no me ha interrumpido las vacaciones, sino una terapia y una entrevista para secretario o secretaria nuevos. Espero que de verdad sea urgente.

—Créame —dijo Nabar—: lo es. ¿Qué seis pacientes suyos hayan sido asesinados lo considera suficientemente urgente?

La doctora Ochoa se enderezó en la silla mientras Julisa y yo nos sentamos delante de ella.

Después le relatamos los acontecimientos que adherían a México y a España. De pronto le sonó el teléfono, lo contestó de malos modos y, después de unos minutos que solo oímos insultos, colgó con brusquedad.

—Dios, desde que cambié de secretario estoy rodeada de inútiles —protestó.

—Buena excusa —dijo Nabar en susurros.

—¡No es una excusa! —replicó ella—, y sobre esos casos no puedo ayudarles, salvo confirmarles sus fobias.

—Señora Ochoa —dijo Nabar—, no está aquí como una asesora o testigo, sino como sospechosa de asesinato.

La doctora se entregó al silencio espectral, fulminó a mi compañero con

la mirada y se cruzó de brazos.

—¿Qué es esta infamia?! —exclamó.

—Las víctimas murieron al usar sus fobias en su contra —le replicó mi compañero con tranquilidad—, y solamente usted las conocía a todas...

—¿Infamia y calumnias! —explotó la doctora—. ¡No me extraña que las relaciones entre España y México estén muy tensas, casi como para declararse la guerra muy pronto! ¡No pueden hacerme venir hacia aquí para insultarme y acusarme de algo que no hice! ¡Parece que la policía no recibe muchas denuncias en su contra!

—Doctora Ochoa —intervino Díaz—, comprobamos los días que desaparecieron las víctimas. Y todas, sin excepción, coinciden con los días que tenían visita con usted.

Lo dijo golpeando con los nudillos de su puño las carpetas, mostrándoles las fechas y horas mientras endurecía el rostro de tal modo que aterraba verle.

La doctora Ochoa tartamudeó un poco, pero después se cogió del bolso un cigarrillo y empezó a fumarlo, dándole cabida al silencio.

—Agentes —dijo después de fumarse medio cigarro—, seguiré defendiéndome ya que no tuve nada que ver. Tengo pruebas y testigos, que son mis otros pacientes.

—Dijo que tenía pruebas —dije yo—. ¿Cuáles son?

—Desde que me hice mi propia agencia psiquiátrica, tengo instaladas cámaras de seguridad que vigilan lo que hago las doce horas que estoy trabajando al día.

—¿Pueden traernos esas cintas? —pregunté a Díaz.

—Las podemos traer en menos de dos horas —le contestó—. Si la doctora no lo impide.

—Hagan lo que corresponda —dijo en tono seco—. ¡Y déjenme en paz!

En ese preciso instante empezó a sonar la melodía de *Sussudio* del móvil de Nabar. Lo sacó de sus bolsillos y empezó a gesticular palabrotas que no podría traducir. Se fue de la sala al acto.

Poco después, entró colgando el teléfono y dijo caso entre gritos:

—Capitán, más vale que sepan enviar los vídeos por Internet.

—¿Por qué?

—Han encontrado dos víctimas más, y piden nuestra presencia de inmediato.

¡Joder, pero si apenas hemos estado dos días fuera!

Definitivamente, los asesinos deberían tomarse un par de días libres.



1 de junio.

No me molestaré en relataros cómo subimos al avión de nuevo ni cómo bajamos de él, solo os puedo decir que el Jet Lag nos puso a los tres de los nervios.

Así que os ahorrare unos minutos largos y aburridos e iré directamente al grano.

La Comisaría de Montjuïc estaba casi vacía. Normal, eran cerca de las cuatro de la mañana cuando llegamos y solo estaban los que hacían el turno de noche. Los tres nos encontramos con Sofia en la entrada. Tenía unas ojeras marcadas y estaba muy pálida.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Nabar sin molestarse en saludar.

—Dos varones —le contestó—, casi de la misma edad. Los hallaron cerca de las orillas del río Llobregat...

Se cortó porque un agente de policía salía del servicio y se puso en su puesto de vigilancia. Entramos en el ascensor hasta llegar a la sala de Autopsias; Claudio estaba dando vueltas, empujado por Goliat, con la mirada fija en las dos mesas. También la sala estaba a oscuras y seguían con la luz violeta que revelaba las dos letras griegas.

O ζ

Los dos cuerpos parecían sacados de una película gore o una de serie B. Estaban cubiertos de sangre de pies a cabeza.

—Es escalofriante, ¿verdad? —fue lo primero que nos dijo el doctor.

—¿Solo escalofriante? —preguntó Nabar—. Parecen que les hayan hecho una gran sangría.

—Amanda estará hecha una furia... —sugerí.

—Más que furia, una fiera —me contestó Sofia—. Lleva todo el día recibiendo llamadas de Madrid.

—Pero, ¿qué os pasa a los catalanes con Madrid? —pregunté.

Esa era una pregunta que me estaba escamando desde que llegue aquí.

—Nada —dijo Julisa—. Puedo contar un montón de cosas que nos dicen,

pero la lista es muy larga. Que quede claro que no estoy en contra de la capital de Madrid, pero cuando ves la manipulación por las dos partes... Al final quieras o no, tomas partido.

Eso me demuestra una vez más lo poco que sé del país donde trabajo, pero me sorprende que cada tierra se tenga tantos reproches.

—Bueno —dijo Claudio—, descubrimos que la víctima que investigaba cuando os fuisteis a México sufría de claustrofobia, pero estos dos, más recientes, padecían de hemafofobia.

—No hace falta que nos digas qué es —dijo Nabar—. ¿Murieron como las demás víctimas o se ahogaron con la sangre?

—Aún no le he hecho la autopsia —dijo Claudio—, pero Clara me ha confirmado que la sangre es de cordero, aunque viendo las letras que no se han borrado, me atrevo a decir que los pringó con la sangre sin posibilidad de quitársela. Estarían en un estado que no pudieron escapar de ella.

Nabar puso una expresión grave y se fue de la sala como alma que lleva el diablo. Segundos después, le imité y Julisa se fue hacia otro lugar.

Me encontré a mi compañero bajando las escaleras hacia el laboratorio de Clara.

Como en otros días que bajé por el caso de Biel Ribas, el pequeño cubículo estaba iluminado por luces fluorescentes y seguía sonando la música, parecida al Chill Out, del compositor Kitaro. Clara miraba las pantallas de sus ordenadores con mucha atención, hasta que entramos nosotros y nos echó una mirada marcada por las ojeras.

—Si llego a saber que todos sois impacientes, no habría aceptado este trabajo —dijo algo fastidiada.

—El tiempo es... —iba a decir Nabar.

—¡No me vengas con frases hechas, Balder-san! —exclamó la medio asiática—. ¡Y mucho menos esa!

En realidad ellos dos se tienen un cariño especial, casi como si fueran un par de hermanos bien avenidos, y no se molestaban en ocultarlo. Pero estaba más claro que el agua que ese no era uno de esos días.

Nabar la miró algo sorprendido; segundos después, le mostró una sonrisa triste y de entendimiento antes de volverle hablar.

—Veo que no has podido encontrar nada —le dijo como consolándola.

Clara hizo algunas muecas y se le ablandó la expresión furiosa que tenía antes.

—No, Nabar-san —respondió—. Todo lo que tengo son restos de los

terrenos disponibles que hay en este país. Pero ni una sola huella dactilar ni restos de piel, ni siquiera una sola gota de saliva.

—¿Y por eso estas así? —le pregunté tratando de animarla, pero metí la pata hasta el fondo del cubo. Clara Nishima, o Nakamura, como la llama Nabar, me puso una cara que cualquier loco parecería más cuerdo que ella.

—¿Por esto dices?! —me gritó—. Veo que no lo entiendes. Si no encuentro nada sólido, ese psicópata de mierda seguirá usando las debilidades o sus fobias. ¡Y gente como Algorta tendrá que ver a sus hijos en el depósito de cadáveres antes de enterrarlos en una caja de pino!

De pronto se calló y nos dio la espalda, concentrándose en sus ordenadores. Ante tal silencio, nos fuimos dejándola sola con la música de Kitaro.

—Está llorando —me dijo Nabar.

Entramos en el ascensor. Empezó a ascender al piso indicado por él, hacia el despacho.

—¿Estaba unida a Algorta? —le pregunté.

Mi compañero me miró vagamente antes de responder.

—Fue el viejo Fran quien la descubrió en un caso que trabajé con él antes de unirme a la policía. La recomendó para trabajar aquí.

—¿Era de las mejores? —pregunté.

—No, era la primera de las últimas.

—Pero, ¿no se les da la oportunidad a los primeros estudiantes en la ciencia forense?

—Por lo general sí, pero según tengo entendido, Clara estaba enganchada a algo mucho peor que el alcohol y la cocaína.

—¿Problemas de juego? —me aventuré.

—Exacto. Algorta pagó sus deudas, consiguió que se desenganchara y, por recomendación suya, trabaja aquí con nosotros, por eso está así. Quiere atrapar a ese maldito en honor a la hija de su mentor y a su segundo padre. Y, además, cree que se lo debe.

Clara nunca me habló de sus problemas de juego, eso me demuestra que todo ser humano miente, porque necesitan tener sus propios secretos. Nos da miedo darlos a la luz y que las consecuencias no sean las deseadas.

De pronto me di cuenta de algo: estaba reflexionando de forma indirecta sobre el miedo.

El sonido de llegada del ascensor me apartó de aquella reflexión.

Cuando entramos en el despacho, solo nos encontramos a Nino. No

estaban Sofía, ni Julisa, ni siquiera Bob.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —nos preguntó con una sonrisa.

—Más o menos —le respondí.

Entonces me fijé en una cosa que me pareció extraña: Nino estaba correctamente sentado y no se veía rastro alguno de sus temblores.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté.

—¿Qué debería ocurrir? —me preguntó Nino como si hubiera dicho algo ridículo.

Nabar me miró e hizo lo propio con Nino, entonces suspiró y se acercó al joven con un tono de padre preocupado.

—¿Ya has caído? —le preguntó—. Prometiste que lo dejarías....

—Y lo he dejado —le respondió Nino—. Lo que ves ahora son los efectos de la medicación que me tomo por orden del psicólogo, que me la ha subido.

—Sí, la psiquiatría es la mayor contrabandista de drogas legales —le replicó Nabar—. Recuerda que soy yo quien paga tus terapias de grupo y tu desintoxicación. Así que, si me mientes, me enteraré.

—No te miento, Nabar —le respondió Nino, convencido—. Te di mi palabra, y ya sabes que es lo único que me queda.

Ambos se aguantaron la mirada con mucha fijeza, como si mi compañero buscara la mentira dentro de sus ojos y que Nino se asegurara de decirle la verdad. Al final mi compañero dejó de observarlo de esa forma y le dijo lo siguiente:

—Hay muchas cosas que te quedan por luchar, Nino. Solo te pasa que te has puesto una meta y ahora debes ponerte otra para llegar.

El joven rubio asintió con la cabeza a la vez que mostraba una sonrisa muy sincera.

Aliviada de que no hubiera pasado algo de mayor magnitud, pregunté:

—¿Habéis podido averiguar algo?

—Sí —respondió Nino, con energía—. Cuando Nabar llamó, Bob me pidió que buscara entre los datos sanitarios de las víctimas, y todas, sin excepción alguna, han asistido o han tenido terapias con el mismo psicólogo: un experto en fobias llamado Agustín Salcedo.

—Bien —dije algo contagiada por la energía que transmitía Nino—. Vamos a ir al psicólogo.

—Y sin pedir hora anticipada —concluyó Nabar.

Después de oírnos, los tres nos reímos un buen rato. Nunca habíamos

hecho un chiste ingenioso de policías con tanta gracia.

Los tres fuimos a la clínica del psicólogo; Nabar, Nino y yo, estábamos en el coche del segundo, ya que el Mercedes de Nabar seguía en reparación por el incidente en la Boqueria y el mío estaba en peores condiciones. Nos sentíamos estrechos porque el coche del joven rubio era un Smart, y parecía una caja de cerillas o un coche de juguete teledirigido. Me sentí como si fuera una sardina enlatada, ya que estaba detrás y Nabar proporcionaba sus quejas a Nino. El joven se lo tomó con filosofía y nos llevó allí escuchando música de la moderna, la misma que no soporto ni en pintura.

Perdonad, nueva generación, ¡pero eso que suena en las discotecas no es música, es una abominación!

Llegamos a la clínica tras un buen rato. Bajamos del coche lo más rápido posible.

No es que fuera una clínica grande ni tan amplia como una óptica; era un edificio de pisos, y en la pared de mármol podía leerse un cartel dorado que decía:

Clínica Salcedo, piso 4º 3ª.

Llamamos un par de veces hasta que una voz nos respondió y nos dejó entrar sin apenas presentarnos.

El edificio tampoco tenía ascensor, así que subimos cuatro pisos hasta llegar a la indicada, que estaba abierta. Dentro había una habitación pintada de blanco y un escritorio donde un hombre, que estaba en muy buena forma (todo debo decirlo) con el cabello bien recortado y apenas tendría los veintinueve años, vestido con ropas algo baratas, nos clavó la mirada y los tres le mostramos las placas.

—¿El doctor Salcedo, por favor? —preguntó Nabar.

—Ahora les atiende —nos dijo—. Esperen.

Nos sentamos unos segundos en las sillas de plástico donde se suelen esperar los otros pacientes hasta que el secretario salió de un pequeño despacho y nos dijo que podíamos entrar.

El despacho era más bien un museo de diplomas que el doctor Salcedo había obtenido, y el susodicho estaba sentado en su sillón de buen cuero, delante de una mesa bastante cara con objetos de decoración y fotos familiares. Vestía una bata blanca que le hacía notoria una envergadura muy

alta en calorías. Su cara parecía un melocotón enorme y su cabello era canoso; a diferencia de Ochoa, tenía algo de atractivo. Tenía los ojos azules, claros como el cielo.

—Buenos días —nos saludó—. ¿En qué puedo ayudarles? Soy experto en toda clase de problemas, como la de consejero matrimonial, por ejemplo.

Nabar y yo nos miramos haciendo una expresión de “Pero qué demonios...”, y Nino liberó una risa floja.

—No somos pareja —respondió Nabar—, sino compañeros de la Policía Nacional.

—Ah —dijo el Psicólogo—, disculpen mi metedura de pata. Bien, entonces... ¿Qué desean de mí tres agentes de policía?

Cuando preguntó, tomé la palabra.

—Dr. Salcedo, venimos para hablar de cinco de sus pacientes, cuyos nombres sabrá si le decimos sus fobias.

—Por supuesto —me respondió—. A Gabilondo lo tuve hace tres años cuando trabajaba aquí, al igual de los otros dos que encontraron ayer por la noche.

—¿Está enterado de la noticia? —volví a preguntar.

—Sí, cada mañana antes de ir a trabajar veo las noticias, y vi a la comisario de Montjuïc maldiciendo al asesino y jurando atraparlo —y añadió—: es una mujer muy guapa, pero este trabajo le matará la belleza.

—Si —dijo Nabar—, y hemos venido para que esa belleza no se marchite, ya que usted es sospechoso de asesinato.

—Entiendo lo que dice, Inspector —dijo con suma calma el doctor—, pero yo no fui. ¿Para qué matar a los que me brindan el medio para comer? Además, tengo coartada para todas las víctimas.

Señaló las fotos que tenía encima de la mesa.

—Paso todas las noches con mi familia en Cornellá —dijo—, y no lo cambiaría por nada.

Intuyendo que ese hombre decía la verdad, Nino intervino.

—Disculpe, doctor. ¿Podría decirnos cómo trataba las fobias de sus pacientes para que las superaran?

El psicólogo miró a nuestro compañero un buen rato antes de contestar.

—Lo único que se puede hacer en estos casos es enfrentarlos a sus miedos una y otra vez hasta conseguir derrotarlos. Los llevaba a lugares donde había cosas que les asustaban de muerte: bosques, hospitales, cines, etc. No es una terapia rápida, y esas personas que murieron la dejaron medio a hacer.

—O los mató aprovechando sus debilidades y luego los marcó con letras griegas —dijo Nabar, con voz grave.

—¿De qué me está hablando? —dijo el doctor con un hilo de voz—. ¿Me está acusando?

—Creía que entendía por qué lo considerábamos sospechoso —le replicó Nabar con la misma gravedad.

—Puedo tolerar que lo consideren —le respondió—, ¡pero no permito que me acuse de esa forma!

Nabar iba a seguir lanzándole acusaciones, pero le interrumpí.

—Ya es suficiente, Inspector Balder —dije—. Discúlpenos, doctor, pero necesitamos que nos dé los documentos de sus pacientes para que ella no sea la próxima víctima.

Salcedo se quedó callado. Cogió un folio en blanco y un bolígrafo y comenzó a apuntar nombres en él. Cuando acabó nos indicó que se lo diéramos a su secretario, quien nos daría los archivos. Así lo hicimos, y al dárselo, en unos minutos nos dio las carpetas con los historiales de los pacientes indicados.

Después, Salcedo nos acompañó hasta la salida y Nabar puntualizó.

—Déjeme darle un consejo, doctor: vigile su espalda. A veces los malvados están más cerca de lo que uno cree.

El doctor no le respondió, simplemente le dio la espalda y nosotros cargamos los archivos en el pequeño Smart de Nino; luego nos alejamos rumbo a comisaría.



3 de junio.

—¿Bien? —dijo Bob sentado en su sillón de la mesa circular—. Llevamos dos días revisando cada archivo de los documentos de salud de las posibles víctimas. ¿Os surge alguna idea? Porque en lo personal, no.

Estábamos reunidos todos: Sofía, Ángel, Nino, Nabar y yo mientras escuchábamos las quejas de Bob.

—Solo dos sospechosos —musitó Ángel—. ¿Hemos descartado ya a los parientes?

—Para cometer estos asesinatos hace falta información de las víctimas que solo los profesionales poseen —intervino Sofía—. No creo que los parientes tengan toda la información, y dudo que odien tanto a las víctimas para hacerles pasar por esto.

—No hay pruebas de que fueran ellos ni los dos psicólogos —dijo Nino—, pero dejándonos llevar por el pensamiento simple, solo los dos últimos tienen el tiempo y los métodos para hacerlo.

—Ya —dije—. Pero ¿qué motivos tendrían? Como en el caso de Biel Ribas, no hay dinero de por medio, y esta vez no hay motivos políticos.

Nabar no dijo nada, se quedó observando la pizarra, que ya estaba llena de fotos de las víctimas. En medio del círculo de las doce fotos que descansaban en la superficie, había un gran símbolo del interrogante. Puso la barbilla encima de sus nudillos, y los ojos le brillaban como si disfrutara jugando una partida.

—Si esto es como el caso de la Familia Manson —dijo Nabar—, debemos pensar también que los psicólogos no sean asesinos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nino.

Ángel intuyó a lo que se refería su hermano y golpeó la mesa como llamándonos la atención a Bob y a mí.

—Hijos de los Estados Unidos —dijo—. ¿Cómo atraparon a Manson?

¡Vaya preguntita nos ha hecho!

—Según tengo entendido —respondió Bob—, una chica perteneciente a la familia se jactó de haber masacrado a la mujer de Román Polanski y con ritos satánicos a otra presa en la cárcel. La última la denunció.

—Ya tenemos a uno que se jactó de verlo —dije de repente—. ¡Lobato!

—Correcto —dijo Ángel—. A diferencia de Charles Manson, nuestro asesino no solo conspira, sino que lleva los asesinatos.

—Entonces nos estamos enfrentando a alguien de una fuerte influencia —dije—. La suficiente como para que dos profesionales le ayuden.

—Eso es cuestionable —me advirtió Ángel—, pero no es ninguna estupidez.

Sofía guardó silencio un momento hasta que de repente golpeó la mesa, cogió el rotulador y escribió las palabras que formaban las letras de las víctimas.

Φόβος Δειμος

—Sofía —la llamé—. ¿Qué ocurre?

—Llevo días pensando por qué el asesino marca con letras griegas a sus víctimas. Esas palabras me suenan de algo, y ahora he caído en la cuenta.

—¿De qué? —preguntó Bob, atónito.

—¿Por qué las relaciones entre España y México están muy tensas? —preguntó de nuevo.

La memoria me hizo viajar casi un mes entero cuando oí eso de la boca de Ángel, pero no le di importancia hasta que recordé que la doctora Ochoa dijo algo parecido.

—Están tensas porque nuestros políticos quieren parte del petróleo que se ha descubierto en el país azteca hace muy poco, a cambio, México compraba parte de la deuda española y España daría trabajo a muchas personas abriendo gasolineras y ciertas sucursales, obteniendo el 25% de los beneficios —informó Nabar—. México pide mucho más dinero de lo que España desea ofrecer, y en los últimos días, ambos ministros del interior de los dos países estuvieron lanzándose pullas de forma diplomática.

—¡Estúpidos! —dijo Ángel—. Podrían negociar antes con Venezuela que con México.

—Pero México ha crecido mucho económicamente debido a su crudo —dijo Nabar—. ¿Qué tiene que ver esto con lo otro?

Sofía le miró, y tras un largo silencio, habló.

—Recuerdo un poema que leí de un libro que hablaba de la mitología griega, y decía lo siguiente: «Empuñando su escudo, Ares invocará a Fobos, Deimos y Enio, que le ayudarán en las más crueles batallas».

—¿Estás diciendo que quiere provocar una guerra?! —exclamó Bob.

—Eso me temo —dijo Sofía—. Ya ha invocado a dos de ellos, le falta invocar a Enios, y así se revelará como Ares. El asesino es un ególatra que se cree un Dios, y entonces se revelará ante el mundo. Esa clase de asesinos son peores que los terroristas.

—¿Por qué crees que hará algo así? —preguntó Nino.

De repente algo despertó en mi mente: una ocurrencia que no esperaba decir nunca.

—Porque el asesino disfruta haciéndolo, y si se revela matando a alguien será lo último que haga, ya que provocará la guerra, como dice ella. El atentado de Al-Qaeda del 11 de marzo será una fiesta de cumpleaños, creando ese miedo en la población.

Todos nos quedamos callados ante lo que había dicho. Eso era el peor escenario que nos podría haber tocado.

—Tenemos que poner dos coches de vigilancia en cada paciente que sale en esta lista —dijo Nabar—. Hablaré con Amanda y viajaré de nuevo a México a ver si tenemos una coincidencia sobre los pacientes de Ochoa y Salcedo. ¡Tenemos que movernos! ¡¡YA!!

Enseguida emitimos la alerta a los demás agentes y solicitamos ayuda a la Guardia Civil y a los Mossos de Esquadra para que alertaran a los demás pacientes.

Si os soy sincera, no veo cómo le vamos a detener si ha conseguido hacer lo que ha hecho sin tener consecuencias.

Pero esta vez le pillaremos antes de que se salga con la suya o que otras fuerzas mayores nos aparten del caso.

¡Por Dios! ¡Odio a los asesinos en serie originales!



15 de junio.

Las vigilancias ya eran una tortura de por sí, pero ahora las realizábamos con el doble de tensión. Por suerte nuestros pacientes estaban en la provincia de Barcelona, así que no tuvimos que dar la alerta general en toda España.

Nabar no volvió a la comisaría durante unos días, desde que dijo que volvería a Yucatán, así que cedió el mando del grupo a Bob. Aunque también tenía su genio, él no insultaba a la gente, pero era muchísimo más exigente.

En los últimos días de vigilancia unas palabras se me repetían en la cabeza: las que dijo ese loco de Lobato en las Molas.

“Él trabaja con la mente y sabe mucho sobre el miedo de las personas”.

Ahora entendía su significado, pero eso no ponía al cabrón entre rejas.

Una noche que me sustituyeron y me dieron un día libre, estaba en mi casa. Eran casi las 2:15 de la mañana.

Miraba el microondas, lo que me calentaba una auténtica delicatessen: una lasaña a la boloñesa congelada.

Ya sé que viviendo en el mediterráneo podría comer algo típico de aquí, pero no soy precisamente buena cocinera ni tengo mucho tiempo para ello. Tal vez si cocinara más seguido tendría una dieta más equilibrada, pero creo que mi trabajo ya equilibra mis calorías lo suficiente.

Cuando el microondas sonó, saqué la bandeja, cogí una de las espátulas de mi cocina y, con cuidado, la puse encima de un plato. Me fui al salón, encendí la televisión y puse el canal de deportes, donde daban un partido interesante de la NBA.

Los New York Knicks contra los Boston Celtics.

Mientras estaban en los anuncios antes de empezar el partido, unos golpes resonaron en la puerta, cortos y fuertes.

Los reconocí de inmediato.

Al abrirla apareció la figura de Bob, con la bufanda y la gorra de los Boston Celtics y una camiseta de color blanca de tirantes con el dibujo del trébol en el pecho.

Me eché a reír. Los únicos días que Bob se mantenía despierto hasta tarde eran porque jugaba su equipo, pero a la hora de volver a trabajar, bebía el doble de café.

—¿Cómo puedes ser de un equipo que no pertenece a tu ciudad ni a tu estado? —pregunté, entre risas.

—Lo soy por mis raíces —me respondió—. ¿Te he contado que mi abuelo limpiaba zapatos en las estaciones de Boston en los días de partido?

—Más de quinientas veces —le respondí, dejándole entrar.

Se sentó en el sofá, con una mesa de madera que sostenía dos cervezas y aperitivos para ver el partido mientras yo comía mi lasaña. Empezó el espectáculo.

Durante los últimos minutos estuvimos celebrando las canastas de nuestros equipos, pero esta vez mis Knics estaban teniendo un promedio de 3 tiros de 14 de triples, y eso me ponía de mal humor. Vitoreábamos a los jugadores o los maldecíamos en los tiempos muertos cada uno de nosotros se iba al baño un momento hasta que volvía a empezar.

Los últimos segundos del último cuarto fueron de lo más emocionantes. Los marcadores se volvieron ajustados: los Knicks tenían 95 puntos a favor y los Celtics 97.

Y en una jugada arriesgada, el mejor tirador de los Knics, de tres, lanzó sobre la bocina y logró encestar, provocando que yo gritara y vitoreaba de alegría mientras mi amigo agachaba la cabeza, diciendo: “Pura suerte”.

Tal vez fuera suerte, pero el azar también juega en todos los partidos de esta vida.

Nos tomábamos nuestra tercera ronda de latas de cerveza cuando Bob se quedó como si estuviera pensando en algo.

—¿Qué ocurre, jefe en funciones? —pregunté, animada—. ¿Agotado de tener que imitar a Nabar?

De pronto me puse a imitar a nuestro compañero diciendo todas sus palabras y gestos, algo que le hizo sacar una sonrisa.

—No trato de imitarlo —me respondió—, aunque he de reconocer que es muy difícil ejercer de jefe y dar la cara con Amanda por el equipo.

En eso envidio a ese energúmeno. Sabe protegernos. Es como si no quisiera que nadie toque sus juguetes, salvo él.

—¿Me estás comparando con una muñeca Barbie? —le pregunté.

—No —me respondió al acto, como si hubiera dicho algo malo—, me refiero a que a pesar de nuestras diferencias, Nabar Balder ha logrado demostrar ser mejor compañero de lo que me esperaba, aunque sigue sin caerme bien.

—¿Quieres que te recite un proverbio del fallecido Mandela? «Si quieres

hacer las paces con tu enemigo, trabaja con él, entonces este se convertirá en tu compañero».

—¿Me estás diciendo que Balder quiere hacer las paces conmigo? —me cuestionó mi amigo.

—No lo sé —le repliqué—, la verdad es que en el anterior caso creí que te faltaría al respeto más seguido, pero solo lo ha hecho en un par de ocasiones, y se quedó contigo cuando Hans Muller te disparó en el hombro. ¿No es eso trabajar con tu enemigo para ser compañeros?

Bob se tocó el hombro donde fue herido. Después de que echara dos tragos enormes de cerveza, volvió al silencio, hasta que se decidió romperlo.

—¿Te acuerdas lo que me preguntaste?

—¿El qué? —pregunté, extrañada.

—Hace unas semanas me preguntaste: “¿A qué le tenemos miedo realmente?”

—Eso fue hace mucho —le repliqué, alegre—. Te me estás haciendo viejo, Bob.

Soltó una risa floja mientras sacaba su pitillera con uno de sus puros, y empezó a fumarlo.

Después de dar varias caladas y expulsarlas, habló de nuevo.

—Lo decía por este caso y mis últimas visitas a Algorta...

—¿Cómo está? —me interesé.

—Está aguantando como puede —me respondió Bob—. Después de saber que tiene un tumor y lo de Ariadna, podría haberse pegado un tiro.

>>Pero vive sin vivir apenas, se comporta como si nada le importara a su alrededor. Su casa es un desastre total, hace tiempo que no pasa ni la escoba. Se tira los días y las noches sentado en su sillón con un vaso de vidrio vacío al igual que su mirada. La última vez que le llamé por su nombre apenas me reconocía; parece que está dejando que el tumor le consuma, y ya no quiere seguir luchando, Andrea. Me da mucha pena.

—Tal vez no quiera que le muestres tu pena —le dije—, sino que le dejes estar a solas.

—Es posible, pero lo que más temía ha ocurrido —prosiguió Bob—. Ha tenido que enterrar a su hija cuando debería de ser ella la que lo enterrara.

>>Todos estos acontecimientos a los que nos estamos enfrentando me muestran lo profundo que es el miedo del ser humano. Cuando me hiciste esa pregunta no sabía que responderte. No, mi orgullo no me dejó reconocer cuál es mi mayor miedo, y trabajando en este caso, y estando al mando de todos

vosotros, lo he descubierto. Temo fracasar.

—Explícate —le animé a seguir. La alegría de la victoria de los Knicks pasó a ser algo del pasado y ahora estaba interesada en lo que mi compañero me tenía que decir. Hacía tiempo que no le veía así de pensativo. Dio una calada al puro y volvió a hablar.

—Jodie...

Cogió un poco de aire antes de continuar, ya que le costaba mucho pronunciar el nombre de la mujer fallecida de su mejor amigo. Era el gran apoyo moral de mi compañero. Todos los días siempre que podía me decía cosas de ella y hasta la conocí y vi que era una mujer con un carácter muy difícil de encontrar en estos años.

—Desde que murió, mi mundo se vino abajo con ella. Mi hijo Marcus apenas me dirige la palabra. Cuando trato de llamarlo, nuestras conversaciones son muy cortas y apenas sé con quién va. Solo tenía quince años cuando su madre se marchó.

Tragó saliva y siguió hablando.

—Intenté ser mejor padre para intentar suplir a Jodie, pero no lo conseguí. Cuando estábamos en alta tensión estallábamos enseguida. En los estudios no le iba mal, pero cuando le decía que podía dar mucho más de sí mismo, me soltaba un comentario sarcástico e hiriente. Intenté ser su amigo y su padre, pero no lo conseguí.

Unas lágrimas empezaron a salir de los ojos de Bob; su puro se iba consumiendo sobre el cenicero ya que no volvió a fumar mientras hablaba.

—Cuando me dijeron lo del traslado a España —continuó, despacio—. Traté de convencerlo de que viviera conmigo, pero ya había alcanzado los veintiún años y quería vivir su vida. En ocasiones creo que simplemente fue la ocasión perfecta para librarse de mí, porque no he cumplido como padre, así que vine solo. —Calló otra vez. No habló durante unos segundos, mientras lloraba y su cuerpo temblaba. Las cervezas se convertían en zumo de malta al calentarse. Por sus mejillas oscuras caían gruesas lágrimas que jamás había visto. Varias veces se tapó la boca con las manos mientras decía “Dios mío, Dios mío”—. Tengo miedo de volver a fracasar otra vez —me dijo después de limpiarse la cara—, al igual que lo hice como padre.

Ver a mi amigo en ese estado me destrozó por dentro, ya que no estoy acostumbrada a ver al grande y fuerte Bob Myers tan débil y frágil.

—¿Lo que me estás diciendo es tu miedo? —le pregunté—. ¿Es él quien me habla? —Bob asintió con la cabeza, nervioso, a la vez que juntaba sus

manos mientras se secaba las lágrimas.

—Es miedo —dijo—, miles de sentimientos que tiene el ser humano y todos están ligados al miedo. Dicen que si los superas nada te detiene, pero nadie dice qué tan grande es el obstáculo que has de superar.

Traté de animarle, pero de pronto algo se me despertó en la cabeza y la alegría del partido y lo de Bob se fueron unos segundos al olvido. Era un feo presentimiento que me removió todo el cuerpo y me golpeó el estómago. Un recuerdo que creí haber enterrado mucho tiempo atrás...

“El viento era helado. Unas pequeñas piernas corrían con los pies descalzos, a pesar de correr poder congelarse. Una niña huía de alguien. Su aliento la asfixiaba, pues el viento congelaba cada respiración y necesitaba aire para obtener oxígeno... Pero se resbaló... Se cayó.

Unos pasos más pesados la alcanzaban, las enormes manos le agarraron por las muñecas, con el doble de fuerza.

Una de ellas recorrió sus pequeñas nalgas y, con brutalidad, le arrancaron las bragas... El dolor que vino, le hizo llorar en silencio..."

—¡Basta! —grité a la vez que tiraba la lata de cerveza a un rincón de mi piso, manchando toda la pared.

Bob se levantó del sillón, que se sobresaltó, y me agarró por los hombros para evitar males mayores en el mobiliario y físicos por mi parte.

Esta vez lloré, con rabia y frustración, ya que todo lo referente a lo ocurrido en 2002 había vuelto de nuevo. Y la misma palabra se me repetía: “Preciosa...Preciosa”.

—Andrea —me decía—, ¿estás bien?

Giré la cabeza hacia él con las lágrimas corriendo por mis mejillas mientras mis ojos mostraban toda clase de sentimientos a la vez asentía. Caí de rodillas.

—Tienes razón —dije—. El miedo es siempre el que te domina. No importa cuánto luches o cuánto huyas, siempre te alcanza disfrazado de recuerdos.

El partido dejó de existir. Nos daba lo mismo quién hubiese ganado y quién no.

No volvimos a hablar del tema; y sin tema de conversación, Bob recogió la lata que lancé, limpió la cerveza derramada y se fue diciendo un “hasta mañana”.

Me fui al baño, me quite toda la ropa y, desnuda, dejé que el agua fría se calentará y mojara el cuerpo tratando de ocultar mis lágrimas; al mismo

tiempo, maldecía una y otra vez al responsable de mis miedos y pesadillas.



22 de junio.

El primer avión estaba a punto de despegar. Nabar se sentó en el primer asiento vacío que se encontró.

Su estadía en Yucatán le había confirmado sus temores sobre la doctora Ochoa. Ella también era una seguidora del asesino.

Junto con el Capitán Díaz, se encontraron con dos cosas.

Una coincidencia de un solo paciente que Ochoa y Salcedo compartían y algo que no se esperaba.

El propio asesino.

Después, los interrogaron por separado: Nabar a Lobato y Díaz a Ochoa. Con el primero. Nabar tuvo que recurrir otra vez a la violencia para que hablara, pero el muy maniático se reía a cada golpe, hasta que le confirmó que lo era.

El capitán tardó mucho más, pero la propia Ochoa le confirmó lo mismo y se jactó de haberle ayudado al renacimiento de algo muy importante.

¡Hablaban de él como si fuera un Dios!

Nabar sabía que detrás de estos asesinatos, como los del Caso Doppelganger, estaba el apoyo de fuerzas que se ocultaban entre las sombras.

Lo sabía porque él pertenecía a esa fuerza.

Durandarte.

Un grupo financiero con las mayores fortunas que la revista Forbes jamás habrá visto en sus años de existencia, ni las verá nunca.

Nabar no conocía cuándo la fundaron, pero hay rumores en ese entorno que decían que llevaba siglos fundada. Solo sabía que tenían el nombre de la primera espada poderosa, a la cual se le dio un nombre a principio de la edad Media.

Entró en ella desde muy joven como un legado de Eduardo Balder, su padre. Se hizo peón antes de heredar su puesto en el grupo.

Durandarte se compone de dieciséis miembros:

8 Peones

2 Torres

2 Caballos
2 Alfiles
1 Reina
Y 1 Rey.

Esas dieciséis personas han financiado de su propio bolsillo campañas políticas, construcciones de interés turístico, jefes religiosos, contrabando de armas, e incluso guerras.

Hay tres normas fundamentales en ese grupo:

- *La primera:* Cada pieza importante se hará cargo de un peón y, este último, deberá obedecer en todo momento.

Nabar no había usado su peón hasta el caso de Biel Ribas, y ya se encargó de agradecerse por privado en la sede del P.D.C.

- *La Segunda:* Todas las piezas, excepto los peones, deberán reunirse ante la llamada del Rey, sin ningún tipo de excepción.

- *La Tercera y la más importante:* ninguna pieza interferirá en los planes que la organización haya aprobado.

Nabar se había entrometido en los dos planes de un par de piezas de Durandarte, y se temía que esta vez fuera un plan de la Reina.

Pero había cosas que no le gustaban de esa organización, ni sus planes ni sus ideologías.

Apretó la bolsa que llevaba encima mientras el avión sobrevolaba los cielos del Atlántico y miraba hacia atrás, no fuera que ellos hubieran mandado a alguien para liquidarlo.

No.

Ese no era el estilo de actuar de Durandarte. Si hubieran mandado a un matón pondrían en alerta a Agencias como la CIA, el Servicio Secreto Británico y un largo etcétera.

La bolsa la cuidaba como si fuera un bebe extraviado; eran los videos que traía de Yucatán.

Un picor le empezó a pinchar en los nudillos, consecuencias del interrogatorio sobre Lobato.

El asesino cometió un error al dejarse ver con tanta claridad.

Dejó los pensamientos sobre Durandarte y se centró en que tenía que atrapar a un delincuente muy peligroso.

Ojalá no fuera demasiado tarde.



24 de junio.

Nabar llegó esa madrugada a mi apartamento.

Me despertó con timbres fuertes y repetidos, haciéndome levantar de la cama con algo de mal humor. Aunque a decir verdad, no había pegado ojo.

Esta vez iba vestida. La ocasión anterior que vino por estas horas estaba casi desnuda.

Cuando entró, llevaba una bolsa de papel. Sus ropajes oscuros estaban arrugados y su rostro más pálido de lo habitual.

—¿Has tenido un buen viaje? —le pregunté al cerrar la puerta.

—Gracias por la formalidad —dijo Nabar—, pero no hay mucho tiempo. Empecemos el trabajo. Háblame de lo que habéis avanzado en mi ausencia.

—Hemos descartado —empecé a relatar— los pacientes con menos riesgos, ya que están en superadas o en fase final de su recuperación. Estamos con dos pacientes posibles: Jordi Crusat y Yolanda Puig. Ambos sufren de canofobia.

—¿Por qué no los estas vigilando? —dijo Nabar, agotado por el Jet Lag.

—Hemos hecho turnos —le dije—. Bob y otro agente están con Crusat; Sofia y Nino con Puig.

—Bien —dijo—. Entonces te podré enseñar algo. ¿Tu reproductor puede leer DVD's o solo Blu-Ray?

Le respondí que podía leer cualquier cosa que fuera un CD normal.

Enseguida vimos a la doctora Ochoa haciendo terapia, con una de las víctimas de México identificadas. Nabar empezó a avanzar la terapia y no paró hasta que una persona apareció en la pantalla y le vimos el rostro perfectamente.

—¿Es el secretario del doctor Salcedo! —dije alzando la voz.

—Exacto —me contestó Nabar—. Estuvo en todas las terapias de Ochoa y Salcedo.

—¿Es sospechoso también?

—No —me respondió Nabar—, es el asesino.

La afirmación me cayó como una losa encima de la cabeza y me dejó trastornada.

—¿Cómo lo has averiguado? —le pregunté.

—Porque tanto Ochoa como Lobato me lo dijeron —me respondió—. Con Lobato tuve que ponerme duro, y Ochoa odia tanto nuestro país que le ayudó de buen grado. También decía que Humberto tiene un carisma tan esplendoroso como la que se le atribuye a un Dios Azteca.

—¿Se llama Humberto?

—Así es —dijo; sacó unos folios y me los mostró—. Se llama Humberto Vargas y es sobrino del cónsul de México de aquí en España. Estuvo cumpliendo una pena de cuatro años por maltrato doméstico. Salió en dos por buen comportamiento. Durante su estancia en la cárcel se sacó una buena titulación de psicología y otra de pedagogía. Mostró buenas cualidades cuando trabajó con Ochoa, que lo contrató de un programa de reinserción. Después, usando esas habilidades que había aprendido, la hizo su primera seguidora cuando decía que se podía matar a alguien de miedo.

>>Conoció a Lobato en una cantina y le convenció. Después de hablar de fútbol y política, se descubrió ante él, ya que Humberto mató a su mujer y a su amante, que padecían de zoofobia. Y según el muy loco, vio cómo los dos se morían al no tener escapatoria. Él mismo liberó a los perros para que se las comieran.

Me entró un fuerte escalofrío al imaginarme la escena, pero enseguida me puse de pie y clavé la mirada en mi compañero.

—¿A qué esperamos? —le dije—. Vayamos a por él.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo—. Vayamos con Sofía.

—¿Por qué crees que estará allí? —le pregunté mientras me ponía el abrigo y me ataba mis deportivas.

—Porque esta vez solo matará una vez —dijo Nabar—, y será para invocar a la Diosa Enio, y es una mujer.

De pronto sonó la canción de Phil Collins, *Take me Home* del móvil de Nabar, que lo cogió enseguida y pulsó el manos libres.

—Esperaba tu llegada —dijo la voz de la italiana—. Nadie ha pasado por aquí en estos últimos días, y la mujer ha entrado y regresado a salvo. Estoy harta de decirle a Nino que no le daré Red Bull.

—Pues que se coma los puños —le respondió Nabar—. Ellos no serán las víctimas.

Mi mirada se agravó cuando escuché lo que acababa de decir mi compañero.

—¿Cómo puedes estar seguro? —dijo Nino.

—Fui a México para encontrar otra coincidencia, y es que ambos

psicólogos atienden a una misma persona. Y no es ninguna de ellas.

—Nabar —intervino Sofia—, hemos reducido las victimas a estas dos.

—¡Estamos equivocados! —le respondió Nabar—. ¡Volved a la comisaría porque hemos puesto sobre aviso al asesino, y es muy posible que ya no vaya por ellas!

Después de colgar, llamó a Bob y dijo lo mismo.

—Necesito que presiones a Salcedo —le decía—, y que te dé el documento clasificado de Amelia Vargas. Hazlo lo más deprisa que puedas.

Habíamos dado un giro inesperado, pero me di cuenta de que tenía razón.

Nuestra visita a Salcedo le ha podido alertar de que estábamos aproximándonos demasiado a él, y ahora quiere acabar su obra.

No soy creyente, pero recé para que Bob consiguiera algo.



28 de junio.

La respuesta a mis plegarias fue que Bob entró con fuerza en el despacho ese día, con todos reunidos, sonriendo de oreja a oreja.

—Hemos encontrado dónde actuará —nos dijo—. El doctor Salcedo nos ha dado su dirección, y encima el muy idiota quiere salir por la televisión. Mirad esto.

Nos lanzó faxes de varias cartas que iban dirigidas a las cadenas principales del país: La Cuatro, La Sexta, Antena 3, Telecinco, incluso las municipales.

—Todas ellas informan de que les será entregada a cada una un vídeo de un asesino que usa las fobias —decía mientras respiraba—. Algunos trabajadores de las cadenas nos las mandaron por si nos podían ayudar.

—A cambio, les ayudaremos a cubrir la noticia del día —replicó Ángel.

—Pero mirad la dirección desde donde fue enviado.

Le obedecemos y leímos lo que decía:

C/ del Sol número 94.

—Es la misma que nos dio Salcedo —dijo Bob, impaciente—, pero el documento, Nabar, lo siento, no le veo mucha importancia. Ya sabemos dónde está e iremos a por él.

Nabar no le dijo nada y se quedó observando con atención las cartas antes de responderle.

—¿Estás seguro? —le preguntó—. Piensa que Salcedo es un seguidor de Humberto.

—¡Tan seguro estoy de que los Heats repetirán título! —exclamó Bob—. Igual se pensó que no tendríamos contactos con las televisiones. ¡Qué capullo más ingenuo!

—¿Y qué hay de Amelia Vargas? —preguntó Nino—. Piensa que es la hija del cónsul, y por tanto pariente del Embajador.

—¡Tiene un montón de guardaespaldas protegiéndola! —le respondió Bob con excitación—. ¡Debemos apresurarnos a cogerle!

Nabar no contestó y yo apoyé la idea de mi viejo amigo. Estaba impaciente por darle caza a ese cabrón, y teníamos una oportunidad de oro.

Nabar se quedó mirando a su hermano Ángel, quien le asentía con la

cabeza aprobando eso.

Entonces mi compañero dio una señal para que lo hiciéramos y enseguida Bob llamó a todos los agentes disponibles para ir a esa dirección.

En un coche patrulla estábamos Bob y yo, acompañados de dos agentes armados; Sofía estaba en otro coche. Nino hubiera querido ir, pero Nabar le llamó en el último momento para hacer una cosa.

Se escuchaban las sirenas por las calles, el ruido de las ruedas desgarrando el asfalto y la impaciencia invadía cada uno de los tres vehículos que íbamos rumbo a esa dirección. Llegamos en veintinueve minutos exactos, con la velocidad a la que íbamos, ya nos habíamos recorrido media ciudad.

Apagamos las alarmas y aparcamos con el menor ruido posible. Nos bajamos de los coches, nos colocamos el protector antibalas sobre el torso y las espaldas, preparamos las armas, miramos a nuestro alrededor y nos reunimos en la puerta que daba al nº 95.

Era metálica, con un arco de piedras anaranjadas, combinada con unas paredes de color beige. Con una orden silenciosa, Bob hizo que dos agentes agarraran el ariete y lo golpearan varias veces hasta derribarla por completo.

Entramos con fuerza y rapidez.

La iluminación era escasa, pero suficiente para ver lo que había a nuestros pies y el camino que recorriamos.

Registramos toda la casa. Gritábamos “¡Policia, policia!”, todo el tiempo. Pero...

—Aquí está todo despejado —dijo un agente.

Esa palabra la oímos durante un minuto. Registramos todo y solo pudimos ver unas palabras pintadas en la pared, escritas con pintura color vino que nos decía.

OS HABEIS EQUIVOCADO

—“*Os habéis equivocado*” —recitó Ángel mientras oía nuestra explicación—. Qué forma más original de tomarnos el pelo.

A su lado estaba Amanda, quien se había tomado la amabilidad de bajar de su despacho.

La sensación de vergüenza empezaba a pesarme, al igual que la impotencia por todo mi ser, y más aún cuando esos ojos verdes mezclados con

marrón de la jefa se me clavaban todo el tiempo como si estuvieran ardiendo.

Fallarle a la persona que confió en ti desde el principio y que además lo sepa, es una sensación que no se la deseo a nadie.

Es muy desagradable.

Pero no oímos ninguna queja en nuestra contra, ni una crítica.

—No os rindáis ahora —dijo—. Si algo he aprendido en mis años de policía, es que a veces te encuentras con asesinos de tal calibre que no esperas que vayan dos pasos por delante.

>>Pero... ¡Que mis hombres actuaran con precipitación, causando revuelos por las calles de mi ciudad, hace que me ponga de mala hostia!

Ya había comenzado a liberar su rabia.

—¿Sabéis que en este país desde la crisis económica los policías estamos siendo los primeros culpables de los crímenes?

>>La gente pregunta antes si cometimos alguna violación de nuestro código. Y una tropa de coches de policía ha despertado y alarmado a casi toda Barcelona por una corazonada que el propio asesino os dejó a propósito para burlarse de nosotros. ¿Tenéis idea de cómo daña la imagen de la comisaría de Montjuïc y de toda la Policía Nacional?

>>Desde las manifestaciones del 15-M y por culpa de algunos imbéciles que trabajaron aquí, cuelgan en sus redes sociales las ganas de querer partir la cara a un civil que reclama sus derechos. Aunque defendamos el estado tenemos que darles a entender al ciudadano de pie que puede confiar en nosotros, y esta resbaladiza no ayuda a nada. Solo para que se quejen de que sus impuestos están mal pagados. ¡¿Me habéis entendido?!

Empezó a relatarnos un montón de cosas que nos iba hundiendo la moral cada vez más.

—Señora comisario —dijo Bob—, la culpa fue mía. Me precipité e incité a los otros para que me siguieran.

—Y espero que su informe diga eso, señor Myers —le replicó—, porque me hablaban maravillas de usted, pero en lugar de eso veo pesadillas.

De pronto se calmó cuando Ángel le sujetó el hombro y se sobresaltó un poco, pero luego le cogió la mano cariñosamente.

—Cálmate, mi cielo —dijo Ángel—. Los niños ya han aprendido la lección.

—Pues parece que no lo hacen del todo, querido —le respondió sin más.

Esa reacción nos cogió tanto a Bob, Sofía y Nino como un jarro de agua fría.

—¿Estáis casados? —pregunté, atónita.

Parecía que a Amanda se le había pasado el mal humor, y nos miraba extrañados.

—¿Qué? —nos dijo con la sorpresa escrita en el rostro—. Llevamos casados desde hace quince años. ¿No os lo contó Nabar?

—Un momento —dije de repente—: ¿dónde está Nabar?

Nos miramos como idiotas por todos lados y no vimos a nuestro compañero, y no había oído un “*Ya os lo dije*”.

—Nabar me pidió que rastreara señales Wi-fi bastante alejadas de las cadenas de Madrid. Cuando lo hice, se fue de aquí como alma que lleva el diablo.

De todos los que estábamos allí, fui la única que cogió su móvil y trató de llamarlo, pero me decía que ese teléfono estaba fuera de servicio.

Después me fui de la comisaría y subí al coche de sustitución que el seguro me ofreció: un Seat León bastante discreto y cómodo. Me fui directa al Hotel Juan Carlos I.

Una vez que aparqué, me adentré hacia recepción y subí andando los catorce pisos. Seguramente al día siguiente se me despertarían agujetas en los gemelos. Llamé tres veces a su puerta cuando llegué.

No respondió nadie.

Harta, empuje la puerta para abrirla, pero se abrió con mucha facilidad.

Busqué por cada rincón de la habitación, baño incluido. No había rastro de él.

Me molesté conmigo misma por haberme puesto a buscarle en vano.

¿Podría ponerse la situación peor?



30 de junio.

No volvió al día siguiente.

La noche la habíamos pasado en vela, pues nos estuvimos movilizándolo por todas las cadenas para preguntar y volver a preguntar sobre quién mandó las cartas de Humberto Vargas a la comisaría. Después visitamos a una inmobiliaria y resultó que ese desgraciado tenía en propiedad tres casas registradas en Barcelona y un edificio en Madrid.

Bob estuvo dos horas deprimido, luego regresó a su habitual humor. Nino volvió a tener temblores nerviosos y Sofia se quedó dormida en su sillón del despacho.

El amanecer me cogió dentro del despacho, sola con la compañía dormida de mi compañera. Miraba la foto de nuestro asesino, pensando en cómo podríamos detenerle.

A diferencia de algunos, él no negaba sus crímenes y le daba igual que pudiera perder su inmunidad diplomática. Si quería crear una guerra... ¿Cómo pensaba hacerlo?

Mi soledad de pensamientos confusos llegó a su fin cuando oí los pasos de unos tacones que resonaban por el alrededor.

Alcé la cabeza y me encontré con Julisa Ferrer, quien al verme se sentó a mi lado.

—¿Otra noche larga, eh? —dije al ver las ojeras que tenía.

—¿No hay otros casos que atender? —preguntó ella.

—Amanda nos ha ordenado prioridad máxima en este caso —contesté.

—No me extraña —replicó encogiéndose de hombros, como si le pesaran—. Tiene que mandar un mensaje de esperanza a los ciudadanos de dos países que están en alta tensión, pero no sabéis que hacer.

—No, no lo sabemos. A diferencia de Biel Ribas, este es un maldito tramposo: Ribas tenía motivos personales y profesionales con sus víctimas, pero este egocéntrico... No sabemos qué es lo que se le pasa por la cabeza.

Julisa me miraba con atención, muy concentrada. Cuando paré para recuperar aire, ella intervino.

—Andrea —me dijo—, ya sé que no todos los asesinos son iguales, pero esta clase en concreto, cuando sabes quienes son...

—No debes atraparles solo físicamente —intervino la voz de Ángel Balder.

Entró caminando, guiado por su bastón hasta llegar cerca de nosotras y sentarse en el sillón más cercano.

—...también hay que entrar en la mente de los asesinos.

—Durante estos últimos años se han creado unidades especializadas en el comportamiento de los criminales o asesinos en serie con el objetivo de atrapar al asesino antes de que mate a más gente.

>> ¿Sabes cuántos miembros tienen esas unidades?

—No lo sé —respondí con sinceridad.

—Te puedo asegurar que las unidades antidroga tienen más personal que ellos —me respondió Julisa.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría que han entrado —intervino Ángel—, después de muchos años se han vuelto locos o entran en estado de depresión. Ya que es muy difícil intentar comprender las fantasías de esos sujetos, algunos tienen miedo de volverse como aquellos que han jurado detener.

Otra vez salió la palabra miedo en una conversación.

Suspiré con cansancio, y dije:

—Ojalá nadie tuviera miedo. Ojalá no existiera.

—Pero el miedo es algo que nos hace encontrar la valentía —me respondió Ángel—, y por eso existimos los policías: para dar valor a los que tienen miedo.

Después de esa sabia reflexión, nos entregamos al silencio. Me levanté del sillón y salí hacia la máquina expendedora de cafés. Inserté las monedas dentro y pedí un café con leche.

Mientras me lo bebía, noté que mis manos temblaban como las hojas en tiempos de fuertes ráfagas de viento.

Muchas contradicciones y frustraciones en un mismo día y la falta de sueño hacen mucha mella.

Bajé al aparcamiento, donde estaba mi BMW ya reparado, limpio de pruebas y listo para salir a la calle; pero me llevé una sorpresa al acercarme al parabrisas: había un sobre de color marrón. En su superficie reconocí la caligrafía después de haberle hecho hacer informes a mano. La abrí enseguida.

Andrea:

Sé que teniendo las nuevas tecnologías podía mandarte un mensaje

electrónico, pero hay temor de que el asesino nos vigile con nuestro sistema, y no quiero jugármela.

Lee lo que está escrito en esta carta con atención...

Me leí la carta de Nabar de principio a fin y encontré la clave para detener a Humberto Vargas; acto seguido, me dirigí hacia el despacho de Amanda, quien no estaba de muy buen humor, pero al exponerle la carta de Nabar, empezó a reunir a todos para trabajar de inmediato.

Tardamos unas horas en prepararlo todo. Solo quedaba esperar.



1 de julio.

Humberto esperaba impaciente el amanecer, que sería testigo de su renacimiento.

También observaba orgulloso de su cuerpo que, en su estancia en la cárcel, lo perfeccionó al igual que su mente para hacer efectivo el plan que deseaba.

Cuando una cuenta anónima le liberó de ella, después de dos años de haber empujado a su madre por las escaleras y entregarse, se reunió con alguien que no había visto nunca y le sugirió hacer algo respecto a una guerra que le podría hacer renacer como un Dios. Tras sus estudios en la mitología y psicología entre las rejas, estaba a punto de realizarse gracias a la intervención de un hombre que no conocía, pero había pagado su fianza.

A cambio él le tenía que ofrecer unos sacrificios. Estaba dispuesto a pagarle, pero Humberto lo rechazó. Quería hacerlo como gratitud a esa persona de la que jamás supo su nombre.

Pintó todo su cuerpo de tribales con pinturas de color de la sangre, algo que representa a un Dios de la Guerra.

Lo tenía todo preparado para ese bello momento, y observó a su último sacrificio.

Una chica que debería tener más o menos su edad y cierto parecido. Las normas de la genética le decían que se trataba de Amelia Vargas, su propia prima e hija del cónsul.

La niña protegida de su tío, mientras él y su madre española sufrían los peligros de Ciudad de Juárez, una de las ciudades con el índice de criminalidad muy alto.

Él era mestizo y estaba orgulloso de ello. Pero su tío no opinaba lo mismo, a pesar de ser cónsul en una de las ciudades más importantes de España.

En ciudad de Juárez vio... ¡No, no lo vio!

¡Lo descubrió!

El origen del poder de los narcotraficantes y de las mafias mexicanas, que gobernaban casi todo el país y casi siempre conseguían librarse; a pesar de que sus líderes estaban presos conseguían librarse del sistema judicial. Tenían

el pilar que mueve a toda la humanidad de hoy en día.

Tenían el miedo.

Humberto se fascinó por ese poder, pero el de los narcotraficantes era efímero, porque eran dados por las armas y las drogas, y al final ese poder desaparece del cuerpo y de la mente.

Durante sus duros años de secundaria le enseñaron las historias de las dictaduras: Franco, Pinochet y de algunas vigentes en África y en Europa del este.

Esos dictadores consiguieron manejar sus países con el miedo. Solo la muerte les quitó ese poder.

Pero para Humberto, morir reinando un país no le fascinaba.

Cuando salió de la cárcel —gracias al programa de reinserción— trabajó con Ochoa, se especializó en las fobias y, gracias a su buen trabajo y sueldo, se fue de vacaciones a Grecia, donde halló la inspiración para lo que aquel hombre que le liberó de la cárcel le ofrecía. Se fue a la Isla de Esparta, y allí encontró al Dios en el que se encarnaría.

Ares, el Dios de la Guerra.

Leyó y releyó la historia del Dios y, con cada palabra que encontró de las leyendas de ese ser ancestral, más se convencía.

—Yo soy la encarnación de Ares —se repetía una y otra vez.

Y como todo Dios que se precie, habría que hacer sacrificios para renacer.

Primero invocó a sus hijos: Fobos y Deimos.

El primer sacrificio fue una antigua amante suya, y después de convencer y de hacer seguidora a la doctora Ochoa, se encargó de las otras víctimas y se hizo con otro seguidor. Por cada sacrificio que mataba, más se convencía de su divinidad. Había logrado lo que ningún dictador, capo de la mafia o asesino en serie en toda su historia.

Mató de miedo a sus víctimas.

Un don reservado para un Dios.

Solo faltaba la última: Amelia sería Enio, su hija. La raptó en un despiste de los guardaespaldas cuando ella se fue al servicio, y la durmió con cloroformo.

Ahora, estirada en un cubículo de cristal construido a su medida, se despertaba, atada de pies y manos. Su boca estaba amordazada con una fuerte cinta aislante. Humberto sabía que padecía de ofidiofobia: miedo a las serpientes. En una caja de plástico tenía multitud de serpientes, desde culebras

hasta una pitón para que devorara ese cuerpo mortal y renaciera en Enio.

Acabó de pintarse el brazo izquierdo. Ya estaba listo.

Se fue a recoger a las serpientes y las dejó cerca del cubículo de Amelia, quien empezó a moverse porque no sabía dónde estaba y luchaba por liberarse. Sus piernas le fallaban, ya que estaba bien encerrada por unos candados resistentes a los golpes.

Después, Humberto recogió una cámara conectada a un ordenador, que se encargaría de que las televisiones le vieran justo en el momento en el que pulsara el botón de grabar.

Encendió la luz, puso la cámara en un trípode y le dio al botón de grabar. En ese momento el ordenador empezó a enviar señales a todas las cadenas televisivas del país y de México.

Se mostró con el torso desnudo y un pantalón corto ceñido; las piernas y pies al descubierto. Se presentó como un guerrero antiguo.

—Buenas noches —dijo, confiado—. Quizá no saben quién soy, pero no necesitan saber mi nombre terrenal. Voy a mostrarles algo maravilloso, y quiero que México y España compartan este momento...

>>Pero antes quiero hablarles sobre algo...Quiero hablarles del miedo...

No siguió su discurso, ya que un ruido estridente le interrumpió. Se propuso ir hacia el origen del ruido, pero rápidamente se encontró con una pistola apuntándole a la cabeza. Estaba sujeta por un hombre vestido de negro, cabellos largos y oscuros y piel algo pálida, pero se le veía vello facial al no haberse podido afeitarse.

—No hace falta que siga —dijo Nabar Balder mostrando su placa—. Humberto Vargas, queda detenido por el asesinato de once personas en los países de México y España.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Humberto, sorprendido.

—¿No es usted un aspirante a Dios? —ironizó Nabar—. La verdad es que no se ha escondido muy bien. A pesar de ser pariente político del cónsul, él le dejó cierta fortuna, y con el sueldo que le daba Ochoa siendo su seguidora, por Hacienda descubrí que tenía este edificio abandonado a doscientos metros a la redonda respecto a las cadenas de televisión.

>>Desviaste la atención de mis compañeros con los correos a las cadenas y, valiéndote de eso, aprovechaste tu familiaridad con el cónsul para raptar a la chica. Pero para estar más seguros, hemos rastreado tu señal de Internet con un programa de mi hacker personal cuando lo preparabas todo para tu gran renacimiento.

A Vargas le brillaba la mirada con una furia contenida que esperaba soltar, pero cuando hizo ademán de embestirle, Nabar le quitó el seguro al arma y lo frenó en seco.

—No voy a dudar en usarla —le dijo—, y en caso de que quiera huir, ya hay policías rodeando el edificio.

Le estaba lanzando faroles, o eso pensaba Vargas.

—Además, no necesito pruebas —dijo Nabar—. Usted se ha descubierto adrede, su seguidor Salcedo no siempre le fue leal. Nos contó con pelos y señales cómo le hiciste participar en los asesinatos, y en lugar de seguidor, te tuvo miedo. Es irónico ¿No te parece?

—¡No vas a interrumpir mi renacimiento! —exclamó, furioso—. Está claro que no puedes fiarte de los que han jurado ser fieles.

De repente se calmó.

—Pero eso es lo malo de ser un Dios —dijo—: enfrentarte a los infieles y no creyentes. Está bien que me delaten, porque ahora me he convertido en historia; luego seré leyenda, y después un mito.

A Nabar le dolía el brazo de aguantar el arma. Miraba a Amelia, quien temblaba con las serpientes cerca de ella. Vargas aprovechó esa distracción.

Cargó contra Nabar, que cayó al suelo, pues había sido embestido por sorpresa y se le cortó el aire por unos segundos. Cayó por su inferioridad física.

Entonces Vargas huyó, bajó las escaleras con la excitación bombeándole el corazón y a los niveles superiores de su cerebro, pero oyó unas sirenas que le hicieron frenar en seco.

Sirenas de la policía. No era un farol. En los pasillos de las escaleras se oyeron los pasos de los agentes subiendo y sonaban con fuerza.

Maldijo por dentro y empezó a subir hacia el ático.



1 de junio.

Menos mal que los helicópteros llegaron a tiempo a Madrid, porque no volveríamos a tener otra oportunidad de detener a Vargas.

Bajé del coche patrulla que conducía Manuel. Él y Nabar se reunieron una hora antes de entrar en acción y acordaron que colaborase con nosotros.

Todos los integrantes de nuestro grupo disponibles: Sofía, Bob y Nino, que estaba conmigo, nos adentramos dentro del edificio.

No nos molestamos en ser discretos.

¡Esta vez lo atraparemos!

Estábamos siendo escoltados por los compañeros de la UDEV de Madrid, subiendo escalón a escalón. Escuchamos que alguien bajaba y luego ascendía. Dimos por hecho que era Vargas.

Seguimos subiendo hasta encontrarnos con Nabar, a quien le costaba respirar. Los otros agentes procedieron a liberar a Amelia.

Tensé los músculos de la espalda mientras mis compañeros ayudaban a la chica; Manuel y yo subimos las escaleras hasta llegar al ático.

Solo había una puerta de metal plastificado, pero Manuel se adentró. Me dispuse a seguirle, cuando de pronto oí un grito ahogado y abrí con prisas la puerta, pistola en mano.

Lo que vi me hizo dejar entrar el miedo en mi corazón. Vargas, pintado con triviales, sujetaba a Manuel, que lo había sumido con una llave. Estaba armado con la pistola de mi compañero.

Apunté a Vargas, pero él encañonó la suya en la frente de Manuel.

—Un paso más —dijo en tono más desesperado—, y te aseguro que este hombre perderá los sesos.

En momentos así siempre es mejor obedecer. La máxima prioridad es mantener con vida al rehén el mayor tiempo posible y evitar que se perturbe el agresor.

—Está bien —dije—. No quiero que nadie muera o sufra daño alguno. Deje el arma y libere a mi compañero.

Manuel me miraba como si me suplicara por su vida mientras oía su respiración entrecortada. Su rostro empezó a ponerse morado por la presión que aplicaba su captor.

“Deje el arma en el suelo”. Esperé que me lo dijera, pero no lo hizo. Me clavó una mirada inquisitiva y me puse nerviosa. ¿Cómo era posible que se encontrara así de tranquilo?

—¿Estaría dispuesta a dar su vida por él? —me preguntó de repente.

—¿Cómo?

—¿Darías la vida por él? —volvió a preguntar, apretando más fuerte el cañón en la cabeza de Manuel.

—Si —le respondí—. ¡La daría!

De pronto, Vargas apuntó en mi dirección y disparó. Sentí cómo la bala rozaba mi mejilla, y el olor a pólvora quemada entró en mis fosas nasales.

Vargas me miró con una mezcla de respeto y curiosidad. Después, su risa resultó fuerte y desgargante. El viento del ático lo arrastró por todo el edificio.

—Tiene miedo —me dijo—. Está tan asustada que no se ha movido cuando la disparé ¿Qué se siente? ¿El miedo paraliza?

No dije nada. No sabía qué decir.

—¡Contéstame! —me exclamó perdiendo su serenidad por un instante.

No abrí la boca, apenas respiré una sola bocanada de aire hacia mis pulmones. Las manos me dolían de estar sujetando la culata de la pistola.

—¡Responde a un Dios! —volvió a gritar, sujetando con rabia el cuello de Manuel.

—Me siento... —empecé a decir—. Siento que me he convertido en piedra, sin vida alguna, solo me late...

—El corazón —me interrumpió Vargas—. Exacto, como todos los otros sacrificios. Todos se dejaron dominar por el miedo. No supieron enfrentarse...

—No les diste la oportunidad de enfrentarse —dije, renaciendo el valor en mí—. ¡Les pusiste entre la espada y la pared! ¿Qué clase de Dios eres?

Vargas soltó a Manuel de un empujón y se acercó a un metro de mí. Alzó una de sus manos con el arma, como si esperara la lluvia de mayo o una acción divina.

—Yo soy el Dios cuyos hijos invocan el miedo, el terror y la sangre. Soy el que crea los conflictos que acaban en las batallas más increíbles. ¡YO SOY ARES!

La locura le había dominado por completo. Se me erizó el vello de la nuca y mis manos temblaban.

—Solo queda un último sacrificio —dijo, mirándome fijamente—. Enio no ha renacido, pero ya me es suficiente con dos hijos.

Me apuntó con la pistola. Los músculos se me tensaron de pies a cabeza, y

hasta me crujieron. Su hermoso rostro, pintado como un guerrero antiguo, era una máscara de indiferencia absoluta. No pude hacer más que seguir apuntando.

A Vargas se le dibujó una sonrisa otra vez, pero no había ni un atisbo de alegría, ni una sola emoción.

—Mátame —soltó de repente.

Esa petición me sentó como una patada en el estómago.

Un mar de dudas me vino a la cabeza, y me hizo sentir una completa idiota. Los impulsos me empujaban a disparar, pero mi cabeza me decía lo contrario.

Ante mí estaba el asesino que andábamos buscando desde hacía dos meses, y encima me estaba haciendo apuntarle a la cabeza.

Aunque también podría ser lo que él quería... No debería hacerlo.

—¿A QUÉ ESPERAS?! —me gritó.

Se acercó a mí y, con habilidad, quitó el seguro de mi pistola...

Otra arma resonó en el eco. Un gemido de dolor rompió el silencio.

Vargas había caído al suelo, con una mano en su pierna que liberaba lágrimas de color carmesí, gritando del dolor. Me di la vuelta y, a mis espaldas, encontré a Nabar sujetando su arma. El cañón humeaba y se la guardó en la funda. Se acercó a donde estaba y me puso una mano en el hombro. Se la sujeté un buen rato.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí con la cabeza a la vez que me invadía una extraña felicidad al ver que podía moverme y mirar a mi compañero.

Me volví a ayudar a Manuel, que estaba inconsciente al golpearse con una de las chimeneas por culpa del empujón de Vargas. Mientras le ayudaba a levantarse, vi como Nabar se acercaba a un Vargas que gemía.

—¡Debiste matarme! Tenías que matarme... ¡Lo has estropeado todo!

Nabar se inclinó hacia él. No dijo nada hasta segundos después.

—Como todo buen Dios, hacía falta un sacrificio para renacer a los dioses, e incluso invocarlos. Tú ofreciste tu cuerpo mortal y habrías provocado la guerra entre México y España. Ahora que el sacrificio ha sido en vano, no eres más que un simple mortal.

Vargas le miraba nervioso y asustado. Intentó retroceder, arrastrándose, pero mi compañero le agarró de los tobillos con fuerza y lo arrastró hacia él, aplicando mucha más fuerza de la necesaria.

—Ahora sabes lo que significa tener miedo —le dijo, mirándole—. Ya no

eres un aspirante a Dios, y tu condenación ha comenzado.

Los demás llegaron poco después, Nino y dos agentes cogieron a Humberto Vargas, ayudándole a bajar el edificio mientras lloraba de dolor. Manuel los siguió después de maldecirnos por haberle metido en ese lío. Nos despedimos de él con una sonrisa cansada en nuestras caras; después nos fuimos acompañados por Sofía y Bob, justo en el instante en que el Sol se escondía detrás de una nube.



13 de junio.

Vargas fue encarcelado por cargos de asesinatos internacionales y de conspiración.

No pidió un abogado, y en la vista preliminar le condenaron a ochenta años.

Sentada en mi sillón, leía uno de los periódicos locales. Se llamaba «La Vanguardia». Acabé la sección de deportes, que solo hablaban de fútbol y de los jugadores españoles en la NBA.

Tal vez deba comprarme un ordenador y hacerme con una tarifa de conexión a Internet que anuncian tanto por los medios de comunicación, ya que solo tengo la televisión por cable y el teléfono para poder leer noticias de mi ciudad, aunque no le tenga mucha simpatía al New York Times.

Eran las 15:45 cuando alguien llamó a la puerta.

Me desperecé, me levanté y caminé hacia ella. Al abrirla, vi a mi compañero Nabar vestido con un chándal y calzando unas zapatillas negras con tacos en las suelas.

—¿Es hoy el partido contra los agentes de Madrid? —pregunté.

—Sí —me respondió—. Casi todos están en el estadio, menos tú y yo.

—Ya sabes que no me gusta mucho este deporte.

—Venga, mujer —me insistió—. Bob ha aceptado, ya que Manuelito Gordito va ser el entrenador de parte de los madrileños.

A ver, no es que tenga nada contra la capital, pero esos piques con los madrileños para que nos inviten a unas cañas me lo habían conseguido enganchar.

Enseguida estábamos en su Mercedes plateado, circulando rumbo al Estadio Olímpico de Montjuïc. Cuando Nabar aparcó, se fue corriendo al trote para calentar, y me dijo dónde poder entrar.

Caminé por la oscuridad del Estadio hasta que divisé el terreno de juego, donde había más de cuarenta hombres que estaban haciendo ejercicios de estiramiento. A más de uno se le notaban los kilos extra.

Me encontré a Bob sentado a la vez que se comía un bocadillo al lado de Julisa y Sofía.

Me senté en medio de ellos dos y nos empezamos a fijar que Nino y

Nabar estaban en el mismo equipo.

Animábamos a los nuestros cuando un árbitro, con más canas que un perro viejo, dio la señal. Empezaron a animar junto con otros integrantes de la comisaría de Montjüic mientras me quedé pensativa.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Julisa.

—Hay algo que me escama —dije sin dejar de mirar el partido—. ¿Por qué Nabar no durmió en Yucatán?

Pensé que se había montado un trío con una pareja de amantes, pero ambos, con mucha indignación, me negaron haber pasado la noche con él.

Era algo que me escocía, pero Julisa me palmeó la espalda y me guiñó un ojo.

—No hizo un trío —me dijo—, aunque sí tuvo buena compañía.

Me hizo la señal de silencio, cuando de pronto me quedé embobada.

¡Entonces no era una falacia!

De pronto oímos cómo los demás agentes decían: “Ahí van, ahí van”. Alcé la cabeza para ver cómo Nino lanzaba un tiro raso al balón en dirección a Nabar, y él la reventó para meterla dentro de la portería.

Todos gritamos: ¡¡Gol!!

No sé por qué, pero creo que me engancharé mucho a este deporte.



Epílogo

Nadie hacía ruido en la cárcel de Dark-Light, salvo el preso 0427 que se puso a cantar en los pocos metros que existían de la pared hacia la puerta cuando de pronto se volvió a abrir. Esperaba que fueran los guardas dispuestos a hacerle callar, aunque esa posibilidad era remota, pero no era nada de eso.

Era una mujer, de origen japonés o chino. Vestía con un traje de cuero muy caro y ocultaba sus ojos en unas gafas de sol.

Kian conocía a esa mujer.

—Vaya —dijo, arrastrando la palabra—. ¿Qué habré hecho para que la reina de Durandarte venga a verme?

—Usted no —dijo con voz fría la reina—. He oído que fue el primer peón de Eduardo Balder. ¿Es cierto?

—Si —le respondió—, pero me fui por mal camino, ya que vuestro viejo caballo no daba la talla. Luego su sucesor me descubrió y cumplí mi venganza. Por eso estoy aquí en una cárcel que vosotros mismos construisteis.

La Reina sacó de su bolso una figura de ajedrez: un caballo negro.

—Precisamente vengo por ese caballo —dijo—. El nuevo caballo se ha rebelado contra nosotros, y es hora de sacrificarlo.

—¿En serio? —preguntó Kian—. ¿Y por qué no lo hacen ya?

—Porque nosotros no existimos, señor Kian —le recalcó la Reina—. Nos mantenemos en la sombra. Ya van dos veces que invertimos sobre políticos que me darían beneficios, y de una guerra que tendría que estar ocurriendo ahora mismo. El primer caballo ya me ha interrumpido mucho los planes para que lo deje pasar como si nada hubiera pasado, por eso ahora es el momento de sacrificarlo. Ya no nos sirve.

Kian se quedó mirando a la mujer asiática con fijeza. Detrás de las gafas de sol pudo ver, con la tenue luz, unos ojos oscuros que brillaban con una gran ambición.

—¿Lo sabe el Rey? —le preguntó.

—Él dio la orden —dijo, serena—. Le facilitaremos la huida y todo tipo de preparativos que quiera. ¡Pero sacrifique al caballo!

—No lo voy a sacrificar rápido —le respondió—. Lo eliminaré a mi manera... ¡Y lo disfrutaré con todo el éxtasis que sienta!

Agradecimientos

Gracias a, José Losada por su apoyo y ayuda en la corrección, a Reme Hernán por su ayuda, a Víctor Díaz, a nuestra familia por su apoyo incondicional, a nuestros amigos que son la caña. Ellos ya saben quiénes son. Y a la profesora que tuve en párvulos, quien dijo que nunca iba a leer ni a escribir.

Rubén y Mireia

También agradecerle a mi pareja de vida, mi vida, y mi apoyo constante por darme la oportunidad de participar en este proyecto. Gracias por estar ahí, siempre.

Mireia